



HUGGO

UN CORAZÓN PARA CONQUISTAR

JENNY DEL

HUGO

UN CORAZÓN PARA CONQUISTAR

Primera edición

Hugo. Un corazón para conquistar

© 2020, Jenny Del

© Imagen portada: Adobe Stock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epilogo](#)

Capítulo 1



Mi vida en Torrejón de Ardoz no era muy distinta de la de cualquier otra chica de mi edad. Aunque vivía en aquel rincón del este de la Comunidad de Madrid, nací en Barcelona y allí me había criado, pero a mi padre, militar, le destinaron de un día para otro a aquella localidad.

Por tanto, tuvimos que levantar el campamento y desplazarnos la familia al completo, es decir, mis padres, mi hermano Andreu y yo. Para mí, que me encontraba en plena adolescencia y era la persona más feliz del planeta en aquel barrio cercano a Las Ramblas donde tenía todas mis amistades, el traslado supuso un verdadero mazazo.

Como es lógico, de nada me sirvió el recurso del pataleo y, aunque esa nueva ciudad no fuese santo de mi devoción, con el pasar del tiempo me fui acostumbrando a ella. A mis veintisiete años, me ganaba la vida trabajando como camarera los fines de semana en un famoso bar de tapas del centro de Torrejón.

En el terreno sentimental, también estaba “asentada” ya. Llevaba tres años conviviendo con Alfredo, mi novio desde hacía algo más de once años. Nos habíamos conocido en el instituto en que los dos estudiábamos y desde el primer momento surgió una química especial entre nosotros.

Nunca fui muy buena estudiante que digamos, pese a lo cual terminé el Bachillerato e hice la selectividad. No obstante, ya no quise continuar con los estudios, cosa que a mis padres sentó como un jarro de agua fría.

Para mi madre sobre todo, más que un jarro de agua fría, la noticia representó una verdadera tragedia. Parece que todavía estoy viendo su cara cuando solté la bomba en casa.

—Mara, hija, mía, ¡no me digas eso!

—Lo siento, mamá, pero yo no me veo estudiando una carrera.

—¿Pero por qué? Cerebro tienes como cualquiera.

—Porque no. Quiero buscarme un trabajo de lo que sea para empezar a ganar dinero ya.

—Pero vamos a ver, cariño, ¿te falta a ti algo en casa?

—Que no, mamá, que no es eso. Pero que a mí los libros no me van y yo no quiero seguir estudiando, punto.

—Pues tú dime a mí de qué vas a trabajar con la edad que tienes, sin estudios ni experiencia de nada. ¿Qué quieres? ¿Ponerte a limpiar escaleras?

—Pues mira, no se me van a caer los anillos.

—¡Ay, por favor! ¡Qué pena, con lo que tú vales, hija! Estudia, aunque sea peluquería, o yo que sé, algo, Mara, por el amor de Dios...

—Y bueno, si tuviese que trabajar limpiando, ¿qué pasaría? Eso no tiene nada de malo.

—Claro que no, cariño, todo trabajo es digno, de eso no cabe duda. Pero dime tú a mí si es lo mismo trabajar tranquilamente sentada en una silla descansando las espaldas como tu prima Adela, que partiéndote los lomos con la fregona.

—Bueno, ya veremos qué hago...

—Bendito sea Dios, Mara, piénsatelo, hija...

A duras penas logró convencerme para que me metiese en la escuela de hostelería, pero tampoco hizo carrera de mí en ese plano. A los seis meses me aburrí y lo dejé.

Ahora bien, mientras yo daba bandazos, Alfredo continuaba devorando los libros por los dos, de modo que a sus veintiún años ya tuvo en sus manos el diploma de Enfermería.

Con su brillante expediente académico y su “espabilaera” en todos los aspectos, no le costó mucho conseguir trabajo en un hospital de Madrid. Por mi parte, tuve trabajos sueltos durante esos años como cajera y como pinche de cocina en algún que otro restaurante.

Eran currillos de los que me iba largando por “h” o por “b”, pero cuando Alfredo me propuso alquilar un piso para irnos a vivir juntos, entendí que debía tomarme la vida más en serio y dejar de comportarme como una niña.

A pesar de que su sueldo nos alcanzaba sobradamente para tirar para adelante, yo quería ganarme el mío para contribuir con los gastos y costearme mis caprichos. Otras faltas tendré, pero jamás he sido una floja.

Llevábamos ya un par de años conviviendo cuando por mediación de Aurelio, un vecino del bloque de mis padres con el que me llevaba de maravilla, pasé de mi último empleo como dependienta en una perfumería a entrar a trabajar en la barra de la cafetería de Josué. Con ese tipo de trabajos me sentía más identificada.

Josué no era mala gente. Otra cosa era Rosana, una de mis dos compañeras. Ella trabajaba allí a turno completo y parece que no le hizo mucha gracia mi llegada. Siempre sospeché que ella y nuestro jefe, que estaba casado, andaban liados, si bien nunca pude comprobar mis sospechas.

La muy capulla no desaprovechaba ocasión para pincharme, y yo, que había sido la última mona en llegar, no quería entrarle al trapo para no tener una gresca gorda con ella que pudiera costarme el empleo, puesto que ya me había dado cuenta del fervor que le tenía Josué.

—Mira, Mara, —me comentó Aurelio cuando le conté una de sus constantes faenas —“andando yo caliente, ríase la gente”, decía la pobre de mi abuela, que en paz descanse.

—Ya, pero es que a veces me dan ganas de darle un guantazo y estamparla contra la pared.

—Y todo lo que tú quieras. Pero conozco a Josué y te garantizo que no va a consentir ningún numerito entre sus empleados.

—Pues por eso me estoy conteniendo, que, si no, ya te diría yo a ti...

Aurelio tenía cincuenta años y la vida no le había tratado bien. Era un guardia civil mallorquín prejubilado por una lesión en la espalda, estaba divorciado de una alemana de armas tomar y su única hija, injustamente, no le hablaba desde hacía un siglo.

Sin embargo, tenía un carácter tan agradable y tan templado que a mí me encantaba escucharle hablar y que había hecho que le convirtiera en mi eterno confidente.

En cuanto a mi Alfredo, también era una buena persona, no lo negaré. Nunca me ponía pegas a nada. Si quería salir una noche por ahí a mi aire con mis amigas, pues bien.

Que quería cogerme un avión y plantarme en Barcelona para pasarme dos o tres días entre semana en casa de mi tío Adriá, el único hermano de mi madre y que acababa de enviudar, pues bien también.

Ese era precisamente el problema; que todo aquello me estaba dando que pensar que no tenía tanto interés por mí como pretendía aparentar. Seguro que muchos dirán que soy injusta, que, encima de que me daba total libertad, me quejo.

Pero no he terminado. Al principio de nuestra convivencia, íbamos juntos a todas partes; al cine, a pasear o al teatro, cosa que nos encantaba a los dos...En cambio, últimamente no estaba muy por la labor de los planes en común. Incluso en la cama le veía inapetente y eso ya me estaba mosqueando más.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté una noche mientras cenábamos.

—¿A mí? ¿Por? —mi pregunta le pilló fuera de juego, a juzgar por su cara de asombro.

—Sí, claro, a ti. Que yo sepa, no estoy hablando con el vecino.

—Pues no sé a qué te refieres. Estoy bien.

—A ver, Alfredo. De un tiempo a esta parte, te veo un tanto apático. Casi no salimos juntos a ningún lado...

—Mara, cariño, no te preocupes. Es solo que estoy cansado, el curro en el hospital se ve muy bonito desde fuera, pero también tiene lo suyo.

“Yo no puedo entender cómo en tan poco tiempo has cambiado tanto”. Eso le decía la de Pimpinela al otro en la canción “Cómo le digo” cuando le interrogaba a causa de lo mismo y él se justificaba también con la cuestión laboral.

Lo cierto es que yo me sentía como aquella y tampoco podía entenderle. Más de una vez le saqué el tema y su contestación era la misma siempre: todo estaba bien y no pasaba nada.

Sería para él, porque a esta que está aquí le dio por pensar que, si a nuestra edad y llevando tan poco tiempo conviviendo ya andábamos así, ¿qué clase de futuro en común nos esperaba?

Cada vez que se lo planteaba, se “enmendaba” algo y nos tirábamos unas semanitas mejor en ese aspecto, pero al final, vuelta a lo mismo. Todo eso se tradujo en que, a medida que fueron pasando los meses, la apatía se fuera adueñando de mí y fuese yo la que empezara a perder la ilusión por nuestra relación.

En cualquier caso, no quise tirar la toalla. Todas las parejas tienen sus crisis y muchas veces las superan, y nosotros ya habíamos tenido que capotear más de un temporal desde que nos conociésemos en nuestra época de estudiantes de instituto.

Por ejemplo, la inesperada muerte de su padre como consecuencia de un accidente laboral, cuando Alfredo se encontraba en el ecuador de su carrera de enfermería. Ese golpe lo sumió en una depresión que le agrió el carácter hasta tal punto que no había quien se le acercara.

Conmigo también pagó el pato por entonces en más de una ocasión y me costó mis ríos de lágrimas. Entiendo que una tragedia de esas dimensiones se hace muy cuesta arriba para cualquier persona y que despidiera con cajas destempladas a muchos, pero yo no me lo merecía.

Además, por encima de todas las cosas, adoraba a mi guapísimo rubio de ojos azules, así que no estaba dispuesta a mandarlo todo a la mierda. Al revés, le trataba con todo el mimo del mundo y trataba de insuflarle ánimos como podía.

Pero nuestra convivencia, según iba avanzando el tiempo, se iba convirtiendo en un insulso diario con la mayoría de las páginas en blanco. Con esto no pretendo excusarme por lo que hice más tarde, pero todos somos humanos y yo no estaba pasando mi mejor momento.

Era el puente de la Inmaculada y mucha gente se había largado por ahí de viaje, de manera que había muy poca clientela en el bar. Esperando a que terminaran los de las únicas dos mesas ocupadas para ponernos a limpiar e irnos, me senté en un taburete detrás de la barra y cogí el móvil.

Abrí el face y eché un vistazo a las notificaciones. Hasta ahí, todo normal. El lío empezó cuando, cotilleando por aquí y por allá, dicha red social me puso por delante a Hugo, presentándomelo como una de esas “Personas que quizás conoces...”

Capítulo 2



Por su foto, vi que no era así, que no le conocía de nada, pero mirándola con más detenimiento, automáticamente pensé que bien merecería la pena hacerlo.

Puedo garantizar que, de haber sido servidora miembro de la RAE, habría propuesto incluir su nombre en el diccionario para ejemplificar alguna de las dos acepciones del término belleza. Mejor dicho, de las dos, porque con ninguna de ellas desencajaría.

Con esa aspiración de conocerle, lancé el primer envite enviándole una solicitud de amistad que aceptó casi de inmediato. Ahí quedó la cosa por su parte pero, aunque me consta que mucha gente admite por sistema tales solicitudes por simple gentileza, para mí ese gesto ya suponía mucho porque con él me entreabría la puerta a hablarle si es que era mi deseo.

Y claro... lo era, así que aproveché el filón sin pararme a pensarlo, correspondiendo al detalle con unas gracias en las que confiaba diesen pie a algo de conversación.

Así fue, pero la primera impresión a los pocos minutos hablando con Hugo fue haber apuntado a un tipo un tanto serio y seco, por no llamarle soso y con poca desenvoltura, al menos dialogando, diré para no ser injusta, ya que no le conocía de nada. En resumen, un hueso duro de roer, no nos vamos a engañar.

No problem, como solemos decir ahora. Aparente soy yo cuando se me mete algo entre ceja y ceja, por lo que seguí tirando de la cuerda esa noche y en los días posteriores cada vez que tenía ocasión, hasta tener fraguado un encuentro a no tardar demasiado que nos permitiría conocernos... y no solo en persona... Dejémoslo ahí.

Puestos a entrar en otros detalles, decir que fomenté ese encuentro animada por el hecho de irme gustando gradualmente más como persona, y es que, a medida que seguimos hablando, fue cambiándome la opinión del principio.

Fui descubriendo poco a poco a un tipo sensible, educado, sociable y con buen fondo; a un hombre chapó, el mismo que se definía como tímido e inseguro, contradictoriamente, dado que charlaba como yo hasta por los codos, una vez roto el hielo inicial.

Por pura casualidad, Hugo vivía en Barcelona. Sí, era una casualidad porque no teníamos ninguna amistad en común ni nada que se le pareciera. La gracia es que además vivía en el mismo barrio donde yo me criara, ese que añoraba tanto y en el que también vivía mi tío Adriá. ¿Cómo era posible que no me hubiera fijado nunca en semejante monumento?

—No es tan raro, Mara. Estos últimos años he vivido en Sitges con Mariluz —me explicó.

—¡Toma! Y yo llevo casi media vida en Torrejón, pero ni de niños, nada...

—Hombre, teniendo en cuenta que yo tengo treinta y ocho años y tu veintisiete, difícil, ¿no crees?

—Bueno, sí, pero tiro de tanto en tanto para allá para ver a mi tío.

—Ya, pues no estaba de Dios que coincidiéramos.

No, no lo estaba. Había tenido que ser el face el que me lo pusiera delante de mis narices para conocer su existencia. Y la mía se convirtió en un caos de aquí te espero a partir de esos momentos.

Hugo me contó toda su vida y milagros a grandes rasgos. Por contra, yo le omití el punto más importante de la mía; que estaba comprometida con ese otro hombre con el que vivía y con el cual el asunto no tenía visos de enderezarse.

Trabajaba como vigilante de seguridad en un edificio de oficinas y tenía dos niñas pequeñas, fruto de su relación con Mariluz, su expareja. Al separarse, tuvo que caer de cabeza nuevamente en casa de su madre, puesto que con su sueldo y las pensiones alimenticias que debía pasarles a las criaturas no le quedaba ni para pipas.

Conversando con él, las horas volaban y todas me parecían pocas, pues me fascinaba su modo de hablar, de expresarse, la transparencia que se desprendía de sus palabras...

Recuerdo que dos días después de que empezáramos a hablar, sin encomendarse a Roma ni a Santiago, me sorprendió llamándome por teléfono. Suerte que Alfredo aún no había llegado a casa, y es que Hugo lo hizo sin ninguna maldad; para él, yo era una chica libre como el viento.

Dado el picante contenido de muchas de nuestras conversaciones, pretendía que no recelase ni un ápice sobre su ser, calificándose como alguien discreto en quien confiar, que jamás había aireado por ahí sus cuestiones personales ni siquiera con sus amistades íntimas.

—Ten cuidado, Mara—me dijo Aurelio al saber por mi propia boca lo que me traía entre manos—. Te la estás jugando por lo militar, como solía decir mi madre.

—Lo sé, amigo, pero no te preocupes. Alfredo está en su mundo y pasa de todo. Además, esto no va a ir a ningún lado. Voy a viajar a Barcelona para conocerle y ya está, no habrá más.

—Ya, lo que se conoce como echar una canita al aire y después, si te he visto, no me acuerdo, ¿no?

—Más o menos. Hugo tiene ahora mismo una vida muy complicada como para andarse con más historias. Entre el dinero mensual de las niñas, la hipoteca del piso que tenía a medias con la víbora de la Mariluz esa, la gasolina y unas cosas y otras...pues eso. Que está más tieso que un boquerón.

—Mira, Mara. ¿Sabes lo que pasa? Que dicen también que entre cielo y tierra no hay nada oculto.

—Aurelio, por favor, no me pongas mal cuerpo, que me hace mucha ilusión ir a verle...

—¿Mal cuerpo yo? Chica, a tu edad, ya eres lo suficiente mayorcita como para saber lo que haces. Yo tan solo te estoy dando un consejo. El cuerpo no te lo pongo ni mal ni bien, aunque me da a mí que, por lo que me cuentas, él sí que te lo va a poner bien. Demasiado bien —Sonrió pícaramente.

—Sé que no está bien lo que hago, pero tú sabes de sobra que estoy bastante asqueada con el panorama que tengo en casa.

—Y digo yo, en ese caso, ¿por qué no terminas lo tuyo con Alfredo y luego ya haces lo que te venga en gana?

—Buena pregunta. Debería, ¿verdad?

—A mi entender, sería lo justo, Mara. Y tú, para entenderlo mejor, invierte el papel de vaqueros por el de indios y dime cómo te sentirías si la situación fuese a la inversa.

Tenía más razón que un bendito, pero es que además Aurelio había pasado por una situación muy parecida, con lo cual no comulgaba con mi proceder. Su mujer le había puesto los cuernos, con la diferencia de que, para colmo, quiso darle la vuelta a la tortilla y más todavía.

Vamos, que no contenta con echarle la culpa a él de lo ocurrido, se las ingenió para comerle el coco a la hija de ambos de tal manera que, aunque ya era una mujercita con muchos pelos en los sobacos, tenía al padre aborrecido hasta tal punto que nunca más había vuelto a dirigirle la palabra.

—Descuida. Yo no soy tan mala gente como para llegar a esos extremos—le aseguré cuando me contó cómo había sido el fin de su matrimonio con Lena, algo que no había soltado por su boca hasta ese momento.

—Ni yo he dicho eso. Yo no te estoy tachando de nada, Mara. Pero a tiempo estás de evitarte cargos de conciencia, mujer.

Sus palabras me dieron que pensar, pero no por eso cambié ni un hilo de mis bien tejidos planes. Por un lado, yo todavía no había desistido de mi empeño en reflotar mi relación con Alfredo, por más contradictorio que suene lo que digo. Por otro, me aferraba a la idea de que aquello que pensaba hacer con Hugo sería solo algo puntual.

Aparte, mi sueldo de fines de semana sirviendo cañas y cafés no me daba como para plantearme el tirar las pitas al callejón y coger la puerta. Parecerá muy egoísta por mi parte, lo sé, pero quien esté libre de pecados... que tire la primera piedra.

Mi tío esperaba con ilusión mi llegada, y es que el pobre vivía más solo que las ratas porque no tenía hijos. Tan contento que se puso el hombre cuando le llamé para contarle que pasaría tres días con él.

—Qué alegría me das, Marita. Menos mal que ando ya más entonado, porque he pasado un par de semanas con la dichosa bronquitis que para qué te voy a contar.

—Me alegro, tito. Bueno pero, de todas formas, esta vez quiero aprovechar para ver también a Clara y a Masé y a Albert.

—Vaya, que te voy a ver bien poco el pelo es lo que me quieres decir, ¿no?

—Que no, bobito mío. Tampoco es eso.

Lo tenía todo maquinado para no levantar sospechas por ninguna parte. El lunes por la mañana, cuando Alfredo fuese para el hospital, de camino, me dejaría en la puerta de la estación Sur de autobuses de Madrid.

Allí me montaría en un autobús rumbo a Barcelona para conocer ya cara a cara a ese macizorro al que tantas ganas de pillar tenía. Las mismas que él a mí...

Capítulo 3



A decir verdad, Hugo y yo sintonizamos prácticamente desde el comienzo y yo ya estaba loca por verle y causarle la mejor impresión posible. Quiero decir físicamente.

Por consiguiente, metí en la maleta mis mejores galas; los tacones más llamativos, la ropa interior más sexy que se pueda imaginar y, con la grandiosa ilusión de al fin verle en directo añadida en el equipaje, caí a media tarde de aquel lunes de diciembre en mi adorada Barcelona.

Si mi novio hubiera llegado a enterarse de mis verdaderas intenciones en aquel territorio, me hubiera mandado lejos, pero no quería que ese pensamiento enturbiara mi felicidad ni estaba dispuesta a que me interrumpiese ninguna llamada suya a destiempo, por lo que fui yo quien le llamó antes de echarse abajo del bus. Acababa de llegar del curro.

—Nada, te llamo para decirte que estamos entrando ahora mismo en la estación.

— Ammm, ¿y el viaje bien?

—Sí, sí, todo perfecto. ¿Tú qué tal? ¿Ya has comido?

—No, me voy a calentar ahora los macarrones que sobraron de ayer.

—Muy bien, pero ya sabes, ¿eh? Pásalos antes a un plato, que luego no hay quien le quite la rojez del tomate al tupper como lo metas en el microondas.

—Tranquila, tú a lo tuyo, que ya me apaño yo. Un beso.

Así de “cercanas” eran nuestras conversaciones en los últimos tiempos. En fin, para mí, lo único que importaba en esos momentos era que en breve me reuniría con ese tío bueno con el que llevaba hablando un puñado de días.

Habíamos concertado encontrarnos en torno a las siete de la tarde en una cafetería de mi querido barrio que también era el suyo, con lo cual no andaba muy holgada de tiempo porque previamente tenía que pasar por casa de mi tío para ducharme y arreglarme. Un taxista me llevó hasta allí.

—Marita, hija, ¡por fin te ven mis ojos! —Por poco tiempo, pensé para mis adentros, pero no le dije nada entonces.

—Ay, tito, ¡qué bonita está Barcelona con la iluminación navideña!

—Sí, mi niña, aunque ya sabes tú que estas fechas no son buenas para mí, pasado mañana hace tres años que me dejó tu tía Lola.

—Lo sé, tito, pero no te pongas triste ahora.

—¿Te hago un cafelito? ¿Te apetece?

—No. Te lo agradezco. Mejor nos tomamos una copita de anís después de cenar, viendo la tele aquí los dos tranquilos.

—¿Es que ya piensas coger el pescante o qué? —El pobre hombre las vio venir.

—Porfi, no te enfades, es que he quedado con Clara para ir a Las Ramblas a comprar unos regalos de Reyes para su madre.

—Está bien, hija, como quieras. Pero andad con cuidado, que la vida está muy mala y hay muchas malas ideas por ahí.

Y tanto. Que me lo dijesen a mí, con lo que tenía en mente. Dejé la maleta en mi habitación y salí escopetada para el baño. La cara de mi tío al verme salir tan compuesta era una mezcla de admiración y extrañeza.

—Muy guapa te has puesto tú para ir de compras con una amiga, ¿no? —me espetó.

—Bah, para ir en chándal, ya estoy en casa a diario. Además, no todos los días viene una a una ciudad tan chachi como esta —le expliqué.

Más trabajo me cuesta explicar el efecto que me causó Hugo al verle avanzar hacia mí cuando le divisé a lo lejos. Sintetizando, más alto de lo imaginado y más guapo todavía que en fotos.

Había supuesto que, en persona, sería por el estilo o quizás menos, por eso de que solemos exhibir aquellas fotos en las que nos vemos más favorecidos, pero las suyas no le hacían justicia. Con ese impacto a mis espaldas, arrancó mi ansiada tarde junto a él.

Aquella cafetería es testigo del inocente diálogo en que nos enfrascamos, sentados en la barra tomando un par de cubatas, y de ciertas secuencias posteriores menos decorosas en sus baños antes de abandonarla.

Y que agradezca que todo quedase en eso y no llegar a tener que dar fe de algo peor aún, porque de la misma manera que reconozco que allí abajo nos metimos contra la pared un adelanto rapidillo de lo que hiciéramos luego, aseguro que también pudimos haber consumado nuestra “fechoría” sin necesidad de salir de aquel sótano.

No estoy faroleando. A los dos nos sobraba a esas alturas valor en ese sentido. Valor y calentura, hablemos en plata, que los ánimos entre nosotros estaban ya bastante caldeados después de tantas horas de conversaciones subditas de tono en la distancia. Previendo que me retrasaría, le di un toque a mi tío.

—Tito, por si acaso, no me esperes levantado. Cena tú lo que sea, que yo llegaré un poco más

tarde.

—Ya me lo imaginaba yo.

—¡No, no! Es que dice Clara que por qué no tomamos unos pinchitos por aquí, hay un ambientazo que no veas...

—Ya, ya. Más sabe el diablo por viejo que por diablo, Mara. Muy guapa te has puesto tú para irte de compras con Clara.

—¡Tito, que estoy con ella! Si quieres, te la paso—pegué el tiro, a sabiendas de que se negaría. Y no me equivoqué.

—Deja, deja. Solo digo que alguien más habrá con vosotras. Bueno, ándate con ojo, como te dije.

De haber seguido la programación prevista, desde allí habríamos ido del tirón a cualquier hostel, pero aprovechando el inusual buen tiempo para ser invierno, optamos por tomar otra copa más en una lujosa cervecería de la zona, con terraza de esas acristaladas.

Sentado a mi lado, fue en ella donde Hugo terminó de desatarme con su libidinosa mirada y con su mano, mientras me hablaba, hundiéndose disimuladamente entre mis muslos cada dos por tres.

Llegó un momento en que ya no podía ni centrarme en lo que hablábamos, puesto que en mi mente, traspasando el tiempo, yo estaba tirada ya encima de él en una cama y comiéndomelo a besos, por decirlo con elegancia.

Por cierto, los servicios de la planta de arriba de aquella cervecería tampoco se libraron de alguna que otra escena que hubiera escandalizado a cualquiera que nos viese, antes de que nos marcháramos de allí.

Metidos ya en el coche, me preguntó el muy cachondo si me apetecía ir a un hotel, pregunta que, en vista de su educación (lo cortés no quita lo valiente) no es que estuviese de más, pero con decir

“vamos ya”, el resultado no hubiese sido otro.

O sea, que igualmente habríamos ido a parar al que más a mano nos pilló para echar en él un par de horas más y un par de cosas que no me quedaría muy fino citarlas tal cual por aquí.

¿Dudaba acaso de mis ganas?, ¿he ahí su inseguridad, esa de la que me hablaba al principio? Increíble para esta que iba más ancha que larga en el asiento del copiloto, en busca de aquel lugar que me permitiera finalmente disfrutarle a escondidas de los ojos del mundo.

Me acuerdo que en el impasse, yendo agarrada de su brazo hacia el coche, nos encontramos con Masé, mi otra buena amiga de la infancia con la que seguía manteniendo el contacto, y se lo presenté con el orgullo de quien muestra una medalla de oro en los juegos olímpicos. Bromeamos ante él con toda la picardía imaginable.

—¿Qué harías tú en mi lugar con un bombón de este calibre? —mis palabras le sacaron a Hugo los colores de golpe.

—¿En serio te tengo que contestar, so bruja? —me respondió.

Terminamos riéndonos los tres y apenas veinte minutos después alcanzamos el lugar en cuestión. Era un hotelito corrientucho del extrarradio y la habitación que nos asignaron no es que fuera para tirar cohetes, pero mismamente nos serviría.

Quiero decir que la diferencia entre saborearnos en los baños de cualquier bar o hacerlo allí sería algo así como la que hubiera entre comerse una ración de jamón de pata negra sentado en el césped de un parque o hacerlo a mesa y mantel en un restaurante de postín.

Chorradas aparte, era hora de demostrarnos mutuamente que las fuerzas no se nos iban por la boca, aunque también es cierto que las mías a esas horas de la noche ya empezaban a flaquear, después del madrugón y el trajín del viaje.

Parece que le estoy viendo desvestirse con las prisas en aquel cuarto. Y mentira me pareció poder tenerle segundos más tarde tumbado sobre mí, penetrándome con furia, mordisqueándome los labios como un salvaje y mirándome fijamente con esos ojos negros como platos que quitaban el sentido.

Revivo con una intensidad tremenda todos esos momentos. Es como que todavía puedo sentir su cabeza metida entre mis muslos, lamiéndome gustoso el sexo; una de sus predilecciones en materia de cama. Escucho sus gemidos y mis propios gritos al terminar.

Siento sus dedos recorriendo de arriba a abajo mi espalda, provocándome escalofríos en el descanso entre esas dos primeras sesiones que retengo en la memoria como una auténtica gozada en conjunto. Exacto. Fue, en suma, un encuentro realmente emocionante para mí...

Capítulo 4



“Buenos días. Que tengas un buen martes”. Ese fue el escueto WhatsApp con que Alfredo me despertó a la mañana siguiente. Sabiendo que a esas horas ya debería andar trabajando, me limité a darle las gracias y a decirle que ya hablaríamos después de comer cuando él llegase a casa.

Mi tío, con pijama y bata todavía, ya estaba en la cocina poniendo la cafetera y preparando esas rebanadas de pan tumaca que sabía que a mí tanto me gustaban desde niña.

—Bon dia, sobrina.

—Bon dia, señor Adriá.

—Tarde llegaste anoche, ¿no? Ni siquiera te oí entrar.

—Me lo imagino. Procuré no hacer ruido por si estabas dormido.

—Marita, hija. ¿Todo está bien entre Alfredo y tú?

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada, por nada.

Conocía bien a mi tío y le tenía por lo suficientemente prudente como para no meterse en fandangos, menos aún, sin tener más pruebas de mi “delito” que el hecho de haber aparecido por

las puertas de su casa un tanto tarde.

Una ojeada en el espejo del baño al ir a ducharme tras el desayuno me hizo entender mi fallo; tenía ahí bien a la vista en el cuello la marca un chupetón, por lo que me sentí avergonzada como en la vida.

Me vestí con unos vaqueros y un jersey de cuello alto y procuré apartar aquel cortazo de mi cabeza. Lo malo era que me quedaba otro obstáculo por salvar: debería ponerle otra excusa para esa noche y tendría que ser más consistente aún, tanto que me diera cobertura hasta el día siguiente.

Hugo y yo habíamos quedado en vernos a la hora de cenar para luego devorarnos de nuevo literalmente, pero ya no a contrarreloj. Nuestra intención era pasar toda la noche juntos en un lujoso apartahotel barcelonés que pagaríamos a medias, puesto que a ninguno de los dos nos sobraban los billetes.

—Tito, hoy te voy a invitar a comer unos callitos en la taberna de María, ¿quieres?

—Hombre, a eso nunca le digo yo que no, bien lo sabes. Pero no hace falta que tú los pagues, cariño.

—Ya, pero quiero hacerlo.

—¿Y eso? —A mi tío, que no se le escapaba ni una, mi insistencia le puso la mosca tras la oreja.

—Marita, con mi pensión y los pocos gastos que tengo, me saldrían los callos por los ojos si pagas tú el almuerzo con lo poco que ganas. Ahora dime la verdad, ¿qué estás tramando?

—Nada, tito.

—¿Segura?

Aunque yo ya tenía el cuello tapado, me echó una rápida mirada a este que, a pesar de desviarla enseguida, hizo que me subiera un calor de repente a las mejillas que me las pondría como tomates. Ahí ya no le di más rodeos.

—Bueno, verás... Resulta que la semana que viene se casa Berta, la hermana de Masé, y me han invitado a la despedida de soltera esta noche.

—¿Una despedida de soltera en martes? Pues sí que es rara la gente, sí.

—Ya, pero es que a la novia le pasa lo mismo que a mí, que trabaja los fines de semana en el Telepizza y ese es el único día que libra—Menos mal que ahí estuve rápida con el embuste.

Ese era otro problema; que de un tiempo a esa parte estaba mintiendo a diestro y siniestro a todo el mundo. A Alfredo, a Hugo, haciéndole creer que estaba libre de todo compromiso, a mi pobre tío, que con tanto cariño me acogía siempre... No me sentía a gusto en esa faceta de mentirosa, pero no me quedaba otra.

—Bueno, nena, yo no digo nada. Pero tampoco quiero saber ni una palabra más...

Pasé también una vergüenza horrorosa al entender el significado real de esas últimas palabras. Mi tío se estaba dando cuenta de todo y sabía que no podía hacer nada por impedirlo, pero tampoco quería sentirse responsable de las posibles consecuencias del enredo en el que andaba metida.

—Tranquilo. Confía en mí, ¿vale? —le dije. A continuación, le di un beso en la frente y dimos por zanjada la charla sobre aquello.

De ahí a la noche, no sé cuántos WhatsApp pudimos mandarnos Hugo y yo. Cómo sería la cosa que, de tan entusiasmada que estaba, olvidé por completo llamar a Alfredo. El caso es que él tampoco me llamó a mí en todo el día.

Malo sería que se le ocurriese hacerlo cuando ya me encontrara en la cama con mi amante catalán, ese hombre que te hacía tocar el cielo con la yema de los dedos sobre el colchón, pero la

probabilidad de que tuviese aquella feliz idea me estaba pellizcando el estómago mientras bajaba en el ascensor para reunirme con Hugo.

¿Solución? Cuando crucé el portón del edificio y vi que me esperaba ya dentro del coche en la acera de enfrente, saqué el móvil del bolso y lo apagué sin ningún tipo de remordimiento. Con decir al día siguiente que me había echado a dormir y se me quedó sin batería, tendría el pellejo salvado.

—¡¡¡Guau!!! Estás imponente, chica—me dijo una vez que me acoplé en el asiento.

—Tú también, mi esclavo.

—¿Tu esclavo? ¿Y eso?

—Nada, pamplinas mías.

—No, pamplinas, no. Dime...—En ese instante, sus ojos recalaron en la mochila negra que había dejado a mis pies—¿Y eso qué es? Creí que íbamos a un hotel, no de excursión por los picos de Montserrat.

—No preguntes tanto, que ya lo verás luego, cotilla.

Esa noche hacía más frío que la anterior, por lo que me llevaba unas altas botas de ante con un tacón impresionante y el abrigo abotonado hasta las orejas.

De esa guisa, nadie hubiera dicho que lo único que llevaba por debajo era mi cuerpo al desnudo, cubierto tan solo por un minúsculo body con lazos de raso a la cintura que a duras penas me tapaba el pecho y el chumino.

Una fina gargantilla de hilo negro terminada en pico, de esas de estilo gótico, era toda la bisutería que llevaba encima. En vista de cómo se las gastaba el señor, no había querido ponerme ni siquiera unos pendientes para no correr el riesgo de terminar con las orejas rajadas.

Pero como yo también puedo llegar a ser morbosa como la que más, no pude esperarme a llegar a la planta catorce de aquel edificio de apartahoteles, donde nos esperaba el nuestro.

Según le dimos al botón del ascensor y este se puso en marcha, me desabroché a la carrera los primeros botones del abrigo y me destapé la delantera. A Hugo casi le da un síncope al ver que iba prácticamente como mi madre me trajo al mundo.

—¡Qué cabrona! —gritó al descubrir el pastel.

Se abalanzó sobre mí y empezó a besarme, más que a besarme, a devorarme viva, porque Hugo, besar, lo que se dice besar como tal, no sabía. Era un lobo que te mordía los labios, la lengua, los cachetes... lo que fuera, sin medir su fuerza.

A veces llegaba a hacerme un poco de daño, pero yo me callaba la boca como una perra porque había descubierto ya desde el primer meneo que me metió en el primer bar la tarde anterior que ese puntillo doloroso me excitaba un montón.

Digamos que con él estaba descubriendo otra variante del sexo muy distinta a la que estaba acostumbrada a practicar con Alfredo, el único hombre con el que había estado en la intimidad hasta que el destino me plantase por delante al otro para que me enterara de lo que era bueno.

Estrujándome contra el espejo del ascensor y sin parar de comerme la boca a lo bestia, metió una mano por debajo de mi abrigo buscando mi sexo como un loco, pero se lo impedí cerrando las piernas a cal y canto.

—¡Cheeee! Quieto ahí, lobito, que nos quedan muchas horas todavía y aquí mando yo hoy.

—Eso ya lo veremos—me advirtió.

El apartahotel en sí ya incitaba a la locura total. En realidad, allí no debían hospedarse turistas de vacaciones por la ciudad condal, desde luego. Por su decoración, se notaba a todas luces, y nunca

mejor dicho, que eran pequeños pisitos destinados a dar rienda suelta al desenfreno de las parejas y lo que no eran parejas.

Me imaginé por un momento las orgías que, bajo la roja iluminación, habrían presenciado las sugerentes siluetas impresas en los cuadros colgados de aquellos tabiques y los envites que habría soportado la enorme cama de estilo japonesa, tapizada en piel negra.

Fue dar el portazo al entrar y Hugo querer continuar sin más preámbulos lo que había comenzado en el ascensor, pero mis planes eran otros y parte de ellos esperaban pacientemente su turno en la mochila.

—Quieto ahí, infeliz—Le frené en seco y mi amante se quedó pillado sin entender nada. Ni yo podía imaginarme que mi imaginación pudiera dar para tanto.

—Me estás empezando a acojonar, Mara.

—Tumbate ahora mismo en la cama y quítate toda la ropa menos los calzoncillos.

—Pero...

—¡Ni peros ni leches! Tú no eres nadie para piar, ¡aquí mando yo hoy y punto pelota!, ¿te enteras?

—A sus órdenes, mi ama.

—Hombre, por fin nos vamos entendiendo...

Agarré la mochila y me encerré en el baño. Me quité el abrigo, me retoqué los labios con el brillante carmín rojo y me puse una cola de caballo que me daba un aspecto de guerrillera de dos pares de narices.

Con el lápiz negro, me pronuncié aún más los rabillos de los ojos. Me re Coloqué el body de látex, me puse unos guantes hasta el codo pero que dejaban mis dedos al descubierto y, para rematar el

atuendo de “tirana”, me planté el antifaz y atrinqué el látigo.

Que nadie se me asuste. No soy ninguna sádica que pretendiese dejarlo escaldado sobre el colchón. Simplemente, quería ver hasta dónde podía llegar el juego, hasta dónde era capaz de llegar en el terreno sexual ese hombre que estaba sacando mi versión más cañera, esa que ni yo sabía que existía.

Más chula que un ocho, cuando salí del baño, no dije ni pío. Me limité a recostarme en la pared, apoyando un codo en esta y sacudiéndome ligeramente una pierna con las tiras del látigo, con aire desafiante.

—¡Hostias! —soltó por la boca al verme.

—¡¡¡Shhhhhhhhhhh!!!! ¡Silencio en la sala!

Había hecho ademán de levantarse para venir hacia mí, pero se lo impedí con mi mandato. Fui yo la que tiró hacia él y le metió la del pulpo, y es que Hugo se encendía más y más por momentos en su papel de sumiso bajo mis órdenes.

No puedo concretar si me gustó más aquel primer asalto o el segundo, en el cual se invirtieron las tornas e hizo conmigo todo lo que se le antojó. En un momento determinado, creí que me ahogaría con su miembro viril presionando mi garganta mientras era él quien imponía el ritmo de mi cabeza, sujetándomela por las sienes.

“... probé cuanto quisiste que probaras, te amé como si el mundo se acabara...”. Eso, entre otras cosas, decía Ana Belén en cierta canción que a mí me calaba en lo más hondo.

Hombre, tanto como amarle, no, pero desde luego, sí que probé yo también de todo durante esa noche con él. Lo chungo de estas historias que, en teoría, deben quedar en la memoria como episodios pasajeros, es que te puedes enganchar a ellas, y eso era precisamente lo que me estaba ocurriendo a mí.

Hugo, aparte de contar con un físico impresionante, era un experto amante que te podía poner la piel de gallina con tan solo acercar sus labios a tus oídos y murmurarte un puñado de palabritas obscenas en tanto te pellizcaba los pezones.

Y yo, que quería disfrutarle hasta la saciedad, había salido corriendo a mediodía como alma que lleva el diablo para el sex shop donde había dejado una buena parte de mis ahorros, ese mismo cuyo escaparate siempre me paraba a mirar pero que siempre me había dado yuyu visitar.

En él me compré un par de consoladores de tamaños distintos, el citado látigo, que era más bien un perverso juguetero con el que poco daño podía hacerse, un huevo vibrador, esposas dobles para muñecas y tobillos, unas bolas chinas e incluso un frasco de lubricante anal.

En definitiva, un arsenal del que dimos buena cuenta, ya que no quedó dentro de la mochila ni un artículo por estrenar. Esa noche supe lo que era sentirse doblemente penetrada sin necesidad de un segundo hombre sobre las sábanas.

Esa noche supe lo que era sentir el champagne recorriendo mi vientre hacia abajo, antes de que una inquieta lengua lo absorbiera gota a gota. Esa noche supe lo que se siente haciéndolo bajo el agua caliente de un jacuzzi.

Esa noche supe lo que era que te dé el amanecer sin parar de hacerlo, aunque te escueza ya hasta la piel del alma. Esa noche conocí el sexo en toda la extensión de la palabra y esa noche supe que estaba ya encadenada a su cama sin remisión...

Capítulo 5



Como todo lo bueno acaba, a mí también se me iba agotando el tiempo en Barcelona y ya tocaba ir pensando en el regreso. Al amanecer de ese tercer día, con el cuerpo agotado por la paliza de la noche y sin haber dado aún ni una mísera cabezada ni él ni yo, encendí el móvil y vi que ya tenía un WhatsApp larguito de Alfredo.

“Buenas. Como verás, te llamé dos veces a eso de las once de la noche, pero tenías el teléfono apagado. Me extrañó y llamé a casa de tu tío. No supo darme explicaciones de dónde estabas. Me dijo que creía que habías salido a cenar con Clara, pero que no estaba muy seguro. Me pareció raro también que no me llamasen en todo el día...”

No me preocupé demasiado porque sabía bien cómo salir de ese atolladero sin levantar sus sospechas. En cambio, me preocupaba con qué cara pudiera recibirme mi tío al volver a casa, recordando lo que me había dicho el día antes sobre que él no decía nada pero que tampoco quería saber ni una palabra.

La cosa no hubiera ido a mayores, de no ser porque mi careto era un cantazo absoluto. Aunque me planté el abrigo y me lo volví a abrochar hasta arriba para ocultar los nuevos chupetones del cuello, tenía los morros que daba pena vérmelos.

Enrojecidos por la irritación y ligeramente hinchados, parecía que venía de un combate de boxeo en lugar de pasármelo pipa en brazos de Hugo. Por si fuera poco, tenía hasta un pequeño arañazo cerca del ojo izquierdo que yo misma me hice sin querer con mis súper uñas postizas, en uno de los momentos de más euforia en el catre.

—Mara, esto ya se está pasando de castaño a oscuro, que lo sepas—La primera frase de mi tío según me vio aparecer por la puerta, me hizo agachar la cabeza por el corte.

—Tito, lo siento, yo...

—A ver, hija, no se trata de que lo sientas o no. Se trata de que, si piensas irte por ahí a saber dónde, cuando menos, le cuentes a tu novio lo que piensas hacer, ¿o no te das cuenta de que me pones a mí en un compromiso?

—Tienes razón, tito, te prometo que esto no va a volver a pasar.

—No, no va a volver a pasar porque a mí no me metes más en un fregado de estos. ¿Qué es eso coger la noche por punta y apagar el móvil según te marchas?

Por un momento, estuve tentada de decirle que no, que eso no había sido así, sino que en el local donde habíamos estado celebrando “la despedida de soltera de Berta” no había cobertura, pero me callé la boca a tiempo de no seguir echando más leña al fuego. Más que leña, más trolas, mejor dicho.

A las ocho de la tarde cogería un vuelo de vuelta a Madrid y allí me recogería Alfredo. Hasta el aeropuerto de El Prat me llevaría Hugo. Si no había cogido otra vez un billete de bus para volver a casa era porque ya no quedaban plazas en el horario que a mí me interesaba.

—Bueno, mujer, no pasa nada. Vente en avión—me había dicho mi novio.

—Ya, pero sale bastante más caro.

—Por una vez, tampoco es una ruina. Yo te lo pago.

Y así había sido y así le estaba pagando yo el detalle que había tenido conmigo. Pero no venía al caso lamentarse ya de lo hecho, máxime cuando todo formaba parte de un maquiavélico plan maquinado de pe a pa por esta que habla.

Siempre he dicho que uno no puede arrepentirse de las cosas que ha hecho conscientemente, por ende, los lamentos no podían tener cabida en mi sesera. ¡A lo hecho, pecho!

Eso sí, no fui capaz de meter en el equipaje todos esos artilugios adquiridos en el sex shop con los que tanto había disfrutado en compañía de Hugo. No quería correr el riesgo de que Alfredo los viera por unas malas, no ya porque a ver cómo iba a contarle de dónde habían salido, sino que sabía que a él esas cosas no le gustaban ni un ápice, ya lo habíamos hablado en alguna ocasión.

—Deja, deja, a mí no me hacen falta esas cochinadas.

—¿Cochinadas por qué? —le respondí, pasmada por completo—. No me seas antiguo, chiquillo.

—No se trata de ser antiguo ni moderno. Tan solo que a mí esas cosas no me molan, pero si tú quieres comprarte alguna para ti, allá tú.

Visto lo visto, me olvidé del asunto y nunca más volvimos a hablar de ello. Por supuesto, tampoco me compré nada por aquel entonces. Y los “juguetes” que compré en Barcelona los escondí en el canapé de mi habitación en casa de mi tío, segura como estaba de que él jamás de los jamases lo abriría.

Aquello era una especie de almacén de viejas sábanas, toallas y otras piezas de ajuar bordadas a mano por su difunta esposa, que no se había tocado en años.

Entre ese montón de telas los enterré, a la espera de poder volver a sacarlos, puesto que estaba convencida de que no tardaría en volver por allí para continuar lo recién empezado.

Volviendo a lo que íbamos, pasé el resto del día con mi tío hasta la hora de coger la maleta, pues se lo debía al pobrecillo. De todos modos, había quedado con Hugo con bastante antelación al vuelo, y es que me tengo por una persona previsora y no me gusta ir con el tiempo justo a ningún sitio.

Un pinchazo en carretera, un accidente que parase el tráfico... cualquier cosa puede suceder cuando menos lo espera uno... Y lo que menos esperaba yo precisamente era que, antes de llegar al Prat, nos diésemos otra paliza de las nuestras, dentro del coche, en un descampado cercano.

Íbamos sobrados de tiempo y lo aprovechamos hasta el último segundo. Hugo tenía un Hyundai ix35, uno de esos vehículos tipo todoterreno, de manera que en un pis pas vació el maletero y allí, sobre la áspera alfombrilla negra que cubría la rueda de repuesto, volvimos a hacerlo como salvajes.

Del ardor que tenía ya por ahí abajo después de estar dándole toda la noche al matarile sin parar, para qué hablar, pero aguanté como una jabata y aullé como una loba por última vez por tierras catalanas.

—Pufff, me escuece tela también la espalda—le comenté cuando paró el coche frente a la entrada del aeropuerto para que me bajase.

—Eso es para que te acuerdes de mí por el camino—me contestó con una risilla un tanto irónica que no me gustó mucho.

—¿Te crees acaso que me voy a olvidar de ti o qué? Porque seguiremos en contacto, ¿no?

—Por supuesto.

Ese “por supuesto” me gustó menos todavía, y es que hizo a continuación una mueca con los labios que tampoco me cuadró. El remate fue que, en el momento de la despedida final, fui a darle un beso en la boca pero lo esquivó y me despachó con dos besos en la cara.

Y no dos besos cariñosos, no, sino de esos que se dan por puro compromiso a cualquiera, en los que los labios apenas llegan a rozar la piel de la otra persona. Besos al aire, como yo los llamo.

Entre unas cosas y otras, el vuelo para mí supuso una “rayaera” total de coco. De acuerdo en que entre nosotros no había compromiso de ninguna clase, pero esa frialdad de últimas me pareció

algo cruel por su parte. Cruel e inexplicable.

Después de las docenas de ellos que nos habíamos dado en esos dos días... ¿me negaba uno más a la hora de marcharme? Por otro lado, pensaba en lo que dejaba atrás y en lo que me esperaba en Torrejón a mi regreso.

Esto es, un novio de capa caída, del que ya empezaba a dudar yo si seguiría siendo mi pareja por mucho tiempo más, y la monotonía de un trabajo bajo la presión de los constantes desplantes de la malnacida de Rosana.

Si alguien me hubiese chivateado al oído hasta dónde sería capaz de llegar con tal de quitarme de en medio, el primer día le hubiera sacudido tal hostia que no le hubiera dejado ni un diente firme en la boca.

Pero claro, en eso consiste la vida; en ir de sorpresa en sorpresa, unas gratas y otras ingratas. Si supiéramos siempre de antemano lo que nos va a pasar, estaríamos variando constantemente el rumbo de nuestro destino y no hemos venido a este mundo para eso ninguno de nosotros.

—¿Eh, Mara! ¡Estoy aquí!

Absorta en mis pensamientos, ni había visto a Alfredo, que me esperaba enfrente, entre la multitud de familiares que aguardaban la llegada de sus seres queridos en aquella terminal de Barajas. Disimulé como pude mi hastío y me lancé a su cuello para darle un beso.

—¿Qué tal, cariño? ¿Cómo te lo has pasado?

—Bien, bien.

¡Si tú supieras!, me faltó por decirle. Obvio que me contuve. E igualmente tuve que contener las lágrimas cuando, ya en casa, me encerré en el baño con el móvil en la mano para enviarle a Hugo un WhatsApp diciéndole que ya había llegado y mis ojos se toparon con aquello.

No aparecía foto alguna en su perfil de WhatsApp y el escalofrío me recorrió el cuerpo. Miré su estado y cero patatero también, señores. Eso solo significaba lo que, de por sí, estaba bastante claro antes de que intentara enviarle un emoticono que, naturalmente, no le entró.

Mi amante me había bloqueado, oigan. Por WhatsApp y por el face. ¡Ahí, con dos pares! Además de desgraciada, no pude evitar sentirme ridícula como una payasa. ¿Qué coño le había hecho yo a ese tío para terminar de tan asquerosas maneras?

Todo eso derivó en que, a la hora de la cena, yo tuviera la cara completamente desencajada y ganas ningunas de abrir el pico. Ni para comer ni para hablar.

—Mara, ¿te encuentras bien? —Quiso saber mi novio.

—¿Yo? Sí, ¿por qué lo preguntas?

—No sé, pero te veo rara desde que has llegado a casa. Incluso un poco pálida.

—Bueno, no te preocupes, es solo que estoy bastante cansada.

Según se lo decía, me acordé de aquellas veces en que, queriendo saber qué le ocurría, era yo quien le tiraba de la lengua y no llegaba a ninguna conclusión, como aquel día en concreto en que me comparé a mí misma con la del dúo Pimpinela.

Cierto que estaba cansada hasta decir basta porque no había pegado ojo en toda la noche ni todo el día. Para colmo, como producto del roce contra la esterilla del maletero, tenía un par de “quemaduras” en el centro de la espalda con muy mala pinta que se me iban a convertir seguramente en dos costrones como demonios.

Pero lo que de verdad me estaba quemando era lo que ya todos sabemos. No la piel, sino el alma. Y eso, ni podía contárselo a Alfredo ni me dejó dormir tampoco como cabía esperarse, acostada ya en mi lecho.

Mira tú por dónde, esa noche precisamente tenía mi querido novio ganas de juerga, pero vamos, que para eso tenía una el cuerpo. Los moratones del cuello me los había logrado tapar a base de maquillaje corrector, pero el escozor de ahí abajo... en fin, no quiero pecar de ordinaria, que bastante ya.

Le dije que no me encontraba bien, por lo que se giró para el otro lado y no tardó ni cinco minutos en enganchar el sueño. Yo seguía debatiéndome entre la angustia y la rabia por la amarga guinda que había puesto fin a mi aventura.

Dando vueltas sobre la almohada, caí en un detalle, algo que no había comprobado todavía. Aunque no la usaba mucho, yo también tenía cuenta de Instagram y ambos nos seguíamos.

¿Me habría bloqueado también por ahí? Era muy posible, pero ya no pude esperar a que amaneciera el día para salir de mi duda. Cogí el móvil de la mesilla de noche sin moverme ni hacer ruido y entré en mi cuenta.

¡¡¡ Chan tata chán!!! ¡Sorpresa! Hugo seguía apareciendo en la lista de mis seguidores. Dicho de otra forma, aún tenía abierta esa vía de contacto con él. Muchos dirán que cómo es posible que todavía me quedasen ganas de hablarle, pero yo me conozco y, en esas, ya no puedo pasar página hasta que le digo a la persona en cuestión todo lo que tengo dentro.

Depende de cómo me pille el momento, o le suelto sapos y culebras por la boca o le hablo en un tono más relajado y que cada uno siga luego por su camino. La cosa es que tengo que cerrar los capítulos así.

Cada uno es como es y a mí me quedaban aún por escoger las palabras exactas para no dejarme nada en el tintero. Pero para eso habría de esperar a la mañana, cuando ya Alfredo se hubiera ido a trabajar.

A esas horas era imposible porque no quería despertarle y porque mi cabeza no daba ya más de sí...

Capítulo 6



Quién hubiera imaginado que me vería en esas; esperando un mediodía de finales de enero la llegada de Hugo para pasar dos días completos con él en El Escorial, después de lo que me había hecho.

Nunca me había sentido tan...ufff, es que no encuentro el término exacto para describir la sensación que me produjo su reacción, esas maneras tan asquerosas de desaparecer del mapa, menos por lo impensado del hecho en sí, que por lo descortés de sus formas.

Bloqueándome por WhatsApp y por face, estaba impidiéndome que volviera a contactar con él y dejándome clarísimo, por tanto, que no le apetecía un pimiento saber nada más de mí en el futuro. Entonces, ¿era un despiste suyo lo de no bloquearme por Instagram o qué leches significaba aquello?

No entendí absolutamente nada, lo único que puedo decir es que se me había caído el mito y que estaba hecha polvo, porque siendo como soy partidaria del diálogo con todo el mundo hasta las últimas consecuencias, no comprendí que me dejase con la palabra en la boca e inmersa en un mar de dudas precisamente él; alguien que se pintó desde un principio como un hombre de los pies a la cabeza en todos los aspectos.

Me quedé preguntándome si yo era la mayor idiota del universo o si me había cruzado con el individuo más cínico del mismo. Demasiadas preguntas. Soy consciente de que cualquier otra, en mi pellejo, hubiera pasado de todo y le hubiera deseado que ardiese en los infiernos.

Pero como cada uno tiene su particular forma de proceder, yo lo hice según la mía y, por la

mañana, nada más irse Alfredo, le escribí. Lo hice con mucho tacto, exponiéndole mi asombro por no entender la correspondencia entre su actuación y el concepto que me había forjado de su persona.

Por otra parte, le transmitía mi malestar, dejándole claro a su vez que no por ello le guardaría rencor, pues creo que todos tenemos derecho a equivocarnos y me daba a mí que quizás él podría haberlo hecho bloqueándome sin pensarlo ni mucho ni poco en un momento en que se le cruzaran los cables y que le diese palo ya retroceder.

A partir del envío cabían dos posibilidades: que lo leyese o que lo ignorase. El interrogante desapareció automáticamente porque, según lo recibió, lo leyó, pero ignorando su contenido al darme la callada por toda respuesta. Con aquello, me sentí más ridícula, si cabe.

—¿Sabes qué? —me dijo Aurelio cuando le conté todo.

—Dime.

—Que se te está bien empleado, Mara.

—Aurelio, por favor, que no estoy para sermones...

—A ver, nena, bueno está lo bueno, que te lo hayas pasado de escándalo y todo eso, pero acuérdate de lo que decías, que ibas a lo que ibas y luego sanseacabó.

—Ya...

—No, ya, no. Se permite el lujo de hacerte ese desplante y encima le escribes dorándole la píldora. Y no te contesta. A eso es a lo que me refiero con que se te está bien empleado.

—Pero es que necesitaba una explicación, Aurelio, algo. No entiendo nada.

—Será porque no quieras entenderlo, porque para mí, la cosa está bastante clara. Este tipo pasa

olímpicamente de todo. Se lo ha pasado de puta madre contigo y...

—¡Y yo con él!

—Sí, y tú con él, pero déjame terminar, por favor. La diferencia entre él y tú es que tú quieres repetir y él no, ¿tan difícil es de entender? Sabes que te aprecio, Mara, pero lo tuyo no tiene nombre.

Yo sabía que Aurelio llevaba razón, y mucha, pero no me resignaba a que las cosas quedaran así entre nosotros. Para cabezona, yo, como buena Tauro que soy.

Puestas así las cosas, a los quince días de haberle enviado aquello y con muy poquita fe en que me respondiera, volví a mandarle otro mensaje en la misma línea, pero haciendo hincapié en la persistencia de mi malestar por su perpetuo mutismo.

Por increíble que parezca, la suerte se posicionó de mi lado, ya que no solo por fin me contestó, sino que lo hizo, y de inmediato, el Hugo que en su día conocí.

Alegó en su defensa un problema con su ex a cuenta de las niñas que no alcanzaba a justificar ni siquiera para él mismo el feo que me hiciera, pero su reiterada petición de perdón por ello a lo largo de la extensa conversación mantenida me sobraba desde que la inició con sus BUENOS DÍAS.

Como diría Mateo, *“señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme...”* Pues, tal cual, aquel sanó en un santiamén con esas dos palabras tuyas mi afligida mente

A raíz de ese momento, seguimos hablando con frecuencia, aunque nuestras conversaciones giraban siempre en torno a lo mismo: sexo, sexo y más sexo. Hugo me hacía imaginarme en unas situaciones tal que yo ya vivía en un constante estado de calentura, lo que derivó en que enseguida empezásemos a planificar el siguiente encuentro.

El problema era que yo no podía volver a Barcelona tan pronto, ¿cómo habérselo planteado a Alfredo? Y, en caso de venir él, más gordo todavía, porque no me había atrevido aún a contarle que tenía pareja, con lo cual, no podía invitarle a mi casa.

Pasé un par de días dándole al tarro hasta que encontré la excusa con la que matar los dos pájaros de un tío. Para ello, tuve que inventarme sobre la marcha una amiga de cara a mi novio. Le hablé del tema a la hora del almuerzo.

—¿Te acuerdas de Paloma? —le pregunté.

—¿Paloma? No.

—Sí, hombre, aquella chavala que trabajaba conmigo en Madrid de cajera. Bueno, vivía en Madrid por entonces, pero ahora vive en El Escorial.

—Puf, pues ni idea. Con los años que hace de aquello, a saber.

—Esa que era hija única y que vivía con la madre que era muy mayor...

—Que no, que no me acuerdo, Mara, pero ¿qué pasa con ella?

—Nada, que me ha llamado esta mañana. Bueno, nosotras hablamos de tanto en tanto porque nos tenemos en el face.

—¿Y?

—Que me ha preguntado si conocía a alguien de confianza para hacerse cargo de su madre un par de días porque no puede dejarla sola—Mientras le iba metiendo la bola, observaba su reacción.

—¿Hacerse cargo un par de días?

—Sí. Resulta que se casa a finales de mes una íntima amiga de ella de Galicia, pero claro, la madre tiene principio de Alzheimer, conque la pobre tiene una buena papeleta. Es una boda civil en el juzgado que, por lo visto, cae en miércoles.

—¿Y a quién le vas a recomendar tú?

—A ver, Alfredo, la chica no anda muy boyante, ese es el tema, así que me ha dicho que solo podría pagarle a quien fuera sesenta o setenta euros por los dos días.

—¿Por dos días enteros?

—Sí, bueno, ten en cuenta que tampoco hay que hacer nada, solamente estar allí con ella y punto. Alfredo, yo conozco bien a Paloma. Ella sabe que eso no es dinero y que no lo tiene fácil, por eso no me lo planteó a mí directamente.

—Lógico. Es que es una miseria.

—Pero sé que, en el fondo, estaba echándome el tiento.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues que lo hablaría contigo y que, si tú lo veías bien, a mí no me importaba quedarme con ella.

—Yo no tengo nada que opinar. En tal caso, vas a ir tú, Mara, no yo.

—Entonces, ¿le digo que sí?

—Como tú veas. Digamos que es un trabajo, mal pagado, pero un trabajo, a fin de cuentas. Tú sabrás.

—Vale, pues voy a decirle que cuente conmigo. Me da pena de ella y sé que es una ridiculez de

dinero, pero con las Navidades me he quedado canina, así que me vendrá bien.

Asunto solucionado. Con ese pretexto, ya podía quitarme de en medio un par de días. En cuanto a Hugo, le metí otra milonga. Dado que él tenía que aprovechar que libraba tres días seguidos en esas fechas, me inventé también otro personaje. Una supuesta prima mía de Sabadell vendría justo esa misma semana a Madrid a hacer un curso de fotografía y se hospedaría en mi casa.

—No es plan tenerla en la habitación de al lado durmiendo, con la escandalera que armamos nosotros, ¿no? —le comenté a Hugo.

—Jeje, va a ser que no.

—Además, necesito un cambio de aires, así que he pensado en buscar una casita rural por ahí por la sierra de Madrid. Nos lo vamos a pasar en grande...

—Grande va a ser lo que te voy a meter yo a ti.

Así se las gastaba. Y así me tenía, claro, cardíaca perdida a todas horas. Lo malo es que empezaba ya a darme igual ocho que ochenta y no tuve ningún reparo siquiera en pedirle que me recogiese en mi propio portal.

Total, según lo calculado, caería por Torrejón sobre las doce del mediodía y Alfredo no solía llegar antes de las cuatro o cuatro y pico de la tarde. Me estaba metiendo en un campo de minas del que difícilmente saldría ileso.

Y recuerdo que, esperando ya su llegada, estaba hecha un flan porque la perspectiva de pasar dos días enteros con él me volvía loca de la ilusión. Baste decir que sólo me faltó tirarme por la ventana para no perder tiempo esperando al ascensor, cuando me llamó para decirme que ya estaba aparcado en la acera de enfrente, unos metros más abajo...

Capítulo 7



Divisé desde lejos la inconfundible silueta de mi amante, que me esperaba fumando fuera del coche. Mi emoción fue grandiosa al comprobar además que no había cambiado en nada; que seguía igual de guapo que siempre.

Me parecía increíble; como si por él no pasasen los años, ni canas de más ni arrugas nuevas ni cosas por el estilo alejaban su imagen de la del ídolo que mi cabeza había guardado durante los casi cuarenta días que hacía que mis ojos no le veían. Tal era mi desvarío por entonces.

Iba eufórica por el camino conversando con él. Corrijo, y es que lo nuestro, más que conversaciones, eran casi monólogos míos en los que le relataba atropelladamente todo lo que me había pasado en ese tiempo en que se encontró “desaparecido en combate”. Sobre todo, con Rosana, que seguía haciéndome faenas a tutiplén en el curro.

Cuando quise darme cuenta, ya andábamos buscando con el Maps la casita rural por El Escorial que yo misma había elegido para pasar esos dos días con él.

Tantas veces había imaginado los primeros minutos dentro de ella, como erróneos resultaron los cálculos previstos en mi mente. Habíamos hecho incluso una apuesta entre ambos que yo estaba segura de ganar, pero hasta en eso me equivoqué.

Para alcanzar el resultado de dicha apuesta, hubo de mediar un cronómetro en marcha que le proclamó vencedor, pues, aunque a punto estuvo de perderla a medio camino, superó de largo los cinco minutos apostados embistiéndome sin parar un solo segundo y sin llegar al orgasmo.

—Ya te lo dije, nena.

—Eres la caña, pitu.

Pitu de pitufo. Así había empezado a llamarle en plan cariñoso, lo cual era también una contradicción absoluta, puesto que Hugo debía medir al menos un metro noventa.

—Ahora ya sabes lo que te toca, ¿no? —Prosiguió él.

—No, por favor. Estarás de coña y me la perdonarás, ¿verdad?

—¡Anda, mi madre! ¿Y por qué tendría que perdonártela?

—Porque sería desperdiciar el tiempo, ¿no crees?

—Bueno, en ese caso, tendrás que hacer otra cosa por mí...

Así empezó la cosa allí dentro. Como perdedora, me quedé sin probar su versión más tierna en la cama; aquella que ni él mismo estaba seguro de poder mostrarme a mí precisamente ni siquiera en justo pago, en caso de haber resultado perdedor.

Con las mismas, acogiéndose a lo pactado, lo lógico hubiera sido que me la cobrara al precio de atarme al cabecero de la cama y dejarme por completo a su disposición cuanto tiempo se le antojase.

—¿Y puede saberse exactamente qué es lo que quieres que haga entonces?

—Es fácil. Nada de lavarte. Ponte el tanga ahora mismo y vámonos a la calle a tomar unas cañas.

—¿Cómo? ¿Que no me lave, dices?

—Como lo oyes, guapita.

Aunque me pareció una pasada total, ya no pude porfiarle, así que tuve que acogerme a su petición y salir junto a él de tan asquerosas maneras en busca del bar más cercano.

Suena fuerte, sí, porque no me tengo por una cerda. Se trataba tan solo de complacer uno más de sus deseos; que yo siguiese excitada al sentir la humedad de su semen resbalando lentamente hasta empapar la diminuta tela que me cubría por ahí abajo.

Esa era otra de sus muchas fantasías que me había comentado en línea y que no quedaba ahí, porque de esa guisa, oliendo a sexo, me quería acodada en la barra de un bar; destilándolo por todos los poros de la piel.

Y para rematar, provocando con descaro a cuanto hombre tuviese cerca de mí, sintiéndose que era él, y sólo él, el único con derecho a ponerme un dedo encima. Hágase pues su voluntad, pensé. Una voluntad que, lejos de contrariarme, me resultaba incluso divertida.

Tal y como Hugo quería, me vi afanada en satisfacerla, pero con una sustancial diferencia: que en aquel bar en el que entramos no había más hombre (ni mujer tampoco) que un camarero de cierta edad y que apenas se dejaba ver por la barra más que para reponernos las cervezas.

—Pues sí que lo llevo yo claro—le dije al cabo de un rato. —Como no me insinúe a los futbolistas del póster ese...

—Bueno, ya tendrás ocasión. Esto acaba de empezar...

Así era. De todos modos, ya podría haber estado el local plagado de hombres que me hubiese costado lo indecible meterme en mi papel, ya que, en compañía de Hugo, no podría existir para mí más centro de atención, por muy succulentos que otros “platos” de alrededor fuesen.

Cuando las no sé cuántas cañas que nos bebimos comenzaron a hacerme efecto, me empezaron a entrar ganas de comérmelo allí mismo sobre la barra, pero no era plan. No obstante, como no

hacía el arranque de sacarme del bar, le tiré la china.

—Te veo un poco cansado. Es normal, después del madrugón y los kilómetros que llevas hoy a tus espaldas.

—¿Cansado yo? Eso es lo que tú quisieras.

Volví a equivocarme, claro. A pesar de que serían las cuatro de la tarde más o menos, se notaba a leguas que Hugo había venido desde Barcelona dispuesto a no desaprovechar ni un minuto, puesto que volvimos a aquella casita de madera y nos dimos una panzada descomunal hasta la hora en que se ocultó el sol.

En ningún momento dio la impresión de que sus fuerzas empezaran a flaquear. Es más, tumbados aún en la cama en pelotas, tuve que tomar cartas en el asunto para intentar cambiar de tercio.

—Habría que cenar algo, ¿no? —le dije cuando el estómago me empezó a rugir por el hambre.

—Ya, ya... O sea, que no has comido bastante todavía, ¿no? Pues tengo algo aquí que...—me respondió, echándose la mano a la entrepierna.

—Qué bestia eres. Digo tomarnos unas racioncitas o algo por ahí.

—Que sí, guapa, que sí. Que ya te he entendido —Me guiñó un ojo.

—Me dejarás por lo menos ducharme esta vez, ¿no?

—Tú misma, pero ya sabes lo que te tocará a la vuelta, ¿verdad?

No se me había olvidado, pero tampoco me importó un bledo. Con toda la noche por delante cuando volviésemos, que me hiciese lo que le viniera en gana. De pensarlo, ya estaba que me subía por las paredes del calentón.

Me metí en la ducha y me arreglé a conciencia. A conciencia para provocarle, quiero decir, y es que me planté un vestidito corto súper ajustado que me quedaba como un guante y unas botas hasta medio muslo que tenía reservadas para estrenarlas en aquella ocasión.

Al salir del baño vi la admiración en sus ojos, pero el muy capullo no se dignó a soltarme ni media palabra de alabanza. Aunque reconozco que me extrañó un tanto, me tragué mi chasco, le hice un gesto con la cabeza como que nos largásemos de allí y agarramos la puerta de nuevo.

Tras deambular por el centro sin tener ni medio claro qué nos apetecía cenar, terminamos entrando en un cocedero de mariscos. Dicen que estos tienen cierto poder afrodisíaco.

No lo dudo, pero por la parte que me tocaba no lo necesitaba porque para mí no había excitante tan potente como tenerle cerca. El siguiente detalle que me escamó vino cuando, al salir del restaurante, se nos acercó una gitanilla con un bebé en brazos vendiendo rosas y le tendió una.

—Toma, guapo. Regálale una rosa a esta muñeca que tienes por novia.

—No, gracias.

—¿¿¿Cómo que no???

—No es mi novia—le contestó seriamente.

—Aaaayyyy, mal rayo te parta, payo. Y así como vas, no lo será nunca, moreno. ¡Cógela de una vez, hombre!

Ante su insistencia, Hugo accedió. La “gracia” es que rehusó la rosa roja que la gitanilla le estaba ofreciendo y le extrajo del ramo otra más lustrosa, pero de color rosa. Le dio tres euros por ella.

—Toma—me dijo a continuación, cuando la gitanilla se alejó —Qué pesada la tía.

—Gracias. —le contesté sin añadir más ni más.

Apenas volvimos a cruzar palabra en el trayecto que nos separaba del pub en que aterrizamos luego. Fue en aquel local de copas, bien montado, pero con poco ambiente, donde sucedió algo completamente inesperado para mí y que no tengo muy claro si lo favorecí yo misma, aturdida de alguna manera por el alcohol o simplemente atraída por el imán de sus labios.

Comoquiera que fuese, en un momento dado me cogió por la cintura y de repente me vi saboreando un beso suyo con una entrega a la que no me tenía acostumbrada y que, eso sí, para que no me malacostumbrase, cortó de golpe.

—Ya vas en coche, Marita...

—Sí, ¿verdad?

Ya decía yo...Y el corte que me llevé para mí se quedó, pero me hice la longui como que no me había afectado. En el fondo, tampoco es que me importara tanto, sabiendo que en breve volvería a tenerle entre las sábanas, sin reloj que nos interrumpiese hasta la hora de volver a nuestras respectivas casas.

La noche prometía y todas mis expectativas sexuales se cumplieron. En cuanto a él, cumplió su “amenaza” de esposarme a los barrotes del cabecero para tomar las riendas, teniéndome a su merced.

Me penetró por todos los rincones posibles, pellizcó mis pezones, los mordió, tiró de mi melena, azotó mis nalgas... Se sirvió a su capricho dentro unos límites acordados de antemano, claro está.

Asimismo, sucumbió a todos y cada uno de los míos, como cuando se me antojó meterme en la piel de una prostituta de lujo a su entera disposición o que mi atractivo ginecólogo me sometiera a una exploración profunda con la mano bien lubricada...

Mi imaginación se desataba hasta límites insospechados junto a Hugo, y es que todo juego con

aquel hombre me hacía enloquecer. Prueba de ello es que amanecí con un moratón en la parte interna del brazo que yo solita me causé mordiéndomelo cuando mi garganta, por los gritos de placer extremo, empezó a resentirse.

La misma fe de que nublaba mi cordura dan esos cortos vídeos que mi amante grabó con su móvil en pleno furor de la batalla sobre el ring que representase aquel lecho...

Capítulo 8



Aún dormía. Y yo, que a las nueve de la mañana ya llevaba cerca de una hora contemplándole en silencio y deseando que regresara al mundo de los vivos, pensé que era la ocasión perfecta para liquidar otro tema pendiente entre ambos.

Así pues, no se me ocurrió mejor manera de ayudarle a despertar plácidamente que destaparle y hundir mi cabeza entre sus muslos para saborear larga y concienzudamente ese miembro que enseguida agradeció mi saludo con su rigidez. Lo curioso era que no parecía dispuesto a ceder tan rápido a mi empeño de vaciarlo en mi boca.

En vista de su resistencia, y conociendo ya por experiencia propia lo estimulante que resulta en esos casos que te priven del sentido visual, aunque apenas se colaba la luz del sol por las rendijas de las persianas cerradas hasta abajo, cambié mi estrategia.

Me cercioré de sumergirle en la oscuridad más absoluta atando un pañuelo negro alrededor de sus ojos, confiando en el poder de mi trasero sobre el mismo miembro que parecía haber amanecido con ganas de retarme. Ni por esas conseguí tampoco el resultado que con la lengua no obtuve.

—¿No te cansas? —me preguntó, cuando a él le pareció.

—Yo no—Mentí—. ¿Y tú?

—Anda, vamos a ducharnos y a desayunar...

Se levantó y se metió directamente en la ducha. El hecho en sí no tendría nada de extraordinario si no fuese porque cerró la puerta para hacerlo, echando incluso el pestillo. ¿Qué pasa? ¿Que ya no podíamos ni ducharnos juntos? ¿Acaso fuera de la cama teníamos que actuar como dos desconocidos?

Fuese como fuese, mi cabeza no estaba para pensar mucho a esas horas, conque me callé la boca y esperé mi turno para asearme y arreglarme. En cambio, ya no puse tanto esmero en ello.

Me maquillé ligeramente, me vestí con ropa más informal y me puse unas manoleínas en los pies con las que lo único que conseguí fue ir a su lado de bastón.

La molesta sensación que empezaba a invadirme no la alivió esa indumentaria infinitamente más cómoda que la de la noche anterior. Con todo el día ante nosotros y poco por hacer después de desayunar unos suculentos churros con chocolate, fuimos dando un paseo por el pueblo y el silencio se fue interponiendo entre nosotros.

—Hugo, ¿te pasa algo conmigo?

—¿A mí? ¿Por qué?

—No sé, te noto tenso...

—No me pasa nada, Mara.

Sí que le pasaba, aunque se negase a contarme el motivo. Y por supuesto que estaba tenso. Tanto como su brazo, reacio a flexionarse para entrelazarse con el mío cuando traté de agarrarlo en la caminata de regreso a aquella vivienda que tal vez nos devolviese la intimidad que, fuera de ella, se fue diluyendo por minutos. Nada, imposible también allí dentro.

—¿Con tus niñas entonces ya bien?

—Sí.

—Vaya tela con la Mariluz de las narices. Mira que obligarte a presentarte en su casa con la policía para poder recoger a tus niñas... Ya le vale.

—Pues ya ves. Pero no quiero hablar de eso.

Ni de eso ni de nada, porque a partir de ahí ya cerró el pico y en lo sucesivo apenas lo abrió más que para darle tragos a su jarra de cerveza, y es que, cuando ya no quedaban ni rescoldos de la charla de puro compromiso, nos sumimos cada uno en nuestros propios pensamientos.

No supe descifrar los suyos. Los míos navegaban entre la preocupación por la desidia que presidía el ambiente y el desconsuelo, presintiendo una con impotencia que el tiempo restante se consumiría igualmente sin pena ni gloria y sin haberse materializado ese otro montón de “guarreridas” (como diría el Chiquito) que teníamos planeadas.

Pese a la tirantez reinante entre los tabiques de aquella coqueta casita de madera, no me dejé arrastrar por ella, ni por el cansancio ni por el escozor interno que amenazaba con aguarne la siguiente función, porque frente a la oportunidad de volver a sentirle dentro de mí, todos esos inconvenientes me parecían males menores.

Le provoqué como yo sola sabía hacerlo y en menos que canta un gallo ya estábamos dándonos caña de nuevo sobre el sofá. Al terminar, me excusé con que necesitaba tomar un poco de aire fresco y le dejé allí sentado en la misma postura, viendo un campeonato de tenis en la tele.

En realidad, lo que necesitaba era quitarme de en medio para llamar a Alfredo, puesto que no había sabido nada de él desde que nos habíamos despedido el día anterior por la mañana y eso sí que me tenía mosca.

A decir verdad, le llamé un poco asustada al caer en la cuenta de que él tampoco había tenido ninguna noticia mía desde entonces. Peor fue que no me cogiera la llamada a esas horas en que se suponía que debía estar ya en casa más que de sobra. Lejos de tranquilizarme, su frialdad y dureza al responderme un par de minutos después por WhatsApp me inquietó ya del todo.

—Me pillaste friendo unos huevos. ¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? ¿Estás bien, Alfredo?

—Yo perfectamente. ¿Y tú?

—También.

—Ya imagino. Dicen que las malas noticias vuelan y a mis oídos no ha llegado ninguna, así que... pues eso.

—Perdóname. Tienes razón. Lo que pasa es que...

—Yo te voy a decir a ti lo que pasa, Mara. Lo que pasa es que de un tiempo a esta parte estás rarísima.

—¿Yo? ¡Vaya por Dios! —Traté de defenderme lanzando el ataque. Mal hecho por mi parte, con todo lo que tenía que callar.

—Sí, tú. Y te digo más, Mara, si tienes algo que contarme, a tiempo estás, pero a mí no me andes mareando la perdiz.

—Bueno, mira, mañana hablamos, que tengo que hacerle el café a esta mujer.

—Claro que sí, ahora el café de la merienda de esa señora. Y anoche sería la sopita de fideos y a mediodía el bacalao a la vizcaína. Y a mí que me folle un pez, ¿verdad?

—No estás siendo justo conmigo, Alfredo—Encima, me las di de víctima.

—Claro, ahora el malo de la película voy a ser yo. Pero sí, mañana hablamos, será mejor. Ahora, vete a atender como es debido “a esa mujer”.

Me lo escribió así, con comillas y todo, con lo cual empecé a temblar. ¿En qué había fallado mi plan para que se hubiese dado cuenta de que le estaba mintiendo? ¿Qué cabo suelto me había dejado por ahí?

Traté de tranquilizarme diciéndome a mí misma que quizás lo suyo era solo una sospecha y que había tirado la caña sin más por si acaso me pescaba en un renuncio.

En cualquier caso, tenía menos de veinticuatro horas para pensar y debía ponerme en todos los supuestos e inventar otros tantos argumentos con que defender mi “inocencia”.

Pero lo cierto es que aquella conversación fue para mí la gota que colmó el vaso. Entre la actitud de mi amante, que seguía a su bola, tirado en plancha en el sofá y con el mando de la tele en la mano, y el mosqueo del otro, se me cortó el cuerpo.

Para postre, Hugo empezó a bostezar y me dijo que me sentase y no hiciera ruido, que él se iba a echar una siestecita en la cama. Por un instante, creí que me estaba vacilando, pero pronto descubrí que no era así, aunque mejor hubiera sido que se hubiera callado la boca y hubiese tirado para la habitación sin más.

—Je, je. Y lo mismo hasta cojo la maleta cuando me levante y tiro para Barcelona.

—¿Qué dices? —Ya es que exploté, por no darme un cabezazo contra las paredes.

—Lo que oyes. ¿No me crees capaz o qué?

—Visto lo visto, ya me creo cualquier cosa —le contesté con resignación.

No sé si me soltó aquella barrabasada solo para pincharme y ver mi reacción o si verdaderamente hubiese sido capaz de semejante cosa, pero por suerte nada de aquello ocurrió. No obstante, la situación entre nosotros no mejoró nada prácticamente cuando se levantó.

Mientras, yo me había quedado dándole al coco y hecha un mojón, pensando en qué pasaría si de verdad se levantaba con aquella puñetera idea de bomberos y cogía la puerta. Desde luego, bien mirado, aquella historia empezaba a no compensarme, pero yo seguí ahí erre que erre.

De peor gusto fue su otra “broma” al día siguiente durante el desayuno, justo antes de marcharnos de El Escorial y en medio de una situación, de por sí, bastante violenta ya para los dos.

—Ahora, en cuanto te deje en casa, te voy a bloquear otra vez.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Es más. Mira.

Ni corto ni perezoso, abrió el WhatsApp y bloqueó a mi menda lerenda delante de sus propios ojos.

—Qué bonito, ¿no? ¿Y eso por qué? ¿Puedo saber al menos qué te he hecho? —Estaba ya negra, pero traté de disimularlo sin perder la compostura y mandarlo a la mierda, que era lo que se merecía.

—¡Qué boba eres! Anda ya, ¿no ves que estoy de cachondeo? —Tecleó nuevamente el móvil y me desbloqueó sobre la marcha.

Si esa “bromita” me sentó todavía peor que la de la tarde anterior, fue porque hizo tal pantomima sin tomar en consideración la susceptibilidad justificada de quien ya bebiera tan amargo trago un mes antes sin entender el porqué. Sinceramente, fue el colofón de una sarta de sinsabores.

Lo digo con todas las letras, ya que el camino de vuelta a Torrejón tampoco tuvo nada, ni una palabra, ni una mirada, ni un sencillito gesto de complicidad que aliviase mi alma hecha ya añicos.

Diré más aún: el manto de oscuridad con que nos fue cubriendo gradualmente la inesperada niebla en la carretera se me figuró un mal presagio.

Desde el punto y hora en que me bajé del coche, comencé a hacer un balance mental de lo que habían sido esos dos días completos con Hugo y al final me arrojó el mismo resultado agrídulce que persistió en mi paladar hasta mucho tiempo después de su partida.

Me veía una y mil veces sentada de nuevo sobre sus rodillas, inclinándome sobre sus labios para darle un beso que puntualmente se me apeteció y dándome de bruces contra una inexpresiva estatua de piedra, incapaz de articular ni un solo músculo de su rostro para corresponderme.

Recordaba la frialdad con la que se echó a dormir las dos noches dándome la espalda y sin la cortesía de un simple “hasta mañana”. O la inclemencia con que su rígido brazo rechazó el mío al pasear.

Sumaba que no me venía a la memoria un solo halago hacia mi persona, ni fuera ni dentro de la cama siquiera. Todo ello por no volver a relatar lo de sus pesadas “bromas”.

Estaba de los nervios, por lo que no me lo pensé mucho y me encajé en casa de mi buen amigo Aurelio, a sabiendas de que le encontraría allí como siempre. Se lo conté todo de cabo a rabo.

—A ver, Marita. Lo que mal empieza, mal acaba, y esto, acuérdate de lo que te digo, te va a estallar entre las manos como no pongas de una santa vez pie en pared.

—Lo sé, Aurelio, pero ¿cómo te lo explico?

—No, si a mí no me tienes nada más que explicar, mujer. Es a tu novio a quien le vas a tener que dar ahora las explicaciones.

—Estoy un poco asustada, te digo la verdad.

—Asustada, no. Si quieres vivir tu vida, hazlo, pero sé más legal y déjale a él también hacer la suya.

—Sabes que ahora mismo no podría permitirme...

—Exacto. Ya sé que con lo que ganas no vas a ninguna parte, pero ponte en marcha de una vez. Búscate otro trabajo para complementar el que tienes, hija. Cualquier cosa menos estar así.

Tenía razón y no me estaba diciendo nada nuevo que no le hubiese oído ya con anterioridad. Al margen de mi historia con el catalán, lo mío con Alfredo estaba ya condenado al fracaso.

Nos habíamos empeñado en darnos oportunidades en los últimos tiempos y nada funcionaba. Aun así, debía ganar tiempo para buscarme la vida y poner fin a nuestra relación. Otro error garrafal por mi parte, lo reconozco.

“YA HE LLEGADO”. El escueto mensaje en la sobremesa con el que saldaba mi petición de que me avisara de su llegada a Barcelona me terminó de rematar. Le respondí que me alegraba y ahí terminó el asunto.

Pero lo malo no era eso, sino que, por muy jodida que estuviese, tenía que aguantar el tipo, y es que me quedaba por lidiar ese otro toro que no tardaría mucho en aparecer por la puerta...

Capítulo 9



Cuando Alfredo llegó, yo ya me había duchado, había recogido la cocina, que estaba hecha una pocilga, y guardado toda mi ropa en los cajones y armarios. Entró con cara de pocos amigos y yo tuve que hacer un esfuerzo por sonreírle.

—¿Qué tal, cariño? —le pregunté, acercándome a darle un beso.

—Bueno, ahí andamos. ¿Y a ti cómo te ha ido la experiencia cuidando mayores? —Parecía ya un poco más suave.

—Ufff, un poco aburrida, no te puedo decir otra cosa.

Y tanto que no. No podía decirle con quien había estado realmente ni dónde. No podía decirle que me escocían hasta las pestañas. No podía decirle que tenía una amargura por dentro impresionante por aquel fin de fiesta en El Escorial. No podía decirle que lo nuestro, por más que tratara de dilatarlo, no tenía solución...

Y tampoco pude decirle que no cuando me buscó en la cama esa misma noche. Por fortuna, no se percató del moratón de mi brazo, más que por fortuna porque acostumbrábamos a hacerlo a oscuras, teniendo por toda iluminación la pálida luz de la luna que entraba por la ventana.

Al día siguiente agarré el móvil y, aprovechando que estaba en línea, le escribí a Hugo, dispuesta a resolver todas mis dudas.

—Buenos días, Hugo. Estoy muy sorprendida por lo que ha pasado. Tu actitud, tu frialdad, tu silencio... ¿dónde está ese otro hombre que conocí?, ¿dónde ha quedado ese tipo que se considera tan transparente? No sé lo que te pasa, pero estoy segura de que te guardas algo que no me quieres contar. Por favor, dímelo y ya está. Prefiero la verdad, por muy dolorosa que me resulte.

—Hola, Mara. Sí, ya sé que no te mereces nada de esto.

—¿Entonces?

—Vale, lo siento.

—¿Que sientes el qué, maldita sea mi estampa? ¿Me lo vas a contar de una puñetera vez o vas a seguir igual?

—Cálmate, Mara.

—¿Que me calme? ¿Tú te estás oyendo?

—Escúchame, lo que pasa es que... bueno, tú sabes de qué va mi vida.

—Perfectamente. ¿Y?

—Pues que ando con la soga al cuello, ya ves que no puedo permitirme ni vivir solo. Y Mariluz anda rondándome últimamente y yo...

—¿Y tú qué?

—Pues eso, que me estoy planteando volver con ella. Mis hijas también están llevando mal nuestra separación, así que creo que lo mejor será que no volvamos a vernos.

Si me pinchan en esos momentos, no me sacan ni gota de sangre, lo juro. Pero dejé de lado mi

asombro y volqué toda mi furia en él.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Eres un desgraciado! ¡¡¡Vete a la mierda, so asqueroso!!!

Esa fue nuestra última conversación de la temporada. En los días posteriores me convertí en un autómata al que no había quien le mirara el hocico porque, más que hablar, mordía con mis palabras.

Con el único que me comportaba medianamente como una persona era con Alfredo, más por disimular mi tristeza que por otra cosa. Pensar que no volvería a ver a Hugo se me hacía muy cuesta arriba y aquello también me estaba afectando en el trabajo.

Unas cuantas copas le rompí por entonces a Josué e incluso me costó una buena quemadura en la mano con la cafetera por no estar en lo que debía. Rosana disfrutaba como una perra cada vez que tenía el más mínimo percance en el bar.

De hecho, me consta que todo se lo contaba al jefe a mis espaldas porque me lo chivateaba Mariló, la otra camarera, quien tampoco la podía ni ver. Una noche, al cerrar, Josué me acompañó hasta mi casa y me interrogó por el camino.

—Mara, no soy nadie para preguntarte por tus cosas personales, pero a ti te pasa algo, ¿verdad?

—Josué, te reconozco que he estado estos días atrás algo nerviosa porque mi relación con mi novio no marcha como debiera y, en fin... Pero te prometo que no vas a volver a tener ninguna queja de mí.

—Entiéndeme, Mara. No soy nadie para meterme en tu vida personal, pero si te soy sincero, me estás preocupando. Mírate la mano. Esa quemadura... podrías tirarle también sin querer el café por encima a un cliente y yo...

No digo que el hombre no me apreciara, pero era evidente que miraba sobre todo por su negocio. Me prometí a mí misma también que, pasase lo que pasase, mi comportamiento sería ejemplar en

adelante.

En las dos semanas siguientes todo marchó sobre ruedas en ese aspecto y en mi casa las cosas siguieron como de costumbre, o sea, ni sal ni agua ni pescado, como se suele decir.

Todo correcto hasta aquella mañana de domingo en que, cuando entré a trabajar, Josué me recibió con cara de juez y me hizo pasar a la cocina para hablar conmigo.

—Mara, faltan ochenta y cinco euros de la caja. ¿Me lo puedes explicar?

—¡Josué! ¡Yo no hice la caja anoche!

—¿Y entonces?

—La cerró Rosana. Pregúntale a ella.

—Es que ya la he llamado y me ha dicho que te encargaste tú.

—¡Eso es mentira! ¡Pregúntale a Mariló si no me crees!

Según se lo dije, me di cuenta de que estaba perdida, y es que aquella otra chica se había marchado una hora antes de cerrar por un tema familiar, con el consentimiento del jefe. Por injusto que parezca, aquello me costó el puesto de trabajo, algo previsible en vista de los ojos con que Josué miraba a la cerda de Rosana.

Al verme aparecer por casa a esas horas y llorando a lágrimas vivas, Alfredo, que estaba preparando un pollo para meterlo al horno, se extrañó. Se enjuagó las manos y me dio un abrazo cuando le puse al corriente así por encima de lo sucedido.

—No te preocupes, cariño. Piensa que tampoco era un trabajo en condiciones. Ya te saldrá otra cosa.

—Es que estoy harta, ¿lo entiendes? Cuando mejor me estaba portando—protesté sin dejar de llorar—me vienen con esas. Te juro que cuando la coja por la calle le voy a dar guantazos hasta en el carné de identidad. ¡Qué tía más perra, dios mío!

—Relájate, ¿vale? Saca la botella de Rioja y vamos a tomarnos unas copichuelas mientras se asa el pollo. Ya verás que todo tiene un lado positivo.

¿Un lado positivo? Me acababa de quedar sin trabajo, o lo que es lo mismo, sin un duro, me veía envuelta en una relación que no iba ya a ninguna parte y había desaparecido de mi horizonte aquel otro hombre que no conseguía sacar de mi cabeza ni bien ni mal por más que me lo propusiese.

Tres días más tarde me llevé la gratisima sorpresa con sus “Buenos días”. Así de corto y simple era su mensaje, aunque entendí que después de las últimas palabras que le dediqué no se atreviese a más. E hizo bien el hombre, porque aparente soy yo también cuando me tocan las narices y él me las había tocado y de qué forma...

Pero se dio la casualidad de que esa mañana me había levantado la mar de tranquila y pensando en él precisamente. Por sí mismo, eso no tenía nada de particular, ya que se había convertido en el eje de mis pensamientos, pero justo esa noche había soñado con él y había amanecido babeando, por decirlo de un modo menos grosero. Por tanto, le contesté de inmediato.

—Hugo, ¿qué tal estás? —Le añadí un emoticono de esos enseñando los dientes, cual Julián Muñoz presionado por la Pantoja.

—Bien, gracias. Me estaba acordando de ti. ¿Y a ti cómo te va?

—Bueno, regular. Me despidieron del trabajo y no tengo ganas de nada.

—Vaya, lo siento mucho.

—Tengo que ponerme a buscar otra cosa, pero ya te digo que estoy en un plan pachorra que para

qué contarte.

—Mujer, todo tiene solución en la vida y todo pasa por algo. Lo mismo es hora de que tomes un respiro para desconectar y le hagas una visita a tu tío, por ejemplo.

Esas palabras me sonaron a música celestial, pero no quise ni creérmelo. ¿Me estaba diciendo lo que yo había querido entender o me estaba ya volviendo loca por completo?

—¿Quieres decir que te gustaría que fuese a Barcelona para vernos?

—Totalmente. Si a ti también te apetece, claro.

¡Bingo! Y no solo me apetecía, sino que fue terminar de hablar con él y empezar a pensar qué podría vender para sacarme un dinerillo, pues con la liquidación que me habían dado en el bar no iba a llegar ni a la vuelta de la esquina.

Aunque me esté mal decirlo, no me dio ningún cargo de conciencia agarrar la bolsita de terciopelo con la esclava y los pendientes labrados que había heredado de mi abuela y salir embalada para uno de esos comercios donde compran oro al peso.

Tampoco es que me diesen una fortuna por aquellas joyas, pero puse también en venta en la página Milanuncios un órgano eléctrico Yamaha que guardaba como un tesoro pese a no usarlo jamás y enseguida me lo quitaron de las manos.

Total, que entre unas cosas y otras me hice rápidamente con el suficiente dinero como para pagarme un vuelo a mi tierra de ida y vuelta y pasarme por aquellos lares una semana sin estreheces.

¡Así, como el que lava y no enjuaga! No un billete de bus como un ciudadanito de a pie cualquiera, no. Servidora estaba dispuesta a plantarse en Barcelona en avión como una marquesa. Ya solo me quedaba exponerle la cuestión a Alfredo, que eso era harina de otro costal...

Capítulo 10



Acomodada ya en mi butaca y contemplando las nubes desde lo alto, recordé la ilusión que le había hecho a mi tío Adriá saber que le visitaría de nuevo en breve.

Pero eso no era nada, comparado con la que a mí me corría por las venas de pensar que volvería a caer otra vez en los brazos y lo que no eran los brazos de Hugo; de ese hombre a quien, peligrosamente, ya estaba endiosando.

Mi amante “bandido” había hecho ahí en medio un conato de reconciliación con la harpía de su ex, pero pronto se dio cuenta de su error y reculó. Según me contó, salieron una noche a cenar y tuvieron tal trifulca en la terraza del restaurante que vio incluso como un descarado les grababa con el móvil los gritos (más que nada, de ella).

Lógicamente, eso derivó en otro enfrentamiento con el fulano en cuestión. Ya lo dice mi madre, que a perro flaco todo se le vuelven pulgas. Que me lo digan a mí, que parecía también que me había mirado un tuerto porque últimamente no me salía ni una a derechas.

Desde que habíamos retomado el contacto, Hugo estaba un pelín más cariñoso conmigo, quiero decir que se mostraba más cercano, puesto que tampoco podría definirse como un osito amoroso, precisamente.

Con eso me bastaba, ya que las cosas no suelen ser como empiezan sino como terminan y yo tenía la esperanza de que con el tiempo nuestra historia fuera cambiando y lo que en principio era solamente sexo puro y duro fuese dando paso a algo más. ¿Por qué no?

Por lo que respecta a Alfredo, seguíamos en la misma línea; manteníamos una relación cordial, pero yo ya no veía con fuerzas para seguir tirando del carro en el intento de que volviéramos a ser lo que en su día fuimos.

Y me daba la sensación de que él tampoco estaba ya por labor de nada. Prueba de ello es que ni siquiera puso inconveniente alguno cuando le conté mi intención de hacer otro viaje a Barcelona a solas.

—¿Anda otra vez pachucho tu tío o qué?

—No, no es eso. Pero necesito desconectar, Alfredo, irme unos días de aquí.

—Ya.

—Solo será una semana. Y en cuanto regrese me pondré bien las pilas y encontraré un buen trabajo, estoy segura.

—Por mí no te preocupes. Como si quieres quedarte por allí más tiempo. Yo estaré bien—
concluyó.

Visto desde fuera, puede parecer que soy muy mal hablada, que el hombre en realidad solo quería mi bienestar, pero yo le conozco mejor que nadie y sé perfectamente de lo que hablo. Su reacción obedecía a que ya también a él todo empezaba a darle igual.

Aparté aquel pensamiento de mi mente para que nada enturbiase mi enorme alegría interior, mi regocijo por lo poco que faltaba para reencontrarme con el otro. Era jueves por la mañana y aterrizábamos en El Prat a las doce en punto, de modo que no le vería hasta la tarde porque estaba currando.

Lo bueno es que luego libraba los siguientes tres días, con lo cual tendría bastante tiempo como para alternar las sesiones con él con mis buenos ratos haciéndole compañía a mi tío para que no protestase.

Cuando se anunció por megafonía que íbamos a comenzar las maniobras de aterrizaje y nos pidieron que nos abrochásemos los cinturones, pensé que el mío no me alcanzaría, a cuenta de mi corazón henchido. Tal era mi emoción.

Y al igual que la vez anterior, tomé un taxi para que me llevase hasta la casa de mi tío. Ciertamente hubiera podido esperar al autobús y me habría ahorrado un buen pico, pero mis nervios no me daban ni para eso.

—Marita, cariño mío, ¡ya estás aquí! ¡Qué alegría! —exclamó cuando me abrió la puerta.

—¡Ay, tito, lo mismo te digo! ¿Cómo estás?

—Bueno, regular. Pero pasa, hija. Deja ese maletón en tu habitación y vente para la cocina, que vamos a tomarnos un vermucito, ¿quieres?

—¡Hecho! —le respondí, a la par que le guiñaba un ojo.

Tiré para mi cuarto, ese mismo donde había escondido tiempo atrás mis juguetes, solté la maleta, me puse unas zapatillas y volví a la cocina.

—A ver, pitufo gruñón—se lo decía en plan cariñoso—. ¿Se puede saber qué te pasa ahora? ¿Qué es eso de que andas regular?

—Pues verás, Marita. Llevo ya tiempo que no me encuentro muy bien que digamos.

—Ya, tú y tus dichosas bronquitis, ¿no?

—Aparte de eso. Me noto más fatigado que de costumbre, con mareos, no sé, y como si me faltase el aire.

—¿Y eso?

—Eso quisiera saber yo. El caso es que ayer tarde me dio un dolor muy fuerte en el pecho y mi vecino Carles me acercó a urgencias.

—¿Y qué pasó? ¿Qué te dijeron? No me habías dicho nada, tito.

—No quise alarmarte, pero sí que se lo conté anoche a tu madre por teléfono. Ella está al corriente.

—Tito, me estás preocupando. ¿Me vas a decir ya qué te ocurre?

—Aún no está del todo claro, hija. Me tienen que hacer unas pruebas, pero todo apunta a una angina de pecho.

—¡Ah, bueno! Eso es porque tienes un corazón tan grande que no te cabe en él—Ignorante de mí, sonreí, pero a mi tío se le ensombreció el rostro escuchándome.

—Bueno, hija, ese es exactamente el problema. Que no es una asfixia cualquiera como con las bronquitis. Es el corazón el que puede estar dañado y, dependiendo de cuanto, lo mismo hasta me tienen que operar...

—Que, no, hombre. Ya verás como no sale nada de eso en las pruebas.

Como es lógico, se lo dije para tranquilizarle, pero enseguida entendí que el asunto podía ser mucho más grave, recordando el viacrucis que llevaba a cuestras una tía de mi padre a causa de lo mismo.

Pero mi tío tenía sesenta y cinco años, era un hombre fuerte y podría con todo, pensé. La pena es que estaba muy solo por aquello de que no tenía hijos. En fin, el tiempo diría.

Almorzamos juntos y después nos sentamos en el sofá para ver una de esas películas de los

tiempos de Maricastaña, de Paco Martínez Soria, aunque yo terminé quedándome dormida, con la cabeza recostada sobre su hombro. Fue el pitido del WhatsApp de Hugo lo que me despertó.

“MMMMM... qué poco falta para vernos, lobita mía—Ya estaba “provocándome”, pero esa forma de dirigirse a mí través de la pantalla del móvil me arrancó una pícara sonrisa”.

“¡¡¡¡Sí!!!! A las nueve en punto estaré allí”.

A él le había dicho que antes me tomaría una caña con Clarita y que, por lo tanto, desde dónde estuviésemos, me cogería un taxi hasta los apartahoteles en que habíamos quedado y que ya conocíamos.

Todo con tal de que no se diera cuenta de mis pretensiones de que no se dejase ver por la calle de mi tío ni de coña. Quizás esa noche le contara la verdad sobre mi vida con Alfredo, me dije.

Por otro lado, no había querido que me recogiera abajo en el portal por si a mi tío le daba por espíarme asomándose a la ventana y me veía montarme en su coche, y es que a ese pobre le había metido la trola de que cenaría en casa de Clara con Masé y otro par de amigas de la infancia. Y luego, por supuesto, me quedaría allí a dormir.

—Fiesta de pijama, como decimos ahora, tito —le aclaré poco antes de coger la puerta.

—Madre mía. Tú y tus fiestecitas. Anda, pásatelo bien, malandrina, pero no me hagas ninguna de las tuyas, ¿eh?

—Tranquilo, tito. Te prometo que no volveré muy tarde por la mañana—Le di un beso de despedida.

—Venga, zalamera. Hasta mañana.

Por no dar mucho el cante, salí de su casa bien maquillada y peinada, pero con una mochila con “el pijama”, un vestido de lana largo hasta los pies y unos botines planos.

El tiempo de llegar el ascensor desde la décima planta hasta el bajo le alcanzó a esta embustera para cambiarse aquellas botitas de duendecillo por unos lujosos taconazos y desprenderse del horrible vestido, dejando al descubierto lo que llevaba debajo; la minifalda de cuero y el sexy body negro de encaje.

Doblé la esquina y unos cuantos metros más allá pillé al vuelo al taxista que me condujo hasta el edificio. Hugo ya estaba esperándome en la acera, dando vueltas de un lado a otro y echando vistazos a su reloj. Me resulta muy difícil describir lo que sentí al verle.

—¡Eh, tío bueno! ¿Esperas a alguien? —La cara se le iluminó al girarse y verme pegar el portazo al taxi.

—¡Mara!

—¡Presente! —grité emocionada y levantando el dedo simultáneamente, como un colegial cuando su profe pasa lista.

Me arrojé en sus brazos y Hugo me levantó por los aires, dando vueltas como una peonza. Al dejarme en el suelo, me miró de arriba abajo y se mordisqueó la comisura del labio.

—Ummm... ¡qué bueno que estés aquí, niña!

—Y qué bien que nos lo vamos a pasar, ¿no, niño? —añadí con retintín y mostrándole acto seguido la dentadura completa con gesto malicioso.

—¿Lo dudas?

—Para nada—le contesté—. ¿Qué te parece si picamos algo antes de subir? Tengo gusilla.

—Buena idea.

—Además, me gustaría contarte algo.

—No se hable más. Vamos ahí enfrente mismamente.

Palabrita que estaba decidida a contarle la verdad de una vez por todas, pero al final me faltó el valor, temiéndome que mi confesión pudiera cabrearle y que terminásemos en el bar como el rosario de la aurora.

No, pensándolo bien, no era el momento más oportuno, tiempo habría de hablarlo tranquilamente en los días posteriores. De manera que, cuando me preguntó por eso de lo que le quería hablar, tiré del problema de salud de mi pobre tío.

—Vaya, lo siento. Pero no te anticipes, a ver qué dicen las pruebas.

—Sí, a ver.

—Trata de ver el lado bueno de las cosas, Mara.

—¿Y cuál es en este caso?

—Dices que tu tío no tiene hijos, ¿no? Pues justo sería entonces que su sobrina viniese a visitarle con más frecuencia si el hombre se pone malo y necesita cuidados...

Para ser sincera, ni había caído en ello hasta entonces, pero tenía toda la razón en lo que me estaba diciendo. Como es natural, yo no le deseaba ningún sufrimiento a mi tío, pero a unas malas, a mí sus problemas de salud me darían luz verde para viajar sin necesidad de más excusa.

¡Cuánta locura mental por aquellos días, santo cielo! Aunque para locura total ya, la que se desató entre las sábanas de ese mismo apartahotel de la otra vez, al que fuimos a parar esa noche de jueves; la primera de aquel viaje que pintaba tan bien.

Menos mal que llevaba un señor abrigo y, de repuesto, el feo vestido largo, porque si tengo que

salir de allí por la mañana con el body todo roto y las medias destrozadas por los mordiscos que me dio Hugo hasta arrancármelas, me da un síncope.

Lo que sí que me dio fue mucho corte ponerme el vestido delante de él, entre otras cosas, porque no tenía mucho sentido la existencia de esa prenda escondida hasta entonces en mi mochila, de manera que me abroché el abrigo de arriba abajo y me monté en el taxi que me llevaría de vuelta a casa.

Aprovechando el trayecto, lo saqué de su escondite para ponérmelo por encima de la otra ropa, ante la mirada estupefacta del taxista por el espejo retrovisor. A mí, plín, me dije...

Capítulo 11



Hasta un pelín de antiojeras me puse en la cara antes de subir a casa de mi tío...

Bueno estaba lo bueno y que yo me lo estuviera pasando de escándalo no implicaba que, a mi pobre tío, que encima estaba delicadito de salud, le tuviera que dar un chungo “*por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa*”, como diría mi difunta abuela Jacinta, una mujer beata donde las hubiera.

—Bon día, Marita, ya estás aquí, qué alegría me das hija...

—Bon día, tito, que tampoco es plan de estar en Barcelona y verte poco, que eso sería para matarme a escobazos, ¿no crees?

—Bueno mujer, yo entiendo que uno ya es un carcamal y que la juventud quiera pasárselo bomba, en esta casa hay demasiados recuerdos y yo tampoco es que sea la alegría de la huerta.

—Huy, huy, tito, para mí que tú estás de capa caída hoy y eso servidora no puede consentirlo.

—No, Marita, lo que pasa es que uno tampoco está como para agarrar las castañuelas con este trajín que se trae, ¿sabes? Seguro que no se te ha pasado por alto que yo odio todo lo que huelga a médico...

Se me ocurrió hacer la gracia de que menos mal que olía a médico y no a muerto, como en la

célebre película de Martes y trece, pero dejé la lengua metida en el cofrecito de mi boca cuando me percaté de que igual esa broma no tenía ni puñetera gracia para una persona que, a saber Dios los miedos que tendría por mor de su enfermedad.

—A Las Ramblas, nos vamos ahora mismo a Las Ramblas—le solté de sopetón mientras le daba un golpecito en la espalda y el pobre hombre, que se estaba tomando en ese momento su pastillita para la tensión de toda la vida, casi raja un azulejo del pastillazo que le arreó, al salir despedido de su boca.

—Pero hija, ¿qué te has tomado, una docena de Red Bulles de esos que tanto os gustan a los jóvenes y que os dan alas?

Nada podía argumentar sobre por qué parecía haber ingerido media docena de pastillas de esas de speed, por lo que estaba “espídica perdida” como diría mi amiga Masé, que era mucho de esa frase.

—No, tito, lo que pasa es que a mí Barcelona me revitaliza—argumenté.

Claro, claro, me revitalizaba y me daba un furor uterino que válgame Dios, esa era la bendita realidad.

—Miedo me das cuando te me subes tan arriba, que tú has cambiado mucho en los últimos tiempos, pero prefiero creerlo que averiguarlo, sobrina. ¿Estás segura de que vamos a ir hasta Las Ramblas ahora? ¿A santo de qué?

—Pues a santo de que hoy se me ha metido a mí en el moño invitarte a desayunar. Por cierto, estamos a tiro de piedra, como quien dice.

—Ea, ya está deseando hacer otra vez gasto la marquesa esta, ¿cuántas veces voy a decirte que se me atragantaría la comida si tú pusieras los jurdeles por delante, sobrina? —Toma el arte de mi tío, que había soltado ahí un término en caló con toda la gracia del mundo. No lo quería yo ni *ná*
...

—Tito, será por dinero—bromeé como si de verdad me sobrara.

—Ay, sobrina, que te conste que lo poco que yo tengo será algún día para tu hermano y para ti. Esa alegría sí me la llevaré a la tumba, que el día de mañana por lo menos os pueda servir para estar más desahogados a los dos, porque con la que está cayendo, bendito sea Dios...

No me gustaba que mi tío hablara en aquellos términos porque yo prefería un millón de veces que él me durara toda la vida que no coger un cochino dinero que significara que el bueno del señor Adriá se habría ido para el otro barrio, pero por desgracia eso no era algo que estuviera en mis manos ni mucho menos.

—¡Orden, orden! Mira, tito, no me vayas a dar la mañana, que en nuestra familia no se va a morir nadie, ¿sabes? Buenos somos, nosotros tenemos una especie de salvoconducto para durar más que un martillo metido en manteca, así que chitón.

Mi forma de hablar siempre le había hecho mucha gracia a mi tío, que decía al respecto que yo era más salada que un ripio, aunque a mí me hacía más chispa pensar en aquella otra versión de Clara de que nosotras éramos más saladas que la entepierna de la sirenita. Quien piense que los catalanes no tenemos gracia está muy pero que muy equivocado.

—Sí, sí, hija, no te digo yo que no, pero que, como todo hijo de vecino, yo algún día tendré que coger la “Autopista hacia el cielo” esa, la del Michael Landon, y me alegraré mucho de que os quedéis con la espalda más cubierta.

—Pero para eso faltan unos pocos de siglos tito, no se diga más. Y ahora, agarra el abrigo, que nos vamos. Y ponte camiseta interior, que hace un frío que pela.

Pensar en aquellas perricas de las que hablaba mi tío no me entusiasmaba en absoluto por más que yo fuera pobre como una rata. Llegado el momento, me pondría de acuerdo con mi hermano Andreu, que ese sí era de los que pensaba que “la pela es la pela”. Ya me lo imaginaba multiplicando su parte de la herencia de nuestro tío como los panes y los peces, y es que él en eso era todo un maestro.

Por mi parte, lo dicho; que tardara siglos en llegar y que mis ojos no lo vieran, que para mí, nada como la compañía de un hombre como mi tío, bueno por demás.

Mientras se vestía revisé mi móvil. Como era de esperar, ni rastro del fistro de pecador de Hugo. Y eso que ya podía yo dar gracias de que de últimas anduviera un tanto más cariñoso el jodido.

Desde luego que yo me había vuelto masoquista o algo parecido, porque era de todo menos normal que el santo se me hubiera ido al cielo de aquella manera con una persona de su catadura moral.

Aunque pensándolo bien, que tirara la primera piedra quien estuviera libre de culpa, ¿quién era yo para juzgar a nadie? Yo que se la estaba jugando a Alfredo una y otra vez sin pensar en las consecuencias.

En determinados momentos me veía a mí misma como una equilibrista, dando pasos hacia delante sin llegar a carburar realmente el peligro de la situación. Total, que lo mismo no era ni masoquista ni sado ni ninguna de esas variedades que parecían poner en órbita a mi Hugo, pero sí me había vuelto una suicidada sentimental de no te menees. Las vueltas que da la vida...

—¿Qué te parece? —me preguntó mi tío, sacándome de mis pensamientos, cuando volvió por la cocina perfectamente maqueado y con la guinda de aquel sombrero de fieltro en verde caqui que hizo mis delicias.

—¿Qué me va a parecer? Que eres un dandy, tito, y que toda mujer que se precie me va a envidiar esta mañana por llevarte del brazo por Barcelona.

—Hija, tú siempre has sido zalamera, pero ya esto ya es pasarte. Di mejor que no habrá hombre en toda la ciudad condal que no desee echarte un piropo al pasar, que no puedes ser más guapa ni más salerosa.

A mi tío le había costado ponerse las pilas para salir, pero en ese momento veía yo la alegría en su cara, ya que, para colmo, el día acompañaba al lucir un precioso sol que nos regalaba unos luminosos rayos, por mucho que el termómetro se hubiera empeñado en desplomar las

temperaturas.

De su brazo salí para la calle y, aunque era un rato para estar en familia y no echar cuenta al descastado de mi amante, me entristeció recordar su falta de humanidad aquel día, cuando no mostró ni la más mínima predisposición a darme su brazo. Cosas que pasan, que diría mi amigo Aurelio, ironizando sobre que me lo tenía más que merecido.

Dando un agradable paseíto en el que mi tío se deshizo en halagos hacia la ciudad por la que sentía verdadera pasión, me contó también lo mucho que echaba de menos pasear con mi tía Lola.

Lo que ese hombre podía echar de menos a su mujer no tenía nombre, hasta el punto de que en ningún momento se había planteado rehacer su vida después de que ella nos dejara.

—Tito, esa mujer que lleva la boina no para de mirarte, que lo sepas—le comenté mientras con los ojos le señalaba a una señora con aspecto parisino, cuyos ojos no paraban de buscarlo.

—No me seas loca, Marita, la mujer habrá perdido algo y lo estará buscando.

—Sí, tito, el sentido será lo que habrá perdido. Y por ti...

—Ay, Marita, hija, no me hagas reír. Pues anda que no está de buen ver la mujer, como para fijarse en un...

—¡Stop! Como vuelvas a decir que eres un carcamal, te quedas desayunando solo, hombre ya, que cualquiera que te escuche pensará que tú ya estabas por allí cuando construyeron el Arca de Noé.

—Marita, hija, qué cosas dices... Desde pequeña has tenido unas ocurrencias que para qué. Virgen santa, que de tiempo hacía que no me reía tanto.

Las carcajadas de mi tío resonaron en todas Las Ramblas y yo pensé que por fin había hecho algo que Dios me pudiera agradecer. Lo malo es que esas carcajadas terminaron en una tos que sonaba a “caña cascada”, como nos decía mi madre a Andreu y a mí de pequeños cuando se nos agarraba

bien el pecho en invierno.

—Tranquilo, tito, respira, que ahora nos vamos a tomar un desayuno que te va a quitar todos los males, ¿qué te juegas?

—Todos los males me los quitas tú, hija, cuánto me alegro de que hayas venido.

Mi tío nunca se había mostrado tan explícito y lo achaqué a que la mala noticia que le habían dado los médicos hacía que se encontrara más vulnerable. Por mi parte, prefería pensar que todo iba a ir bien y que a él no iba a necesitar operación alguna, pues buenos éramos los de nuestra casta...

El desayuno que nos metimos entre pecho y espalda fue realmente morrocotudo y las risas que lo acompañaron, de lo más entrañables.

Si algo saqué en claro de aquel rato es que yo no podía ser egoísta y darle a mi tío más que pensar sobre mis correrías nocturnas. No había ninguna necesidad, tendría que disimular a tope. El hombre no se lo merecía y no podría perdonármelo.

—¿Sabes lo que me apetece ahora? —le pregunté según nos levantamos.

Con la buena mañana que hacía, lo último que iba a permitir era que el hombre se quisiera meter en casa.

—Dime hija, que no tengo ni idea, por tu cabeza puede pasar cualquier cosa.

—Pues ir al mercado de la Boquería, que vamos a comprar un pescadito... te lo voy a guisar en amarillo como a ti te gusta.

—Marita, que me acabas de dar en el cantito del gusto. ¿Sabes? No me como uno así desde que tu difunta tía Lola, que en paz descansa, murió...

Capítulo 12



Aquello de que Hugo librara me traía en un sinvivir. No habíamos quedado a ninguna hora en concreto porque, mientras cocinaba, yo no paraba de mirar el móvil...

Habíamos quedado en que no podía “columpiarme” demasiado y que debía pasar la primera parte del día con mi tío, pero deseaba fervientemente tener noticias tuyas.

“No seas tan impaciente, anda, que ya te buscaré yo”, había sido su respuesta de aquella mañana antes de despedirnos en los apartahoteles. No podía evitarlo; a Hugo le encantaba tenerme en vilo y eso era algo que yo odiaba...de manera proporcional a cómo deseaba sentirlo en el interior de mis entrañas.

Por fin, rozando las dos y media, mientras yo terminaba de poner la mesa, me llegó su WhatsApp.

“MMMM...según avanzan las horas aumentan mis ganas de devorarte. ¿Será porque tengo hambre? Puede ser... Hambre y sed... de ti. Nos vemos a las cuatro”.

No tenía mucha gracia la cosa, la verdad. Y no me refiero a su forma de dirigirse a mí, que aquel “MMMM...” inicial sí que me llevaba a un universo paralelo en el que reinaba la lujuria, sino al hecho de que faltara solo una hora y media para esa cita.

Sobra decir que yo debí agarrar el teléfono y comentarle que necesitaba más margen, pero la realidad es que preferí decirme a mí misma que si me daba una carrerita llegaría a tiempo y que eso le otorgaría más morbo al asunto que afrontar la verdad... Porque la verdad era que me daba

miedo cambiar sus planes por si eso le enfadaba. Era sin enfadarle y ya Hugo me había hecho algunas memorables, como para contradecirle entonces.

¿Poca personalidad por mi parte? Pues no voy a decir que saliera a raudales por mis orejas en aquellos momentos de mi vida, pero era lo que había. Hugo, por alguna extraña razón, me había hipnotizado. Y aunque en la cama tuviéramos un ten con ten, en el que parecía que mandábamos uno y otro alternativamente, fuera de ella, él tenía cogida la sartén por el mango y no parecía dispuesto a soltarla.

—Tito, me está diciendo Clara que la acompañe esta tarde a ir de compras, que le apetece que pasemos una tarde de chicas, ¿a ti te importa?

Mentira tras mentira, qué culpable me sentía, pero en aquella vorágine en la que se había convertido mi vida no había más remedio que hacerlo...

—No, hija, claro que no. Yo lo único que no quiero es que cojas la puerta por la noche sin tener claro tu paradero ni que me apagues el móvil... Pero haciendo las cosas como Dios manda, me encanta que entres y salgas con tus amigas, que para eso te tocará luego arrimar el hombro en Madrid, no te preocupes.

—Ay, señor Adriá, es usted un cielo. —Me levanté y le solté un besazo en el moflete que él pareció querer retener, al llevarse la mano al mismo. Me pareció un gesto tan tierno que le di un puñado de ellos más.

—Hija mía, ¿a qué viene tanto beso? —me preguntaba él entre risas.

—A que vales un potosí, tito, a eso mismo—concluí.

—Muy peloterilla te veo yo, ¿tienes algo de parné para comprarte alguna cosita con tu amiga?

De nuevo uno de esos términos caló que tanto le gustaban, y es que mi tío era un amante confeso de la rumba catalana. Poco bien que me lo había pasado yo de pequeña con él bailando por Peret,

qué tiempos aquellos.

—No, tito, ando algo corta, no te voy a engañar (por una vez había dicho la verdad), pero no te preocupes, que quien quiere comprarse algo es Clara, yo trapitos tengo.

—Sí, tienes, tienes, pero seguro que alguno más te haría ilusión. No se diga más, como pago a este guiso que está para chuparse los dedos, te voy a dar cincuenta euritos para que te los gastes en lo que te dé la gana.

—¿Cincuenta euros por el guiso, tito? Ni que fuera yo la cocinera de La Zarzuela, vamos hombre, que no... No me parece justo.

—Hija, si ya sabes que solo es la excusa, que me hace muchísima ilusión que te compres algo. Yo tengo muy poquitos gastos, pero tampoco es que se me meta nada por los ojos. Seguro que al contrario que a ti, que todo te queda bien y que estás en edad de presumir, Marita.

—Tito, te pongas como te pongas, no te voy a coger ese dinero, bastante haces con darme de comer y alojarme estos días.

—Sí, mujer, será por el gasto que tú me haces. Soy yo el que debe estar agradecido, que me sirves de compañía. Tú no sabes lo que es tener a alguien querido en casa cuando uno se siente tan solo.

Me sentí como una rata de dos patas o como una culebra ponzoñosa. Cualquiera de las dos variedades valía, ¿de verdad me iba a ir para darme dos revolconazos con un tío al que no le habían dolido prendas en hacer encajes de bolillos conmigo cuando le pareció?

Por increíble que resulte, la respuesta era que sí, aunque mi actitud me hacía sentirme menos orgullosa de mí misma por momentos...

—Tito, friego y me voy volando, que no quiero hacer esperar a Clarita—le comenté mientras recogía la mesa.

—De eso nada, que tú has hecho la comida, no tienes por qué estar corriendo. Te duchas, te pones guapa y te vas a la calle.

—Eres un ángel, pero no te preocupes, que no volveré tarde.

Él era un ángel y yo una miserable, porque llegado un cierto punto de la tarde le diría que, lo que había empezado siendo una sesión de shopping con mi amiga, se alargaría hasta el día siguiente. La excusa ya la buscaría...

Si por algo me remordía menos la conciencia era porque, pasados los tres días que Hugo tenía libres, dispondría de más tiempo para acompañar a mi tío. Eso sí, mientras, pensaba sacarle todo el jugo posible a unas horas que se presentaban ante mí como oro líquido.

—Malandrina, no te vayas a ir sin cogermé los cincuenta euros. ¿Clarita tendrá dinero para sus compras?

—Tito, eres la leche, claro que tiene, ¿o es que también vas a subvencionar las de mi amiga?

—Marita, ya me conoces, otras faltas tendré, pero...

—Pero a desprendido no hay quien te gane, tito, eso ya lo sé, no hace falta que lo jures.

Le di un beso, respiré hondo y cogí el dinero, que se empeñó en poner en mi mano. De nuevo una tarde que lucía maravillosa y yo me pude arreglar entre Pinto y Valdemoro, es decir, que ni iba como una actriz de Hollywood ni tampoco como una zarrapastrosa.

La realidad era que el conjunto en cuestión tenía truco. Porque ver aquellos leggins negros conjuntados con ese jersey de lana marfil en largo que llevaba bajo el abrigo poco hacía sospechar lo que había debajo... Y lo que había debajo del mencionado jersey no era otra cosa que un corpiño de cuero a juego con los leggins con el que esperaba que mi particular diablo quisiera desatar llamaradas desproporcionadas en nuestro particular y privado infierno.

No contenta con eso, también llevaba a conjunto unas braguitas de cuero que le harían temblar cuando comprobara la cremallera que cruzaba su retaguardia y que, al ser bajada, dejaría a su merced mi cavidad prohibida, esa cuya estrechez hacía que la dureza de su miembro alcanzara proporciones descomunales.

Tan sexy por dentro y tan niña buena por fuera... He ahí la paradoja.

En cuanto a lo de las compras, me las tendría que apañar por la mañana para acercarme a cualquier tienda en la que coger alguna prenda que tapara las huellas del delito... Ya se vería, aunque si Hugo tuviera la gentileza de querer acompañarme al final de la tarde a alguna de ellas, ya mataríamos dos pájaros de un tiro.

Sin embargo, y poniendo los pies en el suelo, no lo veía nada probable. Con tantas horas por delante, era más que probable que la sesión amorosa que estaba por comenzar fuera maratoniana y que no entrara en sus planes abandonarla más que para echarse en el cuerpo el combustible que le permitiera seguir con aquel ritual amoroso; esto es, para comer y beber.

—Uffff, ¿dónde vas tú tan solita, Caperucita? —me preguntó en la puerta de los apartahoteles, según me vio bajarme del coche.

—En busca del lobo—le contesté, cambiando un poco el tercio del cuento.

—El lobo tiene una boca grande, grande, para comerte...

Prefiero no describir al detalle lo que me iba a comer y sobre todo qué más tenía él grande, porque a Hugo no debían quedarle abuelas y el tío se lo decía todo él solito.

¿Qué decir de cómo le puso el cuero? Pues que es difícil de describir, los gemidos de ambos duraron menos que un chupachups en la puerta de un colegio y algo de lobos sí debíamos tener porque nuestros aullidos alertaron al resto de clientes que acudieron hasta a aquel apartahotel en el que se cocinaban grandes dosis de sexo concentradas en unas horas finitas que pasaban a la velocidad del rayo.

De infarto fue el comienzo, cuando su afilada lengua, una vez recorrida la cremallera que aislaba mi trasero del resto del mundo, se internó en mi cavidad prohibida demostrándome que aquellos dedos suyos habían nacido con el cometido de dar placer.

Y no solo porque él supiera masturbarme como un verdadero maestro de las artes amatorias por aquellos lares, sino porque sabía combinarlo a la perfección con unos sutiles toques en mi clítoris que supusieron el prolegómeno de un orgasmo en el que quedé laxa.

La exploración de tan morbosa cavidad por parte de su miembro era el siguiente paso, estaba cantado. Y más que cantado, yo diría que gritado... Porque auténticos gritos fueron los que di ante un envite que hizo historia, ya que no fue tacto precisamente lo que tuvo aquel día al llamar a mi puerta trasera.

Antes muerta que sencilla, no iba a quejarme, y es que Hugo me estaba convirtiendo en una verdadera guerrillera en la cama y aquello que me había introducido era la mecha de una dinamita que amenazaba con hacer saltar la habitación por los aires...

Finalmente, no hubo fuego real, pero sí uno y mil estallidos de placer sin contener que se propagaron por una habitación en la que quedaría lo que entre nosotros se estaba cociendo. Y que no era otra cosa que una gesta sexual digna de ser publicada (entiéndase que hablo en metáfora, solo me faltaba ver la escenita en una página erótica en la que más de un friki acabara dándole a la zambomba y al almirez a cuenta de lo de mi dichosa cremallerita).

—Necesitaría que me hicieras un favor—le pedí una vez que hubimos terminado.

—Usted dirá, señorita...

—Miedo me da tanta caballerosidad por tu parte, palabrita.

—¿Insinúas con eso que yo no soy un caballero? —Pareció ofenderse y yo pensé que ya estaba el lío...

—Ni mucho menos, por supuesto que no. Es solo que no estoy acostumbrada a tanta...—Me quedé callada buscando la palabra justa.

Hablar con Hugo era un poco como jugar al Scrabble, que había que buscar la palabra justa, y yo me moría de miedo en ese sentido. ¿Hasta qué punto estaba él ejerciendo poder sobre mí? Pues hasta uno que debía estar tan lejano que yo no acercaba a ver, porque la única realidad del asunto era que, sin comerlo y sin beberlo, Hugo me había subyugado... en la cama y fuera de ella.

—¿A tanta condescendencia por mi parte? ¿Es eso lo que quieres decir? Joder, Mara, en ciertos momentos me siento como si pensaras que soy un cabrón y tampoco es eso.

—¿Un cabrón? Ni de coña, jamás pensaría eso.

Nueva mentira, ya que en ciertos momentos ya había pensado eso y cosas mucho peores, pero ni en broma se me ocurriría decírselo.

Capítulo 13



No hace falta decirlo. Me dolía pensar que no cogería mi brazo y, por ende, ni se me ocurrió acercárselo.

Sin embargo, y por aquello de que la canción dice que *“la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida”*, noté un tirón de mi cintura que me dejó absolutamente descolocada, pues me cogió de ella.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Hugo? —le pregunté mirándole fijamente a los ojos.

Lo reconozco, y no precisamente eso que decía Estopa de “fumo porros a diario, me fumo uno y es como poner la radio”. Más bien, lo que yo reconocía era que con aquel gesto había ganado diez puntos conmigo.

De no haber sido porque me daba corte que me tildara de infantil, le habría propuesto lo de *“Give me five”* para que chocara los cinco conmigo. Si hasta me mordí el labio y casi me hago sangre en él... Es que vaya si me moló que Hugo me cogiera por la cintura en plena calle.

Por primera vez vi la luz después del túnel, ¿era posible que estuviera cambiando? Bueno, torres más altas habían caído y yo a él no lo tenía por una mala persona, sino por un hombre que estaba atravesando por un complicadísimo momento de su vida, pero que ya se vería.

¿Estaba construyendo castillos en el aire? Pues lo cierto es que había muchas posibilidades de que así fuera, pero mientras alguna apuntara en dirección contraria, yo me agarraría a ella como a un

clavo ardiendo.

Pasamos por la puerta de una clínica dental y el blanco de la vestimenta de sus sanitarios, algunos de los cuales estaban fumándose un piti en la puerta, me recordó a Alfredo.

... Y recordar a Alfredo yendo de la cintura de Hugo no era algo que me hiciera sentir especialmente orgullosa, pero no cabía otra.

Aquel día sí había atado y bien atado lo de hablar con él por la mañana, puesto que no quería que me volviera a ocurrir aquello de que de repente hubieran pasado mil horas sin dar señales de vida. Que después se mosqueaba más que un pavo escuchando una pandereta...

Y poco había hecho, porque de ser yo la que más que a chamusquina hubiera olido directamente a cuerno quemado, probablemente no hubiera actuado con tanta sutileza como lo estaba haciendo mi novio.

La conversación mañanera tampoco es que hubiera sido el colmo del romanticismo, pero al menos yo intenté lavar mi conciencia dándole un poco de palique.

—¿Qué tal, cariño? ¿Cómo se presenta el día?

—Curro y más curro, qué te voy a contar. Disfruta tú que puedes.

—Ya, bueno, ya sabes que son solo unos días. En nada estoy al pie del cañón buscando trabajo.

—Bueno, mientras, tú disfruta. Yo ahora tengo que asistir a una charla de prevención de riesgos laborales la mar de entretenida.

—Sí, suena genial, no te envidio.

—No, créeme que no es una sesión de risoterapia, sino más bien un puto coñazo.

—Pues nada, que te sea leve, un beso.

—Otro...

Ni mucho ni poco. La conversación fue la justa para quedarme tranquilita el resto del día. Si acaso, un WhatsApp por la noche que le pondría a espaldas de Hugo.

¿A espaldas de Hugo? ¿De verdad iba a seguir engañándole a él también?

“Joder, Mara, ya no te reconoce ni la madre que te parió”, me dije para mis adentros. Embustera, embustera, pero embustera de libro... La madre de todas las embusteras, ese era el título que me iban a dar.

Menuda tesitura, ¿y si me lanzaba y le contaba de una puñetera vez por todas la verdad?

—Esto, Hugo...—murmuré con mucho más miedo que siete viejas, dónde va a parar...

—Dime, Mara. —Joder, ni que se lo hubiera olido, clavó sus ojos en los míos y me dejó inmóvil.

—Espera, espera. —Me inventé la excusa de que se me había metido una chinita en el zapato para lograr apartar su vista de la mía.

Y la china no la tenía en el zapato, la tenía más bien en pleno cerebro, porque no sabía cómo salir de aquella.

—A ti te pasa algo, Mara, y me lo puedes contar. No soy un ogro, no sé qué imagen tienes de mí.

—Ya sé que no eres un ogro, pero hay ciertas cosas que impone reconocer—me defendí.

—Entonces estás reconociendo que hay algo que quieres contarme, ¿me vas a bloquear? —

ironizó.

No me gustó aquella ironía, maldita la gracia que tenía. O al menos a mí no me hacía ninguna porque me hacía sentir una blandengue a su lado. Con esa risita solo me estaba dando a entender que yo no tenía valor para hacer lo que él sí había hecho llegado el caso, bloquearme y dejarme pasmada sin explicación previa.

¿En qué me había convertido a su lado? ¿En una pusilánime? Pues había unos cuantos letreros luminosos que apuntaban en esa dirección, por mucho que yo me empeñara en querer recomponer mi maltrecha dignidad para no sentirme todavía peor.

—No, no te voy a bloquear, pero a lo mejor luego sí que te cuento algo.

—No, no, de eso nada, mejor ahora.

—Hugo es que no es fácil de vomitarlo para mí, por favor, déjame a mi aire.

—¿Y quién está hablando de vomitar? Solo tienes que hablar. —Nueva ironía al canto, guasita tenía el muchacho.

—Pitu, déjalo, anda....

—¿Pitu? Si quieres ensalzar mi pito, no tengo nada que objetar, pero lo de pitufo no me mola nada, deja ya esas tonterías.

Y, al tiempo que lo decía, noté que salía de su interior ese Hugo al que yo temía más que a un vendaval, considerándolo capaz de todo.

—No te enfades, porfita.

—Y tú no seas niña, si tienes algo que decirme, coge el toro por los cuernos de una puñetera vez y no des más rodeos, bonita.

El retintín de su “bonita” me hizo entender que tenía que hacer como en las bodas, hablar en ese momento o callar para siempre, porque aquel que me atacaba estaba a punto de coger las de Villadiego.

—Está bien, no te enfades, porfita.

—Y dale con el porfita. Mara, madura. ¿Vas a hablar o nos vemos otro día ya si eso?

Luego decía que no era un ogro, pero presionar sabía hacerlo que daba gusto.

—Ok, tú ganas, vayamos a una cafetería.

Y fuimos... En cuestión de cinco minutos estábamos acomodados y servidos, aunque lo de acomodados era un decir, puesto que yo me sentía rematadamente incómoda.

—Tú me dirás....

Estuve a punto de decirle que uno sesenta y cinco aproximadamente, haciendo el chiste, pero comprendí que me la estaba jugando a una carta y que no era plan de incordiarle.

—Yo, yo... Hay algo que no te he dicho en este tiempo, pitu...

Intuí que me iba a caer la monumental, porque los nervios acababan de jugarme otra mala pasada y había vuelto a llamarle como tanto parecía gustarle.

—Y dale, Perico, al torno, Mara... Anda que no eres pesadita ni nada.

—Perdona, Hugo. Lo voy a soltar rápido porque se me está atravesando en la garganta y no me deja respirar, la madre que me parió...

—¿Quieres que haga redobles? —Sarcástico era un rato largo.

—No hace falta, guapo—repuse.

Y puede que el “guapo” pudiera sonar cínico, pero no, yo lo dije de corazón porque a pesar de que Hugo estaba el primero el día que repartieron la guasa, yo mayoritariamente solo seguía viendo cosas buenas en él.

—Pues arranca ya la moto, mujer...

—Hugo yo tengo pareja. Pero no de ahora, la he tenido todo este tiempo. —Escudriñé su rostro y lo encontré impertérrito, algo que no supe cómo interpretar y guardé un discreto silencio.

—Continúa, por favor...—Me invitó a que siguiera y yo solté el aire que no sabía cómo gestionar en el interior de mis pulmones.

—Pues que llevo mucho tiempo queriéndotelo decir y la otra noche estuve a punto, pero en el último momento fui incapaz.

—Háblame de él—repuso con total tranquilidad.

Toma ya, me recordó a Raquel y a su “*Háblame del mar, marinero...*”. Ahí lo llevaba, no sabía por dónde comenzar.

—¿Y qué quieres que te diga? —Tragué saliva ruidosamente.

—Pues nada, si te parece, me describes su árbol genealógico y me muestras el escudo heráldico de su apellido, no te jode...

A Dios pongo por testigo de que yo no quería provocarlo, pero tampoco sabía por dónde seguir con aquella conversación.

—Ante todo, tengo que decirte una cosa, que yo ya no le quiero.

—No quieres a... ¿Perico de los Palotes? ¿Así se llama?

Su ironía y su sarcasmo me estaban matando ese día. Hugo no tenía por qué ser malo... o sí, ¿qué puñetas sabía yo de él? Pero a mí, malo, malo, salvo incordiarme y no corresponder a mis sentimientos, no es que me hubiera hecho nada.

Muchos pensarían que ese comportamiento sobra para calificarle de mala persona, pero en su defensa tengo que decir que él nunca me prometió nada. Y que, si yo creía que tenía una escalera preparada para bajarme la luna, más me valía ir superando el vértigo y subir yo a la escalerita de marras porque a él no le veía demasiado interés.

—No, claro que no, se llama Alfredo, es enfermero, somos novios desde hace la tira de años y no sé qué nos ha pasado de un tiempo a esta parte, pero parecemos extraños. Supongo que nos hemos hastiado el uno del otro, así de sencillo.

—Bueno, pues si es así de sencillo, tanto mejor para los dos...

—Podías tomarte en serio mis palabras. —Me defendí porque la frialdad de esa última frase me había traspasado el alma.

—¿Y quién dice que no me las tome en serio? Otra cosa es que, como comprenderás, no voy a hacer un drama de esto, Mara... Ni de esto ni de nada.

Hubiera vendido mi alma al diablo por saber qué había pasado verdaderamente por su cabeza en aquellos instantes. ¿De verdad no se le había removido nada? Yo me cagaba ya en todo lo que se meneaba, en vaya lío me había metido...

Observé su rictus y determiné que era imposible saber qué puñetas estaba pensando. Si yo estuviera en sus zapatos, en aquellos momentos me mordería las uñas a la altura de los codos.

Joder, si cuando me habló de la posibilidad de volver con Mariluz a mí me había escocido hasta el alma...

¿Se habría quedado como perro que le quitan pulgas? Pues seguramente sí. Claro, ahora lo entendía todo, Hugo no era precisamente “El señor de los anillos”, sino más bien “El señor de los no anillos”, a ese no le echaba el lazo ni la madre que lo parió...

Hasta le habría venido bien mi confesión, seguramente sería eso. Saber que yo tenía un compromiso le liberaba de tener que establecer él uno conmigo. Qué sabandija, ¿por qué no salía corriendo y lo dejaba allí, mirándose el ombligo, que es lo único que sabía hacer?

Porque yo era una cobarde, solo por eso. Porque si hubiera tenido un ápice de valentía, yo sí que le hubiera dicho eso de “si te he visto, no me acuerdo” y no que ahora me sentía más ridícula que nunca.

—¿Entonces...? —le pregunté mientras pugnaba porque de mis ojos no salieran unas lágrimas que estaban deseando recorrer mis mejillas.

—Entonces nos vamos de compras, ¿no era ese el plan?

Salimos de la cafetería y, para mi sorpresa, de nuevo se acercó a mí, cogiéndome de la cintura.

Loca, loca, me iba a volver loca... Y eso con suerte, que igual lo estaba ya. ¿A qué jugaba aquel hombre?

Y yo no podía ser más idiota, por el amor de Dios, ¿por qué no separaba su cuerpo del mío y le ponía de una vez por todas los puntos sobre las íes?

Probablemente porque, lo que comenzó siendo el calentón más grande de la historia se estuviera transformando por mi parte en un enamoramiento que poco tenía que ver con los de cuento, pero enamoramiento, al fin y al cabo. Y ello pese a que sabía que Hugo era veneno para mí, pero un veneno del que yo quería seguir bebiendo, como cantarían Los Chunguitos.

Capítulo 14



Ni yo era Vivian Ward ni él Edward Lewis, pero puedo garantizar que la sesión de compras con Hugo no tuvo nada que envidiarle a la diversión de la de la mítica “Pretty Woman”.

Para mí era todo un misterio. No tenía claro si sus polvos eran mágicos o no, pero de lo que no me cabía duda era de que él ejercía un efecto mágico sobre mí, porque logró que el enfado se me pasara en un santiamén.

Y allí estaba yo, probándome aquella falda de tubo negra con una camisa blanca que él mismo había elegido.

—Lástima que no te puedas probar también unas medias—me dijo cuando, con una indicación de mi dedo, le invité a que pasara al vestidor.

—¿No te ha visto nadie? —le susurré un tanto azorada.

—¿Y qué si nos han visto? —me provocó poniéndome un dedo sobre los labios y enseñándome aquellas gafas que había cogido del mostrador de la enorme tienda.

—¿Quieres que me las ponga? —le pregunté pícaro.

—No, quiero que te las metas por el orto, como dirían los argentinos. Pues claro que quiero que te las pongas.

—¿Te gustan las intelectuales? Porque si es así, te digo que soy una jefa obsesiva y que te voy a acosar sexualmente—le susurré mientras me las colocaba.

—Que te lo has creído tú, nada de provocarme, yo te como esto de motu proprio—me indicó mientras se agachaba y, al tiempo que subía mi falda, me enseñaba lo mucho que se podía acompañar su lengua con la abertura de mi vulva.

—Madre mía, ¿qué es eso? —murmuré mientras pensaba que tendría que controlar mis jadeos si no quería que nos pusieran a los dos de patitas en la calle.

Sin más, me desabroché súbitamente una camisa que estaba a un tris de acabar empapada, pues solo Dios sabía lo mucho que Hugo era capaz de calentarme; es más, de ponerme a hervir.

Y sí, al margen de que después de que mi frente se perlara de una fina capa de sudor, el resto de los poros de mi cuerpo se dispusieran a chorrear, lo que literalmente hirvió en aquel vestidor fue un clítoris que, de la punta de su lengua, recibió uno y mil pequeños impactos eléctricos que provocaron en mí un orgasmo descomunal.

No pude evitar que, esas súper uñas postizas que ya he mencionado en algún momento y que seguía luciendo en aquel, terminaran por hacer de las suyas en los hombros de un entregado Hugo que se había despojado de su jersey, quedándose exclusivamente con una camiseta cuya fina tela de algodón no evitó aquel desaguisado.

—¿Te he hecho daño? —le pregunté cuando por fin volví en mí, tras aquella amalgama de gemidos que yo misma tuve que ahogar mordiendo la falange superior de mi dedo superior izquierdo, que llegó a sangrar por la presión de mis dientes.

—Sabes que sí, y ya dudo entre calificarte de loba por tus aullidos o de gata por tus arañazos...

Por mi parte, pensé que, mientras que no me calificara de zorra, todo iría bien...

—Entonces, tendré que compensarte, porque ya se sabe que una buena jefa es aquella que sabe

darle a cada uno de sus empleados aquello que precisa—murmuré en su oído, aunque el tono libidinoso de mis palabras propició que, más que un murmullo, aquel fuera un gemido.

Un gemido que precedió a otro bestial que también fue necesario que ahogara Hugo, producto de los lametazos que le proporcioné en un falo que bien podría haber sostenido las velas de un velero.

—Estoy a punto de correrme, pero no será así—me advirtió mientras lo sostenía con una mano y con la otra, cual si yo fuese una marioneta, me dio la vuelta, colocándose con las manos contra el espejo.

—Sabes que vamos a dejar marcas, van a saber que aquí ha habido tomate en cuanto salgamos—le advertí en relación con el espejo mientras me mordía el labio inferior con tal fuerza que pensé que no tardaría demasiado tiempo en correr la misma suerte que la falange de mi dedo.

—¿Marcas? Estos son marcas. —Trató de llegar a mi cuello y ya sabía yo lo que venía detrás; un chupetón como un castillo que tendría que ocultar durante días.

—¡¡No!! —chillé dándome la vuelta y alcanzando sus labios con los míos, logrando saciar su ansia por “marcar” con unos besos tan intensos que bien pareciera que se nos iba la vida en ellos.

—¿Muchacha, estás bien? —le escuché decir a una mujer mayor...

—Perfectamente, señora, ¿por qué? —Hugo contuvo la risa y clavó una vez más su mirada en la mía, como pensando en que a ver cómo salía yo de aquella.

—Por nada, mujer, pero es que hay aquí tiradas unas bragas y como veo unos cuantos pies dentro, he pensado que igual te estaba pasando algo malo.

En otras palabras, la mujer temía que yo estuviera sufriendo un ataque sexual en plenos vestidores de la tienda de una de las cadenas comerciales de ropa más afamadas del país. Eso sí que hubiera sido de traca.

—No, señora, se me habrán caído. Estoy aquí con mi amiga, no se preocupe, que todo va bien, nos estamos probando ropita.

—¿Y para probarte ropa te tienes que quitar las bragas? Hija mía, ya se lo digo yo a mi marido que el mundo está condenado a acabarse, lo que hay que oír. Y vaya peanas que tiene tu amiga, por cierto, ¿es jugadora de baloncesto o algo?

Traté de contenerlo, pero no pude. Tengo que reconocer que una cosa era que la señora se hubiera interesado por mí, y otra que fuera más pesada que matar un cochino a besos.

—Huy, la vieja esta se está metiendo en camisa de once varas y va a salir escaldada—murmulló él.

—Calla, Hugo, por lo que más quieras, no la provoques.

—¿Y soy yo quién la provoca? ¿De verdad es eso lo que me estás diciendo?

A Hugo no le faltaba razón; por una vez, las provocaciones no venían por su parte, sino por la de una señora a la que le había dado por nosotros.

—Eh, a eso no me contestas, ¿eh, muchacha? ¿Es tu amiga jugadora de baloncesto? —Bien sabía ella que aquellos pies no eran de una chica.

Imposible de parar, Hugo sacó la cabeza por un ladito de la cortina, aunque lo que de verdad sacó a pasear fue su lengua.

—Pues mire, no, señora, su “amiga” no juega al baloncesto, pero se maneja con las bolas estupendamente, ¿le hace a usted un partidito?

Despavorida. Sí, la pobre señora salió despavorida de allí. Tanto es así que no tardó en volver en compañía de una de las trabajadoras de la tienda, quien, sin demasiado afán, me preguntó.

—Perdona, dice esta señora que en este probador hay un escándalo que no veas, que te lo estás montando con tu novio, ¿es eso verdad?

—Mentira, que no eres mi novio—le susurré yo al oído a un Hugo que, para ese entonces, muy listo él, se había subido a un taburete que había en el vestidor.

—Qué va, la pobre debe estar mal de la chaveta, aquí no hay nadie. Ha estado un rato importunándome y ahora te la va a dar mortal a ti.

—Señora, ¿es eso verdad? —Escuché que la chica explotaba una pompa de chicle mientras hablaba con la asustada anciana.

—Claro que no es verdad, yo he entrado con mi nieta, que se ha quedado fuera avergonzada perdida cuando les he preguntado a estos dos...

—Y dale, señora, que aquí no hay nadie—le repetí desde el interior.

—Acompáñeme, por favor, que esta clienta nos va a terminar denunciando, está sola—le espetó la chica mientras se quitaba de en medio.

—Pues yo me quedo aquí a hacer guardia hasta que esto se aclare—insistió.

—Abuela, que esa muchacha está ahí sola, no la molestes más, que a este paso va a llamar hasta a la policía—añadió su nieta desde fuera de los probadores.

A carcajadas nos reímos cuando ya se fueron todas. Yo no podía más, me dolía hasta la campanilla, pero lo que no sabía es que la sesión no había terminado y, lejos de la indiscreta mirada de la señora, mi “amante bandido” como cantaría Miguel Bosé, no iba a moverse de allí sin haber explorado algún territorio más de mi excitada anatomía.

O, mejor dicho, sin que lo hubiera explorado su miembro viril, ese que seguía erecto cual

anaconda buscando su presa. Y lo de la comparación no va solo por lo de su postura, que sirva también para el tamaño, y es que el muchacho estaba dotado que era un gusto.

Como si el “kit-kat” de la señora no hubiera ocurrido, Hugo volvió a ponerme no mirando para Cuenca, sino para el espejo, a no ser que fueran en la misma dirección... Y, con las manos puestas contra este, pude ver cómo mi rostro se transformaba, pues el goce que me proporcionó la yema de su dedo corazón describiendo círculos sobre mi clítoris compitió con el dolor que sentí por un envite anal que no esperaba.

—Eres de lo que no hay. —Ladeé ligeramente la cara buscando sus labios con los míos.

—No, te preocupes que te lo compensaré—argumentó en su defensa.

—¿Es que te ha puesto perraco la señora? —Quise saber.

—Sí, tenía un no sé qué que me la ha puesto dura, cosas que pasan. —Enarcó su ceja mientras se mordía la punta de la lengua al ironizar.

—Y una mierda, tú ya la tenías como el acero antes de que llegara.

—¿Cómo el acero? Mira que más bien yo creo que es como el diamante, porque esto es un diamante en bruto, ¿o no? —Señaló a su entrepierna mientras no paraba de embestirme contra el espejo.

Sí, contra un espejo que no paraba de devolverme una imagen de mí misma que apenas reconocía... Con el pelo revuelto, el rímel corrido y el labio inferior mordido, la citada imagen nada tenía que ver con la de la Mara de hacía unos meses, antes de que comenzara aquello que probablemente podríamos cantar de *“No es amor, lo que tú sientes se llama obsesión...”*

Y lo malo era que lo que yo sentía no iba a ser recíproco. La obsesionada, la enganchada y la que había puesto toda su vida patas arriba en pos de conseguir la dosis de droga que estar cerca de Hugo me proporcionaba, era yo. En cuanto a él, me daba a mí en la nariz que el que tenía detrás,

dándome por donde amargaban los pepinos, era más que capaz de cerrar el grifo cuando le diera la gana, diciendo aquello de “a otra cosa, mariposa”.

Capítulo 15



Hugo

¿Qué me estaba pasando? Puedo jurar que era como si aquella mujer me estuviese robando la voluntad. ¿Era obsesión lo que comenzaba a sentir por ella? Posiblemente sí, pero la coraza que yo portaba desde hacía mucho tiempo no me había permitido darle señal así en ningún sentido. Y así deberías seguir siendo... por mi propio bien y por el de ella.

Lo que más me jodía era estar quedando ante sus ojos como un soberano cabrón, cuando la realidad era que Mara había estado en mis pensamientos desde el mismo puñetero día que el face propició que comenzáramos a hablar.

Yo no era un cabrón, en todo caso, un cornudo apaleado porque después de Mariluz le abrí mi corazón a otra mujer y esa me puso ya las banderillas con unos cuernos más grandes que las torres gemelas.

Después de eso me juré aquello de “una y no más, Santo Tomás”. Hasta las banderillas, pase, pero el estoque... no, hijo, noooo. Y así fue hasta que apareció Mara, porque las que compartieron catre conmigo entremedias no me dejaron mayor huella que algún que otro arañazo en el cuerpo, fruto del fragor del susodicho catre.

¿Por qué tuvo que llegar ella? Mira que traté de olvidarla tras nuestro primer encuentro en Barcelona. Lo detecté en sus ojos desde el primer momento; por mucho que viniera provista de un

arsenal erótico, Mara no era un pendón desorejado, ni mucho menos.

Por el contrario, mi rival en la cama era una persona sensible que se sentía presa. A mí no me la dio. Y eso me asustó. Por primera vez en mucho tiempo, no me quedé en el cuerpo de una mujer, sino que me empeñé en analizar con lupa su alma. Y en Mara encontré a un animalillo desvalido que, látigo en mano, solo trataba de defenderse.

Loco como comenzaba a estar por sus huesos, no pude evitar concertar un segundo encuentro con ella en su terreno. Y durante este, no se me fue por alto lo que yo ya sospechaba; que no quedábamos en su casa porque ella debía tener pareja. Lo de la supuesta prima que iba a hacer un curso de fotografía en Madrid me sonó a excusa barata.

Vive Dios que no tenía celos de que aquel otro acaparara su alma, porque Mara no era de esas. Si hubiera estado enamorada de ese tal Alfredo, a quien no podía evitar detestar con toda su alma, nunca se hubiera metido entre las sábanas conmigo. Pero yo tenía celos hasta del aire que la rozaba, y no digamos ya de que su pareja le pusiera un dedo encima.

Lo de Mariluz, que seguía sin tener nombre, tampoco me había ayudado. Por mis hijas y por su promesa de que había cambiado, intenté que lo nuestro volviera a funcionar, pero, entre que las maldades de aquella aprendiz de bruja parecían ser infinitas, el escarmiento que me dio la siguiente y que yo no podía sacarme de la cabeza a Mara ni bien ni mal, el intento estaba condenado al fracaso.

Pese a todo y en coherencia, yo no podía engañarla ni tenía absolutamente nada que ofrecerle. Ella merecía lo mejor y yo... Yo solo era un desgraciado cuya vida se había ido al garete, un don nadie que bastante hacía con sobrevivir cada día porque la cosa en el trabajo no es que estuviera boyante y las facturas aumentaban por meses...

¿Tendría que haberle sido franco para que ella volara de mi lado? Por supuesto, me declaraba culpable ante su señoría una y un millón de veces. Yo estaba empezando a sentir cosas por Mara, a quererla, pero la paradoja del asunto es que también sabía que la quería mal... No porque ella no se mereciera que la quisieran bien, sino porque me encontraba en un momento de mi vida, egoísta total, en el que no sabía mirar más allá de mi ombligo, como ella ya habría detectado.

¿Sí, lo había detectado? Eso era lo que yo suponía, ya que de tonta no me parecía que tuviera ni un solo pelo, pero habría que verlo... Porque lo malo del asunto era que yo había desplegado un halo tóxico a mi alrededor del que ella parecía haberse embriagado.

No me sentía orgulloso de ninguno de mis movimientos y mucho menos de aquellos en los que le hacía un daño directo, ante sus propios ojos, sin excusas y sin explicaciones.

¿Qué pensaría de mí cuando no quise coger su brazo o cuando le negué un beso en los labios fuera de la cama? Pues que, como decían en Madrid, yo era “un cabrón con pintas”.

Sin embargo, en cierto modo, lo hice para protegerla. Sí, para protegerla, porque, al no poder ofrecerle nada, prefería dar una imagen de mí mismo que no le resultara seductora, de modo que fuera ella misma la que cogiera las riendas del asunto y me terminara enviando a paseo cuando lo estimara conveniente.

Y aun así, reincidí, sí, reincidí y la volví a buscar... Y no paré hasta lograr que ella volviera a caer por Barcelona, con una semana por delante en la que hiciéramos del nuestro un universo perverso y apartado del otro en el que el amor no tuviera cabida...

No me lo creía ni yo, poseer el cuerpo de Mara había sido para mí coser y cantar. Pero hacerme el dueño de su corazón, eso ya eran palabras mayores....

Y lo peor del asunto es que cada vez me estaba costando más poner distancia con ella. Cogerla por la cintura en plena calle era buena muestra de ello. Que vale que Barcelona no fuera Lepe, pero que, si alguien por un casual nos hubiera visto y le hubiera ido con la cantinela a la harpía de Mariluz, que solo buscaba dinero y se volvía loca siempre que se olía que yo podría tener algo en serio con otras, el potaje se me habría puesto más agrio todavía, ya que esa ni comía ni dejaba comer.

No pude y no quise evitar ese gesto cariñoso con Mara. Aunque lo que no sabía era lo que venía después, de postre; ración de una confesión que me supo tremendamente amarga. No es lo mismo sospechar que comprobar y algo hay de cierto en eso de “ojos que no ven, corazón que no siente”.

Creo que pude disimular frialdad, pero mientras ella me hablaba de Alfredo, mi supuesta frialdad se diluía dando lugar a un calor interno que amenazaba con corroer mis entrañas.

Maldita mi cobardía por no saber poner las cartas sobre la mesa y confesarle que no quería que volviera a su lado ni un día, que no quería que volviera a respirar el mismo oxígeno que su novio, que no quería que su cuerpo volviera a ser suyo jamás... sino mío, igual que ya en parte lo era su alma.

Pero no, de nuevo el cinismo por bandera, cuatro preguntas chorras para aparentar ser la caña de España y la callada por respuesta. ¿En qué me había convertido? No me reconocía cuando me miraba en aquel espejo.

Verla salir con aquellas prendas en la mano, que seguramente luciría lejos de mí, supuso un nuevo tormento. Mara avanzaba hacia el mostrador con la elegancia de una gacela que se sabe mirada por el resto de los animales porque ella lo vale, como en el anuncio de aquel champú que todos conocemos.

Y claro que lo valía, valía incluso para llamar a renglón seguido a su tío y ponerle una nueva excusa para no ir por su casa esa noche. Otro giro de tuerca que acometía por mí, mientras yo no había movido todavía ni un solo dedo por ella. He ahí la diferencia...

Capítulo 16



Hugo

Y he ahí las similitudes y las diferencias entre unas historias y otras. Entre historias y personas. El destino, cuando ambos éramos aún muy jóvenes, me puso por delante una noche de carnavales a aquella otra mujer que luego sería la madre de mis hijas.

Era sábado y yo había quedado con Carlos, Paco y Rubén, mis primos trillizos por parte de mi tío Emilio. ¡La noche prometía! Recuerdo al detalle ese día en su totalidad. Había comido en casa de mi abuela y allí esperaba al “trío calavera”, como yo les llamaba en plan cariñoso.

Siempre me unió un vínculo muy especial con mi Merceditas, por lo que prolongamos con nuestra cháchara la sobremesa y a continuación me eché una buena siesta en un dormitorio de arriba, y es que mi abuela tenía una de esas casas antiguas de dos plantas que, más que una casa, parecía un hostel por sus dimensiones.

Desde allí arriba me despertó a eso de las ocho de la tarde la voz de Carlitos, que “discutía” con mi abuela. Me planté el pantalón, las deportivas y una camisa muy chula que me había comprado en El Corte Inglés la semana anterior, pero... para mi sorpresa, cuando bajé, me encontré a los tres disfrazados de vaqueros.

—¡Aquí está el soso, señores! —gritó Rubén con la mano de canto, como el que pregona boquerones en el mercado de abastos—. Toma, espabila y vuela a cambiarte —me dijo tendiéndome una bolsa.

Cualquiera le llevaba la contraria a aquel. Y ahí me tienen ustedes, vestido de sheriff y, para completar el cuadro, con la estrellita en la pechera y gorro y pistola en mano. Creo que en mí debieron inspirarse los de la peli *Toy Story*, porque este que habla era lo más semejante al sheriff *Woody*.

Mi abuela, tapándose la boca, se partía de la risa viéndome con aquellas pintas.

—¿Qué? ¿Estoy guapo, Merceditas?

—Yo nada más que te digo una cosa, ¿eh? Cuidadito con lo que haces, que miedo me da cuando te juntas con estos liantes, tú por lo menos eres más centrado. Y no te recojas muy tarde.

—Descuida. “*Volando voy, volando vengo...por el camiino...yo me entretengo...*”—No me tengo yo por muy flamenco que digamos, pero me salió así sin más el estribillo de la famosa canción de Camarón de la Isla.

—Anda que...—Fue lo último que la oí decir por los bajinis antes de salir todos pitando por la puerta.

Las calles de la ciudad eran un auténtico hervidero y la verdad es que no había en derredor ni un alma sin disfraz, pero yo me sentía un tanto ridículo con el mío. Sería por la falta de costumbre, ya que en la vida me había dado por disfrazarme.

—¿De dónde habéis sacado esta ropa? —les había preguntado al ver salir todo aquello de la bolsa.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué pasa?, ¿no te gusta? Pues eso es lo que hay, amigo. Ya verás tú si triunfas hoy con ella—me dijo Rubén.

—Es del primo Juanpe —me aclaró Paco—. Ahora, desde que está con la hueso de la parienta, no se junta tanto con nosotros, pero a ese lo pescamos mañana sí o sí. Te lo digo yo.

De camino hacia el centro, entre el jaleo del mogollón de gente canturreando y brincando por todos lados y los tambores y pitidos de los matasuegras, yo andaba ya majara perdido. Es más, con tanto empujón por aquí y por allá, de milagro no me comí de una tacada todas las chufas y los cocos de un puesto ambulante. Comérmelos, no, pero un buen meneo sí que les metí.

Cuando llegamos al bar en cuestión que andábamos buscando, tampoco es que la cosa estuviese más despejada allí dentro. Al contrario. Tanto dentro como fuera, la gente andaba como sardinas en lata, por lo que parecía inviable alcanzar el mostrador.

Desde fuera, se veía a los camareros como locos entrando y saliendo de la cocina y corriendo de punta a punta por la barra, sirviendo a destajo botellines de cerveza, tapas de embutidos, fritos y demás. Solo el hecho de intentar entrar en el local pintaba como una odisea, pero a aquellos tres primos de servidor no había quien los frenase.

—Tú tranquilo, que a esto nada más que hay que echarle un poco de paciencia, socio.

Carlitos me había leído el pensamiento en los ojos. El asunto es que poco a poco conseguimos ir abriéndonos paso entre la marabunta a base de empujoncillos por todas partes. A apenas medio metro de la barra ya, una chica apoyada en ella se dio la vuelta para salir con una copa de rioja en la mano, levantando a la ligera el brazo para que no se la tirasen entre unos y otros, con tan buen tino que lo que salió volando del “puñetazo” fue mi gorro.

De paso, con la sacudida, me tiró la mitad del vino por lo alto, por lo que el gorro —pisoteado en un santiamén por los suelos—es lo que menos me importaba ya. Al echarme un vistazo a la camisa en mitad del follón y ver el desaguizado, se llevó rápidamente a la boca la palma de la mano libre.

—¡Perdón, perdón, perdón! —Sí, mucho “perdón” y todo lo que ella quisiera, porque en realidad, más allá del simple gesto espontáneo por el apuro, esa mano en la boca trataba de contener las carcajadas que se le escapaban—. Madre mía, la que te he liado, chiquillo...

—Tranquila, no pasa nada.

No estaba sola. Iba con varias amigas también disfrazadas de cortesanas como ella. Y ahí en medio, todos apresados sin podernos mover. La chavala, con larga peluca de tirabuzones, se quitó el antifaz, descubriendo unos ojos celestes impresionantes y dejándome K.O. sobre la marcha con ellos.

—Vale, señor sheriff. ¿Qué le ha pasado para traer tanta sangre en la ropa? ¿Viene de un tiroteo?

Encima, guasona, pensé. Justo en ese momento, sentí unas palmaditas en la espalda.

—Venga, venga, circulando, que todavía queda mucha noche —oí decir por detrás a uno de mis primos.

Me limité a sonreír a la chica y me aparté como pude para facilitarle la salida. No contenta con haberme puesto pipando, me dio un golpecillo en la cadera con la suya al salir a la par que me guiñó uno de los faroles que tenía por ojos y me deseó sin parar de reír “suerte con el ganado”. La ambigüedad de ese “ganado” me dio un tanto que pensar. Yo iba de sheriff, no de vaquero del oeste.

—¿Ves lo que te decía de que con esas hechuras triunfabas? —me soltó Rubén.

Pasé de entrarle al trapo. Condecorado con las manchas burdeos, conseguí colarme en el hueco que ella había dejado vacío en la barra, de manera que me encargué de pedir por los cuatro.

Los campanazos de los camareros cada vez que alguien dejaba propina ponían la guinda al bullicio multicolor del local y me recordaron inevitablemente a otra famosa taberna gaditana donde había estado años antes por las mismas fechas festivaleras.

Con tal ambiente no había quien parase allí dentro, así que, en cuanto por fin nos sirvieron, agarramos nuestros respectivos platillos y cervezas y tiramos para la calle, donde primaban la alegría y el vocerío del hormiguero humano que se extendía por todos los rincones.

Estábamos apostados en una pared comentando aún la jugada, cuando no tardé en localizarla con

la vista un poco más allá, en la acera de enfrente. Mejor dicho, fue ella la que me tenía ya localizado a mí, y es que me estaba observando. En el cruce de miradas, me saludó agitando una mano en alto. Y, por si no fuera bastante, la muy vacilona se la acercó a la boca y me lanzó un beso por el aire. Antes un chorreón de vino y ahora me viene con esas...

—¡Ja, ja, ja! Esa pibita te está buscando—me dijo Rubén, que viéndome mirar fijamente en aquella dirección, se ha habia girado a lo justo para percatarse de todo—. Por cierto, ¿qué día dices que será tu despedida de soltero?

—¿Y el de la boda? —añadió Paco.

Las carcajadas de los tres rebotaron en este que habla, que se había quedado por unos instantes medio tonto (por no decir tonto perdido).

—Venga, nos vamos moviendo ¿o qué? — Propuso Carlos.

Y tanto que nos movimos, pero sin parar de un lado a otro, de forma que a las cuatro de la mañana aquel bar nos quedaba ya bastante lejos y un poco borroso.

Se tirase por donde se tirase, el suelo estaba repleto de confetis y serpentinas que se iban enredando al paso en los zapatos. Vasos de plástico rodaban por todas partes, sirviendo de balón a más de uno que no se tenía ni medio en pie, y es que el despiporre total ya estaba servido a cuenta de las copas cuando aterrizamos en otro *bareto*, aunque yo tampoco era quien para hablar.

Se trataba de una especie de pub no muy grande, pero estaba petado también. En una esquina, una pandilla de chicas no paraba de dar saltos mientras canturreaban todas ellas el estribillo de cierta canción una y otra vez como si les hubiesen dado cuerda.

El caso es que un par de disfraces femeninos me sonaron... ¡Y con razón! Eran los mismos vestidos, solo que con colores diferentes y ninguna de las mujeres se correspondía con aquella diosa de ojos azules. Pero la susodicha no tardó en aparecer por el pasillo de los servicios y parecía que me estaba esperando, porque del tirón me vio y vino hacia mí tronchándose.

—¡Hey! Para ser el sheriff, sí que has tardado en encontrarme, ¿eh? —me espetó en la cara sin cortarse un pelo.

A propósito de pelo; se quitó la peluca, dejando al aire una cabellera negra de infarto que contrastaba con la claridad de sus ojos. Me dejé llevar por el pasteleo, que si las presentaciones, que si dónde vivíamos... La invité a una copa y terminó quedándose con nosotros.

Las amigas no tardaron en unírseos también, pero ni un telediario duró la “reunión” bajo aquellos focos. No sé cómo me enredó, o si la enredé yo o si nos enredamos mutuamente.

La cuestión es que, en menos de una hora, sin habernos terminado siquiera los cubatas, ya andábamos los dos a solas, agarrados por la calle, comiéndonos a besos de camino hacia el muelle.

Mariluz se había empeñado en enseñarme un "algo" que yo no alcanzaba a adivinar, pero una vez dentro del aparcamiento a pie de agua, me colocó del tirón ante las pistas del enigma porque me paró junto a un coche, me lanzó de espaldas a sus puertas de un manotazo y empezó sin más, cual fiera hambrienta, a devorarme literalmente, presionándome con el cuerpo contra ellas y agarrándome con fuerza por la nuca como si me fuese a escapar de sus garras.

Aunque se me iba un poco la cabeza debido al alcohol, ni se me hubiese ocurrido, vamos. Y menos cuando, sin dejar de mordisquearme por todos lados, se puso a rebuscar no sé qué entre los volantes del faldón y sacó al fin una llave que resolvió totalmente el misterio.

Cierto que ninguno de los dos estamos en condiciones de conducir, pero los planes eran otros. Abrió la puerta y me metió en el coche con tales prisas que parecía como si tuviésemos que salir del parking huyendo de un terremoto, si bien el terremoto se produjo en el interior sobre los asientos traseros y de allí no podría salir con las luces del alba...

No podría o no debería, y es que, mirando un mar que ya empezaba a teñirse de rojo al término, traté de grabarme a fuego en la cabeza que nada de eso había ocurrido.

Lo que había pasado entre los cristales empañados del Ford Fiesta había sido un simple sueño carnavalesco del que nadie podría dar fe. Como mucho, Freddy Mercury, que le había puesto el broche a nuestra particular función con «The show must go on», dejándome con el mensaje de la letra un poco rayado.

Rayado, sí, porque aquel “show” nuestro no debía continuar. Como ya dije antes, ambos éramos muy jóvenes y en mis planes en particular no entraba aún salir con nadie. Pero una cosa son los planes que tengamos y otra bien distinta los que la vida nos tiene reservados...

Capítulo 17



Hugo

Al día siguiente, me entró una llamada al móvil de un número que no conocía y me quedé de piedra al cogerla y ver que era de ella.

—¿Pero tú cómo sabes mi teléfono?

—Madre mía, pues sí que estabas tú bueno. Estabas y estás, bombón—Se echó a reír. Me lo diste tú cuando nos despedimos, pero ya veo que no te acuerdas de nada.

—Hombre, tanto como de nada... pero no, no recuerdo haberte dado mi teléfono.

—Vaya, la verdad es que no salió de ti. Fui yo la que te lo pedí y al final accediste a dármelo. Pero te costó, que te conste.

Eso era lo que había ocurrido. De ahí que yo no tuviese el de ella, pero el mal estaba hecho y Mariluz aprovechó el filón para convencerme de que nos volviéramos a ver. Tampoco le costó mucho liarme, lo reconozco.

Quedamos aquella misma tarde ya a solas y en plan más relajado. Quiero decir que no desvariábamos tanto, pero el resultado vino a ser más o menos el mismo, supongo que se me entiende. Aquella tarde y la siguiente y la siguiente...

Cuando quise darme cuenta, ya estaba enamorado de ella hasta las trancas. Apenas llevábamos un par de meses saliendo, la mañana que me vino con la noticia del siglo. Habíamos quedado en echar el día en el Tibidabo, ese parque de atracciones que a mí no me hacía mucha gracia pero que a ella, por lo visto, le encantaba.

—Ahora vamos a montarnos en la noria.

—Pero qué dices, chica...

—Lo que oyes—Mi novia ya apuntaba maneras con sus mandatos. Y yo, que por aquel entonces bebía los vientos por ella, terminaba claudicando siempre ante sus caprichos.

Fue en lo alto de aquella canasta roja donde me soltó por la boca que estaba embarazada. Aunque a mí casi me da un pasmo con su anuncio, ella se echó a reír a carcajadas.

—Te has quedado blanco, cariño. ¿Y lo guapo que vas a estar tú empujando por el parque el carrito de Bárbara?

—¿Bárbara? —Eso fue lo único que pudo pronunciar mi de repente enmudecida boca.

—Sí, Bárbara. Porque va a ser niña, estoy segura, y así se va a llamar.

Para Bárbara, ya lo era ella y bastante, que no había quien le llevase la contraria, pero la gracia es que su predicción se cumplió. Supimos que era una hembra en la segunda ecografía que le hicieron y al final, como no podía ser de otra forma, la niña se llamó así.

Ni que decir tiene, su embarazo trastocó mis planes de futuro. Por entonces, yo estaba preparándome para las oposiciones al cuerpo de policía nacional, pero saber que sería padre en breve me obligó a buscar trabajo estable de inmediato.

Me saqué a la carrera el título de vigilante de seguridad y enseguida encontré ese empleo cuyo

suelo me permitía pagar el alquiler, gastos y demás.

A mi madre, de mentalidad bastante anticuada, la noticia de que ese bebé venía en camino no le había sentado muy bien, pues decía que Mariluz había recurrido al viejo truco de la barriga para “cazarme”. La acusaba sin tener en cuenta en ningún momento mi participación en el asunto. No obstante, se volvió loca de alegría cuando tuvo en sus brazos a la nieta el mismo día en que nació.

En cuanto a nosotros, éramos felices a nuestra forma, y esto es que, aunque yo era el único que aportaba ingresos a la familia, haciendo a veces un montón de horas extras que me tenían agotado, teníamos una convivencia dentro de los parámetros normales, donde la criatura era el eje de nuestra alegría.

Yo quería a Mariluz y ella me quería a mí, pese a que su actitud conmigo y su mal genio a veces parecieran indicar todo lo contrario. Incluso nos compramos poco después aquel piso de alquiler con opción a compra.

Un par de años más tarde vino Sara al mundo y ahí empezaron los problemas gordos entre nosotros. Al principio, no le di importancia a su malhumor ya constante, atribuyéndolo a su cansancio por la falta de sueño, y es que era un bebé de esos que se pasan la noche entera llorando.

—Ya no puedo más con esta niña, Hugo. Me voy a buscar un trabajo y la voy a meter de cabeza en la guardería.

—Pero, a ver, Mariluz. Tampoco hace falta que trabajes, con lo que gano yo nos apañamos.

—No te hará falta a ti, pero, te guste o no, voy a trabajar. Yo necesito alejarme de sus llantos por unas horas o me van a tener que encerrar en un manicomio.

En cierto modo entendí lo que decía. Mientras que hay mujeres que pueden criar a media docena de hijos sin perder nunca la sonrisa, hay otras, como ella, a las que dos ya la superaban.

Si hubiese puesto tanto empeño en nuestra relación como lo puso en encontrar un curro, otro gallo hubiese cantado. Ojo, no quiero echarle a Mariluz la culpa de todo lo que pasó entre nosotros, pero sí tuvo la mayor parte.

Empezó a trabajar como recepcionista en una clínica de fisioterapia y compartíamos las tareas de las peques, si bien lo que ganaba, más que aportarlo en casa, lo invertía en un cerro de caprichos, para mí, innecesarios. Se compraba ropa, zapatos y toda clase de perfumes, a pesar de que, dadas las circunstancias, no podíamos salir mucho por ahí para que luciese todo aquello.

El tiempo fue pasando y Mariluz cada vez se iba volviendo más tirana conmigo. Diré más todavía, ya ni le apetecía apenas hacer el amor y eso a mí me hizo preguntarme el porqué y el dónde había quedado aquella mujer tan fogosa a la que cualquier ocasión y lugar le venía bien para hacerlo.

Para postre, se excusaba de continuo en que estaba cansada por el trabajo para ir echándome día a día más obligaciones con las niñas, cosa que, por cierto, no es que me importase, ya que las he adorado a las dos desde el preciso instante en que asomaron sus cabecitas a este mundo.

Pero ¿que estaba cansada por el trabajo? Eso sí que no colaba. Yo trabajaba más del doble de horas que ella y nunca me quejé por ello. A medida que fue pasando el tiempo se fue volviendo más distante y nuestra historia comenzó a caer en picado.

Le dio también por salir por ahí con Tina, una fisioterapeuta que trabajaba en su centro, soltera y sin compromiso y que a mí no me dio buena espina de entrada. Yo no decía nada con tal de no perderla, aunque no imaginé que aquellos pasos se correspondían asimismo a su deseo de aburrirme por completo.

Fue entonces cuando se cruzó en mi camino Raquel, una chica rubia preciosa, recién llegada a Barcelona para buscarse la vida. La conocí de casualidad, y es que vino a recoger cierta documentación a las oficinas donde yo trabajaba como segurata.

Ya desde el comienzo vi cómo me miraba, pero sus intenciones me quedaron bastante más claras el segundo día que se dejó caer por allí con las mismas, cuando me preguntó al salir si podía invitarme a un café para hablar conmigo.

Aunque no me parecía correcto aceptar su proposición, me lo pensé un momento y me dije que con eso tampoco estaba haciendo nada malo. Evidentemente, la mujer venía en plan tirada de tejos total, pero le corté las alas en seco contándole mi situación personal.

Por supuesto, se quedó planchadísima y ahí quedó la cosa. El tema es que ella, por su trabajo, tenía que seguir yendo por las oficinas con cierta frecuencia a por papeles, o sea, nos teníamos que seguir viendo sí o sí.

De vez en cuando, al salir, Raquel se paraba unos minutos a fumarse un cigarro conmigo en la puerta y yo, sin poderlo remediar, fui sintiéndome cada vez más atraído por ella.

El tiempo seguía corriendo y mi situación en casa, lejos de mejorar, empeoraba por instantes. Una noche, cuando las niñas ya dormían, abordé a Mariluz para plantearle que me estaba cansando de sus desplantes, de sus malas contestaciones, de su indiferencia y demás. Juro por Dios que, contra lo que pueda parecer, no quería poner punto final a lo nuestro sino lo contrario, pero lo que me encontré fue ya el colmo.

—¿Ah? ¿Qué el señorito no está contento conmigo?

—Mariluz, razona, yo no he dicho eso.

—¡Encima me tomas por tonta! Lo has dicho con otras palabras, ¿pues sabes qué te digo yo? ¡¡¡Que ahí tienes la puerta!!!

—¿Pero qué coño estás diciendo?

—¡¡¡Lo que escuchas!!!—gritaba enfurecida—. Por mí, ya estás recogiendo todas tus cosas y largándote de aquí.

No me podía creer lo que escuchaban mis oídos y, lógicamente, no le hice caso. Traté de tranquilizarla como buenamente pude y lo conseguí. Al menos por esa noche, porque los días

siguientes se convirtieron ya en un verdadero calvario del que no sabía cómo salir.

Mariluz me “facilitó” la salida del laberinto. Y nunca mejor dicho, por muy doloroso que me resultara el tema entonces, y es que una tarde, al volver a casa, ya me tenía embaladas en la entrada casi todas mis cosas para sacarme de su vida. Tal cual.

Sobra decir que el mundo se me vino encima, pero aunque terminar nuestra relación era una decisión bilateral no me quedó otra que acogerme a su deseo y regresar a casa de mi madre.

Por poco tiempo. Es cierto que lo estaba pasando francamente mal, sobre todo, por mis hijas, pero esos cafés que empezamos a tomarnos Raquel y yo cada vez con más frecuencia eran un soplo de aire fresco para mí que pronto derivó en otras cosas.

Con la madre de mis hijas no había vuelta de hoja posible, es más, inexplicablemente, me tenía una inquina impresionante, y aquella rubita de nariz respingona no desaprovechó la oportunidad. A qué negarlo, a mí ella me tenía ya bastante encandilado y finalmente pasó lo que tenía que pasar.

A los tres meses, nos fuimos a vivir juntos. Sé que a muchos les parecerá una locura enorme porque tres meses no eran nada, pero así lo hicimos. Estábamos súper entusiasmados el uno con el otro y con eso nos bastaba.

Raquel ganaba bastante más que yo, casi el doble, con lo cual, no pasábamos apuros económicos. La verdad es que la pasión nos rebosaba a ambos por las orejas y nuestra convivencia era un remanso de paz. Disfrutábamos de todo; desde esas escapaditas de puente cuando mis horarios me lo permitían hasta los detalles más simples, como meternos codo con codo en la cocina a preparar la cena mientras nos tomábamos una cervecita.

La encimera, si pudiese hablar, podría corroborar mis palabras, pues no fueron pocas las veces que lo hicimos allí mismo. Pero estaba visto y comprobado que yo era un pobre desgraciado condenado a no encontrar la estabilidad sentimental y todo aquello que parecía que nunca iba decaer, un buen día comenzó a desinflarse y de qué forma, señores.

Ya llevábamos unos añitos de felicidad cuando, prácticamente de un día para otro, Raquel pegó un

cambio de ciento ochenta grados. Por tanto, eso sí que me pilló por sorpresa. Con Mariluz, se veía venir el fin porque su cambio fue gradual, pero con la otra... ese sí que fue un estacazo ya mortal para mí.

Una noche de viernes, al llegar a casa como de costumbre, no la vi. Lo que sí vi al entrar en el salón fue una nota en la mesa que por poco me deja el corazón helado.

“Estoy muy agobiada y me marcho una temporada a casa de mis padres. Por favor, no me busques”.

Sí lo hice, claro, pero de nada me sirvió. Raquel, según me enteré más tarde, había conocido a otro y se marchó por la puerta trasera, cerrando por fuera con llave.

Ese otro mazazo me dejó herido de muerte y supuso para mí el nuevo regreso a casa de mi madre. Me dije que nunca más, que no quería saber nada de mujeres. Por lo menos, con mujeres que buscasen un compromiso a corto o largo plazo. Tiempo después, sin haberme recuperado aún de ese segundo palo, conocí a Mara...

Capítulo 18



Qué verdad esa que dicen de que la mentira tiene las patas muy cortas, sí. Y las mías con Hugo ya habían terminado al contarle lo de la existencia de Alfredo.

Lo que no podía imaginarme aquel mediodía de sábado era que con el otro que seguía en Torrejón mis embustes también estaban tocando a su fin. Mi amante y yo habíamos planeado ya la siguiente función para esa noche, pero tantas horas por delante se me representaban como una eternidad.

Por consiguiente, se me ocurrió una buena forma para verle un rato y acortar así tan larga espera y, de paso, darle una sorpresita a mi tío, que bien se merecía el hombre un detalle mío. Llamé a Hugo para tantearle.

—Me preguntaba si andas muy liado esta mañana.

—No mucho. Tengo que llevar a mi madre con el coche al super para hacer la compra de la semana y poco más. ¿Por?

—Ah, no, déjalo entonces.

—No, pero dime, ¿qué quieres?

—Nada, en serio. Era para que me acercases a mí también a buscar un perfume para mi tío.

—Puedo hacerlo, Mara. A ella le da igual que vayamos ahora por la mañana que después de comer.

—¿De verdad?

—De verdad.

Era cierto que quería comprarle algún perfume que no me costase muy caro, dado que mi bolsillo ya andaba bastante flaco a esas alturas, porque había visto allí en la repisa del baño que el frasco de colonia que mi tío usaba estaba ya más seco que una mojama.

Siendo como era un hombre tan coqueto a pesar de sus achaquillos de salud, le haría mucha ilusión ir perfumado como todo un señor a las consultas médicas que tenía a la vuelta de la esquina. Y a la vuelta de la esquina me esperaba a mí también el marronazo más grande de mi vida. Si lo llego a saber antes, directamente me cago patas abajo in situ.

A mi tío le dije que me iba con Masé a aquel centro comercial a encargarme una tarta personalizada con el escudo del Barça para celebrar el santo de su padre y pocas más explicaciones le di, salvo que estaría de sobra en casa a la hora del almuerzo.

—Tranquila, hija. Haz lo que tengas que hacer.

—¡Qué bueno eres, leñe! —le dije, dándole un achuchón antes de alzar el vuelo una vez más.

—Y tú qué brujilla...

Ya puestos, Hugo y yo dimos unas cuantas vueltas por aquellas tiendas de deporte que, según pude comprobar, le fascinaban. Se compró unas zapatillas Adidas que estaban súper rebajadas e incluso se ofreció a regalarme un top de licra en el que posé los ojos.

—Te lo agradezco, pero no puedo aceptarlo—Aunque su detalle me encantó por lo inesperado, sobre todo, me daba apuro aceptarlo, así como así, sabiendo que él también andaba siempre muy

justo de dinero.

—¡Anda, mi madre! ¿Y se puede saber por qué?

—Hugo, pues porque a ti tampoco te sobra la pasta.

—Bueno, mujer, pero para lo poco que cuesta, tampoco me va a cambiar mucho la situación.

Vi además la decepción en sus ojos por mi negativa, así que terminé accediendo a que me regalase aquella prenda. De allí nos fuimos a tomar una caña en una cafetería de la planta de ocio y, en teoría, sería lo último que hiciésemos antes de regresar a nuestras respectivas casas.

Digo en teoría porque realmente no ocurrió así, como puede deducirse. Cuando vi que Hugo tomaba un desvío hacia un polígono industrial de la ciudad, me extrañé.

—¿A dónde vamos?

—¿Tú que crees?

No tuve que preguntar más para saber ya a dónde íbamos. Mejor dicho, a qué íbamos a aquel descampado donde paró el coche después de dar unas vueltas por allí inspeccionando el terreno.

—Estás loco...

—Sí, pero por hacerlo contigo, morena mía...

Morena suya y loco por hacerlo conmigo. Era como la cara y la cruz de una misma moneda. Reconozco que eso de “morena mía” me había sonado muy bien pese a que yo era realista y, por tanto, muy consciente de lo que representaba por el momento para él.

Por hacerlo conmigo... pues sí, ahí estaba el quid de la cuestión. Lo mismo con el futuro lo

nuestro avanzaba en otra dirección, lo mismo no nos movíamos de ahí en la vida. Cuantas dudas, madre mía. Lo único que tenía claro es que sería capaz de cualquier cosa que me pidiera.

Para no variar, nos hinchamos en los asientos traseros de su coche a plena luz del día y sudamos los dos dentro de aquel habitáculo como si hubiésemos corrido una maratón.

No me molesté ni siquiera al terminar en volver a ponerme el sujetador y lo metí en el bolso. Ya me ducharía en cuanto llegase a casa de mi tío y me pondría ropa cómoda antes de comer.

Me atusé un poco el pelo con las manos como pude e intenté corregir con la yema del dedo el lápiz de ojos. De nada me sirvió. Entre el lápiz, el rímel y la descomunal sudada, más que una mujer que regresaba de un centro comercial, parecía un desaliñado oso panda que corría a su guarida.

De camino, recibí un WhatsApp de Alfredo.

—¿Qué tal? ¿Dónde andas? ¿En casa de tu tío?

—Sí. Bueno, no. Estoy llegando. Vengo de acompañar a Masé a un recado. Ahora cuando llegue a casa te doy un toque.

—Muy bien, chao.

Él sí que me dio un buen toque minutos más tarde. Más que un toque, el jaque mate y sin derecho a revancha. Segura de que a esas horas mi tío andaría ya trapicheando en la cocina con las sartenes porque yo le había dicho que llegaba enseguida, no me molesté en ocultarme.

Es decir, dejé que Hugo me parase en la mismísima puerta del bloque e incluso le hice aparcar.

—¿Un pitillo antes de irte? —le pregunté.

—Venga, va, pero bajamos, que ya sabes que no me gusta mucho que el coche apeste a tabaco.

No contenta con eso de fumar tan tranquila al solecito, apostada contra la puerta del coche, le consentí que me diese un último meneillo con disimulo y un morreo antes de subir. Iba en el ascensor temblorosa todavía por el “asalto” en el descampado y la posterior despedida, sin saber, ilusa de mí, que sería un camión cisterna de tila lo que necesitaría apenas media hora más tarde.

Con tanto cachivache en el bolso, no encontraba las llaves a simple vista cuando llegué a la puerta de mi tío, de modo que llamé al timbre. Me quedé muerta en el momento en que esta se abrió y vi detrás de ella no a quien yo esperaba que me abriese, sino al mismísimo Alfredo y con una cara que...

En fin, dicen que, si las miradas matasen, pues eso, lo mismo. No estaría yo aquí ahora contando todo esto. El sujetador rojo asomándose por el bolso fue ya el remate.

—Supongo que vienes de acompañar a Masé, ¿no?

—Alfredo, yo...

—Pasa, mujer, no te quedes en la puerta. Al fin y al cabo, aquí el único que sobra ya soy yo.

—Alfredo, por favor... tenemos que hablar.

—¡¡¡Y tanto que tenemos que hablar!!! —Era la primera vez que me gritaba de esas maneras.

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza y debió ponérseme la cara en un segundo del color de un burladero. Nada que ver con la palidez de la cera que mostraba el rostro de mi tío, a un metro por detrás de Alfredo.

Mayor sí, pero tonto no era mi tío. Le bastó mirarme a los ojos y echar una ojeada a mi bolso para entender lo que estaba ocurriendo; a qué se debía la cólera de aquel hombre que se había plantado en Barcelona para darme una sorpresa.

Pero la sorpresa se la llevó él y yo el sofocón más grande de mi vida, viéndome pillada in fraganti y sin defensa ya posible. Para qué contar el drama de los siguientes minutos entre aquellas paredes.

Aunque mi tío tuvo que intervenir en un par de ocasiones diciéndole que no le consentía “esos insultos a mi sobrina”, eso no quitó para que yo me llevara un disgusto de dos pares y aquel se despachase a gusto conmigo, poniéndome, pero a base de bien los puntos sobre las íes.

Con todo y con eso, no lloré delante de él, que era lo que me pedía el cuerpo. Aguanté estoicamente las lágrimas y no las solté ni siquiera en el momento en que se largó de allí. Mi pobre tío había intentado retenerle sin éxito, al decir finalmente que se marchaba por donde mismo había llegado.

—Alfredo, hombre, acabas de llegar como quien dice. No puedes coger otra vez el coche para volverte a Madrid así sin más.

—Ya no se me ha perdido nada aquí, Adriá. Se lo agradezco, pero tengo que irme.

—Descansa un rato. Échate en una cama y te vas más tarde.

—Le repito que se lo agradezco, pero no.

Y fue que no, lógicamente. Al menos, no tuvo la desfachatez de salir dando un portazo porque Alfredo tendría sus faltas, pero también educación y a mi tío le tenía bastante aprecio y respeto. Eso es lo único que me hubiese faltado ya, que se ensañase con él suponiéndole mi cómplice.

—Tu novio te estaba esperando en la ventana, hija—me comentó según se fue.

—Me muero de la vergüenza, tito. Me lo he imaginado en cuanto abrió la puerta y le vi la cara de pitbull.

—¿Y? ¿Me vas a contar de una santa vez qué enredos te traes? Mejor dicho, con quién.

Ya no me quedó más tutía que confesarle toda la verdad, o sea, quien era Hugo, cómo le había conocido y hasta qué punto estaba enganchada de él. Basta ya de mentiras, me dije, así que no tuve ningún reparo en contarle exactamente qué tipo de relación me unía a él.

—¿Y dices que él no se muestra tan encantado contigo como te gustaría?

—Eso mismo.

—Pues lo llevas claro, Marita. A ver qué vas a hacer ahora cuando vuelvas a Torrejón.

En ese punto de la conversación fue cuando me derrumbé y rompí a llorar desconsolada como una niña, y es que lo único que sí estaba claro en medio de aquel caos era que yo debía regresar a mi casa... pero “para recoger todas tus cosas y no volver a pisarla jamás porque no quiero volverte a ver en la vida”.

Esas palabras me martilleaban el cerebro por muchos motivos: no tenía un duro encima, no tenía trabajo en aquel momento, no tenía lugar alguno donde ir y sí la convicción de que, cuando cayese por tierras madrileñas, ya estaría en boca de todo el mundo.

A fin de cuentas, Torrejón no dejaba de ser un pueblo donde mucha gente se conocía y, en cuanto Alfredo se lo contase a sus padres, el tema correría inevitablemente como la pólvora.

No había tenido ningún pudor en ponerme en cueros aquel primer día en manos de Hugo, quien no dejaba de ser por aquel entonces un extraño al que no conocía más que por fotos y conversación. En cambio, me costaba meterme en ese otro futuro papel: la comidilla del vecindario.

Más lloraba todavía pensándolo, si bien puse todas mis esperanzas en Hugo, ese hombre que poco a poco iba cambiando conmigo. Saqué del bolso la bolsita con el top que me había regalado y me dije que sí, que cualquier cosa era posible en la vida.

Por la noche le expondría mi situación, todo lo que había pasado, que ya era libre

completamente...Y sí, sí que se me hicieron eternas las horas restantes hasta las nueve de la noche. Ahora, porque esta que está aquí ya no veía el momento de ver su reacción al enterarse de todo...

Capítulo 19



Si dicen que los toros tienen que ser a las cinco de la tarde, a mí las nueve de aquella noche se me representaron como la hora a la que tenía que abordar una faena que poco debía envidiarle a la de torear un mismísimo Miura, y eso que lo de los toros no es que me hiciera chispa alguna, que me daban tela de pena los animalitos.

—Tito, me voy ya a hablar con este hombre—le comenté con más miedo que vergüenza, y eso que de esta última me sobraban ya como dos toneladas.

—Pues nada, Marita, valor y al toro, aunque me da a mí en la nariz que ese hombre no quiere complicaciones.

—No me pocas más nerviosa, por lo que más quieras, que tus predicciones tienen más peligro que una piraña en un bidé.

Así era, yo siempre decía que mi tío tenía un viejo en la barriga, un sexto sentido (aunque no como el de la película, que gracias a Dios él estaba vivo y coleando) o lo que quiera que fuese aquello que hacía que donde pusiera el ojo pusiera la bala en cuanto a sus predicciones.

—Sobrina, si tampoco hace falta ser un coaching de esos de ahora ni como puñetas se diga, si basta con tener un poco de ojo para saber cuándo un hombre se viste por los pies y tiene buenas intenciones con una mujer.

—Un beso, señor Adriá, que la cabeza me va a estallar. —Salí despavorida de su casa.

El pobre de mi tío, entre que no estaba atravesando por un buen momento con aquello de su enfermedad, y que era de lo más cuadrulado, no concebía que de un hombre como Hugo pudiera salir nada bueno para mí.

Sin embargo, yo pensaba de un modo muy distinto. Miedo sí que tenía, y tanto, como para parar un tren más o menos, pero las ganas de intentarlo con mi amante dejaban a ese miedo en purititos calzoncillos.

Por aquellos paralelismos de la vida, quedamos para hablar no “*en el cuarto donde aquella vez te quitaba la ropa*” que cantaría Sabina en su célebre canción “Y nos dieron las diez...”, sino más bien en el mismo bar en el que le hiciera la confesión en relación con Alfredo.

E igual que en la mítica canción, yo pensé que nos darían las diez y las once, las doce, la una y las dos y las tres y que desnudos al amanecer nos encontraría la luna. Pero iba a ser que no, que el destino tenía para mí otros planes y que el chasco podría ser calificado más o menos que de monumental.

En mi declaración, como el de la canción, podría haber alegado que no le adelanté nada durante aquel día porque no me pareció de recibo tratar un tema tan delicadísimo por teléfono y mucho menos por WhatsApp, que me parecía un medio de comunicación más frío que el abrazo de una suegra; por mucho que los nuestros hubieran podido fácilmente hacer que hirvieran nuestros terminales en más de una ocasión.

—Hola, Hugo—le dije al verlo aparecer, pues mis nervios hicieron que incluso acudiera antes a la cita y ya le esperara sentada.

—Hola, niña—me contestó en ese tono más condescendiente al que ya me estaba acostumbrando.

Me encantó escuchar esas dos palabras juntas dirigidas hacia mi persona. Eso es lo que yo quería ser su niña, su compañera de aventuras, su amante, su musa... En dos palabras, su mujer.

—Pues verás, vengo con un notición bárbaro, sé que no te lo vas a creer y no me extraña, porque yo todavía estoy en shock.

—Pero ¿te encuentras bien?

Sin duda que él notaba en mi cara que no. Por mucho que había tratado de disimularlo echándome tres chorros de colirio en cada ojo antes de salir, los de servidora lucían abultados como dos huevos duros, por la panzada de llorar que me había dado durante el día.

—No, no estoy muy bien, no puedo mentirte. Ni quiero, ¿eh? Que bien escarmentada que estoy y que deseo que la relación que construyamos entre los dos sea de lo más sólida.

Y ahí el primer martillazo, sin esperar a más tarde porque, ¿para qué?

—Mara, por favor, ¿de qué relación me estás hablando? Me da a mí en la nariz que tú tienes muchos pajaritos en la cabeza, te lo habrán dicho más de una vez.

Si en ese momento me arrancan la cabeza y la utilizan para jugar con ella un partidito de fútbol, me duele menos.

Las palabras de Hugo me resonaron como totalmente desprovistas de humanidad y justo eso, la humanidad, era lo que yo necesitaba a raudales en el momento más jodido de mi vida.

—Hugo, espera, no sabes lo que tengo que decirte todavía, igual no me he explicado bien.

—O igual te estás pasando tres pueblos, Mara, pero dale.

De nuevo era Mara y ya no había rastro del “niña” en su vocabulario.

—Es que Alfredo me ha pillado con las manos en la masa.

— “Con las manos en la masa” era un programa de cocina que veía mi madre cuando yo era chiquitillo, Mara, explícate—carraspeó.

—Pues que cuando he llegado esta mañana con cara de haberme corrido la madre de todas las juergas (enseguida caí en que el término “corrido” era de lo más desafortunado en ese momento), Alfredo estaba en casa de mi tío para darme una sorpresa.

—Y claro, se la has dado tú a él...

—La más grande de su vida, aunque para grande la que me ha montado él, te puedes figurar...

—Me puedo, me puedo... Y ahora, ¿qué?

—Pues que no quiere verme ni en la hora de su muerte, eso me lo ha dejado pero que muy clarito, ¿sabes?

—Normal, bueno Mara, pero que no te apures tanto, mujer. Te digo yo que de todas estas historias se sale, y mira que yo puedo escribir un libro...

Dotes de escritor no sabía yo si tendría no, pero de cínico... De cínico una cosita mala, ahí le podían dar el título con matrícula de honor.

Me odié a mí misma y odié el maldito día en el que me dio por fisgonear en el face, que tanta ruina me había traído.

—Ya, eso es fácil de decir, pero las cosas no están para echar las campanas al vuelo, que ni curro tengo y eso no es todo...—Hice un descanso antes de embalarme y después arrepentirme.

—¿No? Pues dale, venga, mujer... A lo hecho, pecho, dale sin miedos.

Vale, vale, que igual era eso. Lo mismo a mi Hugo lo que le ponía de verdad de una mujer es que no tuviera pelos en la lengua y le mostrara sin tapujos lo que sentía.

—Pues que yo creo que sería la ocasión ideal para que tú y yo nos replanteáramos la situación y nos tiráramos a la piscina.

—Esto es un bar, Mara, no un club de pijos. Aquí no veo yo piscina alguna. —Maldije su ironía por unos instantes, pero de perdidos al río y ya le soltaría todo lo que pensaba.

—Déjate de chorradas, anda, que me parece que ya somos mayorcitos.

—Sí, y el que te escucha más todavía, y me estoy quedando un poco de piedra, Mara. Lo que tú pretendes es un despropósito, yo no te he prometido nada en ningún momento...

—Entonces, ¿estás cortando conmigo? ¿Es eso?

—No es eso, mujer. Tú y yo tenemos un feeling en la cama que no se lo salta un galgo, me pones berraco total y lo sabes, pero de ahí a irnos a recorrer el mundo de la mano, va un abismo. Es muy temprano y me faltarían un montón de copas para digerir algo así.

A mí sí que me iban a faltar un montón de copas para digerir aquella conversación que me estaba resultando más amarga que la hiel.

—Ya me hago a la idea, que el problema es mío, que tú no me has puesto un puñal en el pecho para que hiciera nada y que ya me puedo volver a Torrejón cuando me plazca, ¿es eso lo que me estás diciendo? —le pregunté con la mencionada sensación de amargura creciendo por momentos.

—Tampoco es eso. Yo no he dicho que quiera romper contigo, podemos seguir viéndonos, pero no nos vamos a casar, como tú comprenderás, ¿me explico?

—Como un maldito libro abierto te explicas y mejor no te cuento yo lo que me duelen tus palabras.

—No pretendo herirte, Mara, solo es que creo que yo no soy el tipo de hombre que tú has

pensado.

Y ahí ya se había excedido, porque yo en ese instante no lo calificué como un tipo de hombre determinado, ya que no me pareció ni un hombre.

—¿Y tú? ¿Qué has pensado tú? ¿No te parece que esta podría ser la situación ideal para que nos planteáramos un futuro en común? No somos dos niños que estemos jugando a las casitas, por el amor de Dios, qué fuerte ya...

Lo solté así porque me salió del alma y, aunque observé cierta contrariedad en su cara, no hubo un solo gesto de Hugo que me hiciera pensar que iba a mover ni un dedo más porque lo nuestro funcionase.

—Venga, Mara, no te lo tomes así, lo pasamos bien juntos, ¿no? ¿Por qué necesitas que las cosas vayan a más?

—¿Por lo que el resto de las personas? ¿O es que tú solo vas buscando un polvo de calidad y luego si te he visto, no me acuerdo? Porque si es así, me he equivocado de persona, que lo sepas.

—Venga, guapa, si tenemos mogollón de complicidad tú y yo... Nos lo podemos pasar de fábula, no quieras romper esto que tenemos.

—¿Esto que tenemos? Perdona Hugo, pero ha llegado el momento de poner las cartas encima de la mesa. Esto que tenemos tú y yo es un mojón pinchado en un palo y sin visos de enmienda, por lo que veo. Para lo que tú me das, que sepas que hay una cola que rodea Barcelona, pues eso no compromete a nada.

—¿Me estás diciendo con eso que quieres dejarlo?

—Dejar, ¿qué, Hugo? Si eres tú quien me lo está diciendo alto y claro. Si tú y yo no tenemos nada, tampoco hay nada que dejar, ¿o me equivoco?

Capítulo 20



Ríos de lágrimas fueron los que derramé camino de la casa de mi tío. Tantos que a punto estuve de chocarme con una señal de tráfico y abrirme la frente. Hubiera sido lo que faltara...

El reloj marcaba las once menos cuarto cuando entré por las puertas de su casa y mi rostro cariacontecido evitó que fuera mi boca la que tuviera que hablar.

—Buenas noches, sobrina. Aunque intuyo que de buenas para ti no tienen nada, ¿verdad?

—Intuyes bien, tito, intuyes bien. —El dorso de la mano me estaba sirviendo de improvisado klínex para intentar borrar las lágrimas de mis ojos.

Vano intento, pues borrarlas todas era como intentar frenar la lluvia con un parabrisas; podrías borrar algunas gotas, pero otras aparecerían en su lugar.

—No ha querido saber nada de la cuestión, yo lo veía venir—murmuró.

—Tito, no me vayas a decir lo de “te lo advertí”, tú no, que bastante me va a caer en cuanto ponga un pie en Torrejón.

—Yo nunca te voy a juzgar mi niña, solo es que daría lo que no tengo por poder quitar el gesto de sufrimiento de esa carita bonita.

—¿Qué sufrimiento, tito? —Esboqué la más forzada de las sonrisas con tal de sacarle otra a él.

—Venga, ¿nos bebemos un culinchín de anís? —me preguntó mientras iba ya camino del mueble de los licores.

—Ay, tito, la botella entera me pimplaba yo ahora mismito, que no veas lo que me gustaría perder el sentido.

—Pues si tenemos que agarrar una borrachera cada uno, bienvenida sea, hija. Que no sería la primera ni la última, y una vez al año no hace daño.

Mi tío, que era de lo más prudente, no sabía cómo bailarme el agua con tal de que yo quitara aquella cara de aflicción.

—Lo que me faltaba, tito, que dicen que no hay nada más malo que una tajada de anís, por lo visto te quieres morir.

Vi que el semblante de mi tío cambió al escuchar lo de “morir” y comprendí que yo no estaba muy fina últimamente.

—No se hable más, entonces, un culinchín o dos y nos vamos a la cama.

—Eso “*que hay que descansar, para que mañana podamos madrugar...*”—canté y le saqué la sonrisa, cual era mi propósito.

Al final, ni lo uno ni lo otro, tres culinchines, suficientes para empuntarnos los dos, pero sin tener que llegar a la cama a cuatro patas.

Cuando amaneció el lunes, la que suscribe se quería morir. Y no porque me hubiera tajado, que ya digo que no llegó la sangre al río, sino porque el comienzo de la semana supuso para mí una especie de punto de inflexión que no sabía muy bien cómo digerir.

—Tito, yo creo que debería aprovechar el billete de tren y no volverme a Torrejón hasta el jueves,

como tenía pensado—le conté según se levantó.

—Hombre, Marita, si te parece coges la puerta hoy, ¿a santo de qué? Quédate ya estos días conmigo y te recuperas, y ya luego te vuelves a Torrejón y arreglas tu vida, que falta te hace.

No voy a negarlo, hubiera dado un riñón en ese instante porque mi tío Adriá me hubiera ofrecido la posibilidad de quedarme a vivir con él, pero no fue el caso. Bastante hacía el hombre con ofrecerme alojamiento, comida y cariño a borbotones cada vez que se me metía entre ceja y ceja plantarme en su casa. Pero parecía que hasta ahí.

Huelga decir que tampoco iba a salir de mi boca una palabra relacionada con eso que tanto ansiaba, porque una cosa sería que él me lo ofreciera y otra muy distinta que yo tuviera el morro de poner al hombre contra las cuerdas con semejante historia.

Ni ganas de levantarme tenía, pero mi tío no se merecía verme como un alma en pena todo el día vagando por la casa. Y yo no iba a ser tan egoísta de hacerle pasar por ese trance, vivía Dios que no.

Le ofrecí ir a desayunar, pero ese día, que pintaba más gris que los anteriores (y no me refiero a nuestro estado de ánimo, que también, sino al cielo), mi tío rehusó mi invitación.

—Marita, hija, hoy no tengo ganas de coger la calle. Me encuentro cansado, pero eso no quiere decir que tú te tengas que quedar entre estas cuatro paredes, que para eso eres una niña y yo un viejo. Llama a tus amigas, esas que te han servido de coartada en más de una ocasión, y ahora que te sirvan de compañía.

Desayuné con mi tío y después de quitarle las ventanas del lavadero y limpiárselas, me dispuse a darme una ducha.

—Muchas gracias, hija, que las ventanas tenían más mierda que la bombilla de una cuadra. Yo no me apaño mucho con los cristales, a veces me parece que los dejo peor que estaban.

—No exageres tito, pero ya los tienes relucientes para una temporadita. Bueno, eso si no caen chuzos de punta, que eso los deja de pena.

—O si no salgo yo andando para...

Se contuvo a tiempo, pero yo escuché el final de la frase como si efectivamente lo hubiera pronunciado.

—¿Andando para el otro barrio? No te lo has creído ni tú, ¿eh? Tito tú no vas a tener nada y dentro de poco lo vamos a estar celebrando.

Me puse ropa deportiva, me calcé unas zapatillas y me fui un ratito a tomar un café con mi amigo Albert, que a ese no le había visto el pelo todavía.

Aunque me juré a mí misma que no volvería a ver a Hugo, por el camino miré varias veces el teléfono con la esperanza de que hubiera reulado. Pobre ilusa, en eso debía estar él pensando, en que yo era la mujer de su vida. Y una mierda para mí, ya de paso...

Clara y Masé andaban liadas aquella mañana y Albert estaba libre, por lo que me había caído como agua de mayo.

—Lagarta, creía que te volvías para los madriles sin tomarte ni siquiera un cafecito conmigo, ¿cómo estás aparte de guapa? —me preguntó al verme.

De guapa no es que me viera yo nada en ese momento, pero al menos me había recompuesto un poquito para tener aspecto de persona y, por si por un casual sonaba la flauta en algún momento y Hugo daba señales de vida.

Sí, sé que puedo estar dando la impresión de arrastrarme delante de él, es innegable, pero por algún extraño sortilegio de la vida yo seguía atada a él actuara como actuara.

—¿Y no habrá alguna especie de “Proyecto Hombre” para desengancharte de un tipo de estos

cuando no te conviene? —Pensaba en alto mientras Albert se echaba las manos a la cabeza después de escuchar todo lo que de mi boca había salido.

—Un buen palo, eso sería lo que yo te diera, un palo que te abriera la cabeza y ya si eso, borrón y cuenta nueva. Todavía eres capaz de ir corriendo a sus brazos si él te lo propone, cuando deberías escupirle en toda la jeta si le da por aparecer.

Albert era otro que no se andaba con tapujos y al que le gustaba aquello de “las cosas claras y el chocolate espeso”. Yo podía entenderlo, si alguno de mis amigos me hubiera contado el cuento que yo tenía para ellos, no hubiera vacilado en que lo suyo era dejar al energúmeno en cuestión más tirado que una colilla, pero qué cierto era lo de que es muy fácil ver los toros desde la barrera.

Aquel día pasó sin pena ni gloria. Antes de almorzar volví a pasar por la Boquería y cogí algunas viandas de las que hacían las delicias del señor Adriá y que se empeñó en pagarme sí o sí en cuanto se las metí por la puerta.

Por la tarde me apoltroné en el sofá, esperando que allí me las dieran todas... Una película de las de Sarita Montiel, que le encantaban a él, no sirvió de compañía...

Y apoltronada, apoltronada, vi llegar el jueves, sin hacer más durante aquellos días que dar algún paseíto corto con mi tío y tomarme un par de cafés con mis incrédulas amigas.

—Tito, ya me tengo que ir, pero volveré a verte muy pronto. Y en cuanto sepas algo de las pruebas ya me lo estás largando, ¿eh? Que como va a ir fenomenal, me planto aquí en un plis para celebrarlo.

Quisiera Dios que así fuera, por su salud... Aunque lo de que me plantaría allí estaba por ver, que con semejante panorama, yo lo que debía hacer era ponerme a trabajar a destajo para levantar la cabeza de una vez por todas.

Pese a que eso era indudable, quedaba por salvar el escollo de sacar todas mis pertenencias de la que había sido la casa de Alfredo y mía durante todo aquel tiempo.

Ni a hablar conmigo por teléfono se había dignado la anterior noche y ello pese a que teníamos que llegar a un acuerdo sobre cómo hacer aquello del modo más civilizado posible. Sí había hablado con mi tío, al que le encargó que le pusiera un WhatsApp con mi hora aproximada de llegada.

“Estaré en casa sobre las cinco de la tarde. No te entretendré demasiado, recogeré todo y saldré pitando”.

Ese fue mi breve mensaje, pues no sabía ya ni cómo dirigirme al que había sido durante tanto tiempo mi novio.

“No me entretendrás porque yo no estaré. Entra, coge tus cosas y deja la llave en la entrada”.

Me lo podía decir más alto, pero no más claro. Obvio que no quería ver mi cara ni por casualidad y, aunque yo tampoco tenía ninguna gana de escuchar sus reproches, aquello me sonó de lo más doloroso.

Acabar así, sin siquiera poder decirnos un adiós, darnos un abrazo o desearnos que nos fuera bien, era algo que yo no querría ni para mi peor enemigo, pero yo me lo había ganado a pulso por niñaata.

Iba a entrar en la zona de embarque, con lágrimas en los ojos por la visión de aquel frío mensaje, cuando me invadió un escalofrío difícil de describir.

“Te sienta fenomenal ese jersey verde”.

El mensaje, como no podía ser de otra forma dados los escalofríos que me provocó, era de Hugo.

Me volví y lo vi a escasos cinco metros de mí. Recordé las palabras de mi tío, de Albert, de Clara, de Masé y hasta predije las que me diría Aurelio cuando me viera.

Era consciente de que Hugo no había apostado nada por mí, de que no había servido ni para insuflarme algo de aliento en una circunstancia tan dolorosa, pero la única verdad era que me moría por correr a sus brazos, loca de ilusión como estaba por ver si había recapacitado y tenía una propuesta de futuro para nosotros.

Algo de dignidad sí me quedaba, al menos y no le manifesté esa alegría abiertamente, sino que contuve mis emociones.

—No te esperaba—titubeé cuando llegué a su altura.

—Ya, lo suponía, no estuve a la altura el otro día, siento haberte dejado así. Entiendo que no es plato de buen gusto para ti este por el que estás pasando.

—Así es...

—Quería venir a desearte un buen vuelo y a decirte que eres una mujer extraordinaria.

—¿Solo a eso? —A la alegría inicial porque estuviera allí le siguió un nuevo jarro de agua fría, porque no era eso lo que yo esperaba escuchar.

—Sé que mereces mucho más, lo que pasa es que mis circunstancias son las que son y...

—Son unas circunstancias de cobarde—sentencié y giré sobre mis talones.

—No deberías juzgarme con tanta ligereza, Mara, tú no sabes por lo que yo he pasado...

—Pues no, no las conozco entre otras cosas, porque tú no te has molestado en explicármelo. Claro que para qué, si solo soy una chica con un montón de pajaritos en la cabeza...

Capítulo 21



La aludida anteriormente amargura de la hiel se quedó corta comparada con la que sentí durante aquel vuelo.

Pienso, eso sí, que Hugo no esperaba que yo reaccionara como lo hice. Y era lógico, ya que había permanecido durante demasiado tiempo subyugada a sus caprichos y a sus desplantes.

Por fin tocaba despertar a la vida. Jamás me había tenido por una pusilánime y, de hecho, apenas reconocía esa actitud en la mujer que había sido capaz de ir hasta Barcelona y, látigo en mano, dejar como el que se tragó el cazo a un tío que parecía haber toreado en varias y distintas plazas...

Era muy fuerte pensar que luego me hubiera hundido en el pozo de amargura que para mí suponía estar en sus manos... dado que sus manos me trataban como si fuera una marioneta.

Visto desde fuera, lo mío con Hugo no tenía nombre. Hacía falta ser tonta de capirote para creerse todas las patrañas de quien solo me había utilizado. Y lo peor de todo no era eso. Lo peor es que me había costado lo indecible dejarlo en el aeropuerto con la palabra en la boca en vez de mordérsela, demostrando cuando lo deseaba.

Pero no, borrón y cuenta nueva, haber mordido esa boca hubiera representado volver a morder el anzuelo. Y una no estaba tan tarada... o al menos debía actuar como si no lo estuviera.

En cierto modo, que se hubiera presentado en el aeropuerto era algo que me había vuelto a descolocar. Y si digo que no había servido absolutamente para nada, miento con la boca grande...

Yo llevaba días muerta en vida por no tener noticias de él pese estar en Barcelona y me hubiera jugado el cuello a que dejaría que me fuera sin dar señales de vida. Pero claro, que hubiera aparecido no significaba que yo directamente le tuviera que bailar el agua y ya...

En pocas palabras, yo esperaba un poquito de por favor y que su aparición se tradujera en que por fin había rectificado y no en que le remordiera la conciencia y quisiera decirme lo formidable que yo era. Para eso me valía y me bastaba yo solita.

Pensé en ser yo quien le bloqueara a partir de ese momento, pero concluí en que no iba a ponerme a su altura, que bastante me jodió cuando me lo hizo él.

Sí, me había tocado la fibra sensible, pero en vano; mi vida debía seguir al margen de ese amante que seguía suponiendo para mí todo un misterio.

Tampoco es que fuera a estar cambiando a cada momento mi foto del perfil acompañada de frases que dieran a entender que era más feliz que una perdiz. No era eso. Se trataba, simple y llanamente de seguir con mi día a día, mostrando hacia él absoluta indiferencia.

Por fin aterrizamos y en cuestión de unos minutos, ya que no había facturado maleta, estaba en brazos del buenazo de Aurelio.

—Mara, anda que no te he echado nada de menos y anda que me has echado cuenta por el WhatsApp—me recriminó en el mejor tono cuando lo abracé fuerte.

—No tenía ganas ni de mirarme, amigo. Seguro que ya estás al tanto de lo ocurrido por mis padres.

—Sí, me lo han contado, ya sabes que tu novio se plantó en su casa y los puso al corriente de todo. Ellos lo escucharon, porque qué iban a hacer si no, pero su hija eres tú y a ti a quien quieren, no temas.

—Ya, pero tienen que estar que trinan conmigo. Y no les culpo, vaya vergüenza, esto tampoco es plato de gusto para ellos, que además no tienen ninguna culpa.

—Sí, bueno, creo que tus suegros también les hicieron una llamadita la otra noche, pero se columpiaron un poco y ahí tu padre ya sí que puso pie en pared, porque tampoco tienen por qué consentir que se digan según qué cosas, bueno está lo bueno.

—Ya, lo que pasa es que “tal cosa te digan, tal corazón te pongan” y su hijo les habrá puesto la cabeza como un bombo.

—Pero que tampoco se puede escupir para arriba que, si antes lo haces, antes te cae todo encima. Y tus suegros unos pocos de cuentos siempre han tenido, no me digas que no.

—Igual sí, pero que no son culpables de esto, que la única culpable soy yo.

—¿Tienes el cilicio en la pierna? —me preguntó mientras revisaba mi muslo.

—¿Qué dices, loco?

—Que si tienes el cilicio para apretártelo un poquito, como te estás poniendo la penitencia tú solita, pues eso.

—Déjame de bromas anda, que no tengo fuerzas ni para echar viento.

—Pues ahora es cuando debes sacar fuerzas de flaqueza, que no veas si tienes un percal bueno por delante. Y de Alfredito y los suyos ni te vuelvas a preocupar que, como se pongan farrucos, saco yo la vena de la Benemérita y los entero de lo que vale un peine.

—Ya te veo hasta con el tricornio, amigo...

Cogida de su brazo, en el que encontré fuerzas, me dirigí a la que había sido mi casa hasta entonces.

—Un millón de gracias por acompañarme y encima con una furgoneta, si es que vales un potosí. Tengo que darte el dinero de su alquiler, ¿eh’

—Sí, como andas tan sobrada... ¿Subo contigo?

—Si quieres...—murmuré, pues me daba una impresión tremenda subir sola.

Cuatro brazos cargan más que dos, y si encima eran fuertes como los de Aurelio, mucho mejor todavía...

Me resultó un poco patético, no voy a decir lo contrario. Vale que yo me había pasado tela del telón de lista, pero aquello... Lejos de tener el aspecto de siempre, la casa que habíamos compartido parecía otra.

Con todas mis pertenencias guardadas ya en maletas y cajas, algo que Alfredo habría hecho para que permaneciera allí el mínimo tiempo imprescindible, de nuestras fotos no quedaba ni rastro. En cambio, en los marcos de estas, aparecían diversas instantáneas suyas con sus amigos, puro postureo de los últimos días...

Se veía que desde su vuelta no había parado en casa, dándole a la fiesta que era un gusto y corriendo a toda velocidad a enmarcar aquellas “hazañas” que ahora pendían de sus paredes y en las que no faltaban algunas chicas, compañeras de correrías.

Hice como que no las veía, igual que Aurelio, que negó con la cabeza pensando en que aquello era una chiquillada.

—Ahora no vayas a mirar atrás. Mara, tú más digna que Don Rodrigo en la horca—me advirtió mientras salíamos con las maletas y nos dirigíamos a nuestro siguiente destino; la casa de mis padres.

Vergüenza, lo que se dice vergüenza, pasé cuando entré en ella.

—Mara, hija, ¿cómo estás? —Mi madre me abrazó amorosamente pese a que en sus ojos adiviné la decepción que sentía.

—Apesadumbrada por haberos hecho pasar por este trago. Lo siento, mamá, lo siento de verdad.
—El caudal de mis ojos compitió con el del Ebro cuando por fin me vi en sus brazos.

—Ya estás en casa, mi niña, ya estás en casa. Si no eras feliz con él, no tenías por qué aguantarle toda la vida...

Mi padre salió en ese momento de la cocina y me tiré ipso facto en sus brazos.

—Lo siento, papá, lo siento...

—Mara, no te voy a decir que esté en absoluto de acuerdo con cómo has hecho las cosas, pero nosotros somos tus padres y no te vamos a dejar de la mano nunca. Aquí nos tienes para los que nos necesites.

No esperaba menos de ellos, pero eso no me hacía sentir mejor. Cuanto más me daban, más sensación tenía yo de que les debía... Si al menos hubiera apostado fuerte por alguien que mereciera la pena, pero por Hugo... Joder, me había lucido y, lo peor de todo era que seguía sin podérmelo sacar de la cabeza.

Unas horas más tarde, tras dormir una reparadora siesta que me hizo percibir la realidad de otra manera, me fui con Aurelio a tomar un café.

—Esa mujer es amiga de mi suegra y no veas cómo me está mirando—le dije cuando me senté en la cafetería.

—También es casualidad que esté aquí la Merkel esa, que tiene una cara de Merkel que tira para atrás...

Aurelio era de lo más gracioso.

—Sí, un poco rancia sí que es. Ahora ya el colmo, igual le cuenta a su amiga que también estoy liada contigo. No, si verás que para una vez que maté un gato...

—A mí plin, que vengan a pedirme explicaciones, si hasta podría ser tu padre... No creo que la alcahueta esa tenga valor de decir tal cosa. Y en cuanto a lo de para “una vez...”, lo malo es que lo mataste a lo grande, Mara, con un cañón de artillería...

—Sí, en la punta de un cañón sería donde pondría yo ahora a Hugo, que en mala hora puse mi vida patas arriba por él, para lo que me ha servido.

—Hombre, espero que cuando mínimo te haya servido para escarmentar, eso sí...

—Tú sabes, todavía me duele cuando pienso en él, si te digo otra cosa te miento.

—Pues casi que mejor quiero una de mentira porque me jode un montón que, después de haberte pisoteado, todavía le tengas en mente.

—Tampoco es que me haya pisoteado, Aurelio.

—Perdona, entonces es que igual te ha puesto en un pedestal y, tonto de mí, que me he confundido...

—No seas bobito, solo es que no me ha dado mi lugar.

—No defiendas lo indefendible, Mara, no lo hagas, que te veo venir y eres peligrosa.

“Peligrosa”, si Aurelio supiera lo poderosa que me había sentido con Hugo en la cama en los comienzos de nuestra relación... Otra cosa era que me encontrara en ese momento hecha un guiñapo y que no tuviera ganas más que de llorar...

—No trato de defenderlo y, si así fuera, lo mismo diría, porque solo quiero mirar para delante y olvidarme de esos últimos meses. Ya sabes, hacer borrón y cuenta nueva. Si pudiera, incluso pondría tierra de por medio.

—Pues ponla, Mara, ¿quién te lo impide? Ni Torrejón ni Barcelona, busca otro sitio para partir de cero. A ti no te van a faltar ni trabajo ni oportunidades, ¿o es que no lo sabes?

—Espero que por oportunidades no te estés refiriendo a hombres, porque una servidora, a los de esa especie, los quiere a muchos kilómetros de distancia.

—No claro, qué va, me estaba refiriendo a gremlins... Ahora huyes de los hombres como los gatos del agua, pero cuando las heridas de tu corazón cicatricen vas a querer volver a enamorarte, niña... Ahora que, para entonces, me pasas a mí un expediente completo.

—Eso, eso haré. Y si tú no le das el visto bueno, no vuelvo ni a saludarlo, porque tengo yo un ojito...

—Ahora en serio, Mara, ¿por qué no te vas una temporadita? Mira que yo te voy a echar de menos, pero te vendría genial airearte.

—¿Y a dónde se supone que puedo ir sin tener un duro? Estoy más tiesa que un ajo.

—Podrías probar suerte en Mallorca.

—¿En Mallorca? ¿Y qué se me ha perdido a mí en Mallorca?

—Trabajar en hoteles, por ejemplo. Tú tienes experiencia en hostelería, tendrán puestos que te vengan como anillo al dedo.

—Sí, sí, deben tener, así como una docena esperándome, por mi cara bonita. Yo entiendo que a ti te tire mucho tu tierra, que lo veo bien, pero que en ningún lado amarran los perros con longaniza,

hombre. Dónde voy yo encima ahora que no es temporada y muchos hoteles estarán cerrados a cal y canto...

—¿Y si le pregunto a mi hermana Gertrudis? Ella es gobernanta en uno de los mejores hoteles de la isla, si alguien puede saber algo es ella.

—Pues tira, tira, que a mí me parecería genial, pero que te digo yo que estoy gafada últimamente y te va a decir que me meta debajo de un puente...

Capítulo 22



Mujer de poca fe. Así me llamó Aurelio cuando colgó el teléfono y, con una sonrisa más amplia que la abertura de un buzón de correos, me dijo que su hermana podía ayudarme.

—¿Qué dices?? Eso es una trola—le indiqué sin pensar demasiado.

—Ninguna trola. Lo único es que me ha dicho que tendrías que ir echando mistos para allá. En su hotel no necesitan a nadie, pero por lo visto conoce otro en el que precisan urgentemente una chica en cafetería. Según me ha dicho, la que ocupaba el puesto acaba de aprobar unas oposiciones y se tiene que marchar ya...

—¿En un par de días? ¿Tú sabes lo que estás diciéndome? Me da, me da vértigo, amigo...

—Lo entiendo, lo entiendo perfectamente, pero este tren no va a pasar dos veces, Mara, abre ahora mismo la App y busca billete.

—Pero si esa es otra, tengo ya los números en la cuenta de un rojo pasión, como no eche mano de una tarjeta de crédito... Y tampoco me la van a dar ahora que estoy en paro ni, aunque me la dieran, llegaría a tiempo. Se lo tendría que pedir a mis padres o a Andreu, espera que piense, por favor.

No me dio tiempo a pensar nada cuando ya tenía su tarjeta en la mano.

—¡Quieto ahí! Que tú tampoco es que seas Donald Trump, amigo, bastante estás haciendo ya, y más con lo cafre que he sido.

—Claro, y como has sido un cafre, ya no somos amigos ni nos ayudamos ni nada. Cógela, niña, que si te digo que puedo es porque puedo. Ya me lo devolverás cuando sea.

Dudé unos segundos, pero terminé claudicando. Tuve suerte y pillé un billete *low cost* de esos que parecen de chiste, por tres duros y medio, lo cual me hizo sentir mejor con mi Aurelio de mi corazón, a quien no quería hacerle gasto.

Un par de días después, pensé que iba a terminar con complejo de gaviota, pues ya estaba en el aire otra vez. Partí con unas pocas pertenencias, dejando el resto en casa de mis padres y con el corazón palpitante por la posibilidad de comenzar una nueva vida.

Estar en el aire una vez más intensificó el recuerdo de Hugo que seguía viviendo en mí. Aquel era una especie de tormento chino o de suplicio que no sabía hasta dónde me arrastraría... Por más que trataba de evitarlo, mi mente siempre estaba con él.

¿Dónde estaría? ¿Cómo se sentiría? ¿Estaría ya buscándome sustituta? Más allá del ámbito meramente sexual, aquel hombre me había calado demasiado hondo. Y lo malo era que no veía la forma de poder sacármelo de la mente...

Pensarlo en otros brazos me volvía loca, aunque luego se imponía la cordura, demostrándome que de locos era querer seguir profundizando en una historia que no me había traído más que desgracias desde el minuto uno.

Antes de que el avión despegara, estuve a un tris de enviarle un mensaje. Sí, sí, una auténtica majadería. Pensando en él, me metí en su canal y lo vi en línea, ¡ya estaba el lío!

En ese instante retrocedí varios pasos y pensé que igual fui demasiado dura no dándole una oportunidad para que se explicara un poco mejor en el aeropuerto. ¿Y si había ido hasta allí para decirme algo más y con mi actitud lo ahuyenté?

No sabía cómo acertar, esa era la realidad. Pero no, hice bien...

Cerré de golpe el teléfono para no caer en la tentación. Tan metida estaba en el tema, que hubiera jurado que él estaba esperando que le escribiera. Qué tontería, lo más seguro es que tuviera en el punto de mira a su siguiente víctima, en mí iba a estar pensando...



Hugo

Qué desazón sentí cuando no tuve el valor de escribirle nada. Acababa de abrir su canal y la vi en línea. El corazón se me puso a mil pensando en que tuviera la intención de escribirme a mí...

Una fantasía como cualquier otra. Por supuesto que no fue así, enseguida cerró el WhatsApp. ¿Con quién estaría hablando? Igual con cualquiera de sus amigas que, desde aquí desde Barcelona, le preguntaran cómo le iba por Madrid.

Seguramente me estarían quitando las tiras de pellejo, con razón. Y eso en el mejor de los casos, que igual en su nueva vida Mara había sellado los labios en relación con mi persona y no volvía a abrirlos en la vida.

Nada podría reprocharle. Hacía tres días de su marcha y mi corazón sangraba. Menudo capullo que estaba hecho. Menos mal que fui hasta el aeropuerto para decirle que mandaría a paseo mis miedos y me pondría el mundo por montera si ella me acompañaba...

Y, cuando la tuve por delante, ni lo uno, ni lo otro, ni lo de en medio... de pura vergüenza. Que era una mujer extraordinaria, fue lo único que acerté a decirle, ni que ella no lo supiera.

Patético, me sentí total y absolutamente patético. Ahora sí que la había cagado. Si hubiera sido

capaz al menos de dejar abierta una vía de comunicación, otro gallo me hubiera cantado. Un “quizás podríamos intentarlo”, “vamos poco a poco” o “te prometo que voy a mandar a tomar vientos a la coraza esta que yo solito me he colocado...” Pero no lo hice. En su lugar la dejé marchar, como cantaría Luz Casal y no creía que me valiera de mucho esperarla en la orilla.

Y mira que tenía intención de ser sincero con ella, por una puñetera vez... Si hasta había pedido la mañana libre para ir a encontrarme con esa mujer que me tenía obnubilado... Sabía que el haber estado en paradero desconocido durante los últimos días que Mara permaneció en Barcelona, no me habría hecho ganar demasiados puntos y que me tocaba mover ficha.

Así las cosas, lo mejor sería abrirle mi corazón, o al menos dejárselo entreabierto antes de que pusiera rumbo a su casa, pero no... Bastó aquella maldita llamada de Mariluz, en la que terminamos discutiendo por su imposición de que le dejara a ella a las niñas el siguiente fin de semana, como siempre a su conveniencia, para sacarme de mis casillas.

Iba camino del aeropuerto y ya me desquició. Por el amor del cielo, yo a mis hijas me las quedaría todos los fines de semana. Y era más, ostentaría su custodia con gusto, pero lo que me resultaba inaudito era que ella hiciera y deshiciera a su antojo y luego, cuando yo le pedía que me cambiara el finde porque tuviera necesidad de ello, me dijera que tarará que te vi.

Los últimos días había estado demasiado nervioso y aquella era mi última oportunidad para hablar con Mara. Sin embargo, cuando llegué en lugar de abrirle mi corazón como era la idea, le volví a echar el candado y con una frase ridícula la dejé expectante, tirando luego la llave.

Me había lucido, así se llamaba aquello. Y ella, que debió albergar alguna esperanza cuando me vio allí, a juzgar por lo que me dijeron sus ojos, volvió a perderlas todos cuando escuchó lo absurdo de lo que tenía que decirle mi boca.

Qué mal me sentía conmigo mismo y lo peor era que, desde que Mara estaba en Madrid, no sabía si contactar con ella o dejarlo estar. El Hugo más decidido me decía que fuera hacia delante sin vacilar, mientras que el otro, el que se revelaba contra la vida cada vez que mi ex daba algún zarpazo, me decía que lo dejara estar y que no me complicara la existencia.

La duda de hacer caso al uno o al otro estaba acabando conmigo. Cada vez con más incertidumbre, me moría por saber qué pasaría por la cabeza de Mara, aunque tampoco era tan difícil de acertar; que era un inútil integral, ¿qué iba a pensar a la luz de los acontecimientos?

Capítulo 23



Nada más pisar suelo mallorquín pensé que aquel cambio de aires iba a resultar providencial para mí.

—Tú debes ser Mara, mi hermano me ha enviado una foto tuya—me dijo aquella mujer de cuerpo menudo que, sin embargo, compartía en la cara gran cantidad de facciones con Aurelio.

—Y tú Gertrudis, te pareces un montón a tu hermano. No puedes negar el parentesco.

—Sí, pero yo soy un Aurelio en versión femenina y reducida...

Me reí con su comentario y pensé que lo mejor del caso es que parecía ser una mujer bonachona, como él. Gertrudis debía tener unos cuarenta y cinco años y seguro que un montón de cosas mejores que hacer que recoger a una total desconocida en el aeropuerto... Una total desconocida a la que, además, había enchufado.

El caso era que todavía no la conocía y ya le debía un montón de cosas.

—¿Has estado alguna vez en Mallorca? —me preguntó después de las oportunas presentaciones.

—No, es la primera—le contesté mientras íbamos camino del coche.

—Pues te advierto que esta tierra engancha, no vas a querer irte nunca de aquí.

Por lo que sabía de la isla no ponía en duda en absoluto sus palabras. Otra cosa sería que su trabajo probablemente fuera más grato que el mío y eso ayudara. Aunque yo tenía claro que iba a aguantar carros y carretas si era necesario con tal de demostrarles a los míos que no les iba a volver a defraudar.

Y entre los míos, cómo no, se contaba mi tío Adriá, cuya salud me preocupaba sobremanera, pues mis padres me habían contado que la aguja parecía bastante mareada al respecto. Justo la siguiente semana iban a practicarle las primeras pruebas, y yo rezaba porque salieran bien.

En el coche de Gertrudis y sin que esa parlanchina mujer dejara de hablar ni un solo momento, llegamos al hotel en cuestión en el que yo iba a trabajar.

—¿Puedes acreditar tu experiencia como camarera? —me preguntó en su presencia el encargado de Recursos Humanos.

Un “tierra trágame” me asaltó en aquel instante. Con tanto follón, ni siquiera se me había ocurrido ir donde Josué a pedirle una carta de referencia, aunque si Rosana hubiera estado allí, antes acabamos las dos entre barrotes que yo con carta alguna.

—No—salí del paso como buenamente pude—, pero de veras que el trabajo se me daba verdaderamente bien. Puedo hacerte una prueba con la bandeja si quieres.

Aunque un tanto reticente por mi falta de credenciales, Javier, que así se llamaba aquel hombre, accedió. Y yo salí airosa de una prueba que sabía que no representaría para mí problema alguno.

—Está bien, en principio me has convencido. Un período de prueba de quince días y si demuestras que vales para esto, hablaremos del contrato—me dijo y aquello me sonó a música celestial.

Empezaba al día siguiente, pero la cuestión era que no tenía casa ni nada que se le pareciese. Llamé a mis padres y les dije que me habían contratado.

—¿Te quedas, hija? Pues ahora mismo te hace tu padre una transferencia para que puedas sobrevivir el primer mes, hasta que empieces a cobrar.

—Te lo agradezco, mamá, os lo devolveré en cuanto pueda.

—Tú haz las cosas como debes y olvídate de las gracias y de las devoluciones.

Ni cinco minutos tardé en tener el dinero en mi cuenta. Ese gesto, igual que el de Gertrudis y el de tantos otros, me resituaron en el mundo. Por muy grande que fuera el palo que me había llevado con Hugo, yo era una chica con suerte.

Ante mí se abría una nueva oportunidad y, ahora sí, debía aprovecharla en toda su dimensión. Miré a mi alrededor y pensé que ningún sitio mejor que Mallorca para plantearme una nueva vida. Y la invitación de Gertrudis a que pasara esa primera noche en su casa no logró más que me reafirmara en mi idea.

Horas más tarde comprobé que Gertrudis era un ángel, pues también me buscó alojamiento en un periquete. Lo hizo en un edificio contiguo al suyo, en el que había un piso de estudiantes en el que se quedó vacía una de las habitaciones.

—Pero si son estudiantes serán muy jovencitos, ¿qué pinto yo allí? —le pregunté con cierta preocupación.

—Mujer, que no vas de niñera, que vas a ocupar una de las habitaciones. La dueña del piso es amiga mía y, dada tu situación, me ha comentado que no le importa que la ocupes hasta el próximo curso. Para ella mejor, que se le había quedado colgada.

Pues nada, ya tenía también alojamiento, un problema menos. Aquel día era de domingo y, por tanto, Gertrudis se lo pudo tomar de asueto, acompañándome a dar un paseo por la tarde.

—La opción de quedarme tumbada a la bartola todo el día no existe, ¿verdad? —le pregunté, pues

no acababa yo de tener ganitas de nada.

—Por supuesto que no, sobra que lo digas.

Y así fue como, entre elegantes avenidas y callejuelas estrechas, fui descubriendo de su mano una fascinante isla que estaba destinada a ser mi hogar, al menos por un tiempo.

Yo no sé si es que aquella mujer me inspiró confianza (nada raro teniendo en cuenta su buen talante) o simplemente que yo estaba deseando vomitar mi historia con Hugo, pero el caso fue que se la conté de pe a pa durante el tiempo que duró aquel agradable paseo, que incluyó merienda con deliciosa ensaimada mallorquina.

—¿Y dices que el último día el tal Hugo fue a verte al aeropuerto? —me preguntó ella frunciendo el ceño.

—Sí, ese fue ya el remate de los tomates, te puedes imaginar lo que me entró por el cuerpo, sobre todo teniendo en cuenta que acudió para absolutamente nada, porque en realidad no me dijo ni por ahí te pudras.

—¿Y tú no te has parado a pensar, alma de cántaro, que algunas veces es casi imprescindible leer entre líneas? Y más con ese tipo de hombres.

—No te entiendo, Gertrudis. Fue una cagada por su parte y punto, quiso quedar bien, encima.

—Te digo yo, y me juego contigo lo que quieras, que un hombre así no persigue quedar bien. Si se plantó allí es porque quería algo, otra cosa es que luego no se atreviera a abrir el pico, por la razón que sea, que ellos muchas veces no son tan valientes como parecen, ¿sabes?

—No tengo ni idea, pero tampoco lo voy a comprobar, que yo he venido aquí para pasar página, no para seguir colgada del amante ese de pacotilla que tenía.

—¿De verdad lo consideras un amante de pacotilla? Mira que yo soy medio bruja y no es eso lo

que veo en tus ojos, sino más bien mucho fuego.

Los gestos de sus brazos y su forma de fijar la mirada en una bola de cristal imaginaria hicieron que yo estallara en carcajadas. Y, sin poder remediarlo, pensé que esperaba que no pudiera ver más allá de ese fuego, porque si tuviera el poder de visualizar lo que había ocurrido entre nosotros, era probable que le cambiara de medio a medio la imagen de niña buena que, según me decía, tenía de mí.

Capítulo 24



“*Quinto, levanta, tira de la manta...*”, con esa motivadora música, que elegí como alarma del móvil di un salto en lunes por la mañana para ir a trabajar.

Ese día ya no volví a ver a Javier, pues del tirón me recibió la gobernanta del hotel, muy amable y de nombre Ruth, que me dio las pertinentes explicaciones.

—Me ha dicho Gertrudis que en inglés te defiendes bien, ¿por casualidad en alemán también? — me preguntó como quien pregunta si le podía quitar una pelusa de la camisa.

—No, me temo que en alemán no, pero usted no se preocupe que, a mí, si no me entienden, me hago entender, menuda soy...

Y sí, menuda era, la realidad imperaba y yo sabía que en el curro no iba a tener ningún problema. Dicho y hecho, fue comenzar mi turno y ver que Ruth me guiñaba el ojo más de una vez y me ponía el pulgar hacia arriba, ya que me desenvolví como pez en el agua.

Menos mal que el inglés siempre se me dio bien. Ya he comentado que nunca fui una estudiante brillante, pero en lo tocante a ese idioma la cosa cambiaba, pues yo tenía mucho oído.

Alfredo también influyó bastante en el asunto, pues le pasaba tres cuartos de lo mismo y entre nosotros nos picábamos al principio de la relación para ver quién era capaz de seguirle más el hilo a una peli en versión original o cantar con menor acento alguna canción, sobre todo las de Bon Jovi, de los que ambos éramos entusiastas.

Total, que aquel día agradecí al cielo que aquello hubiera sido así porque ahora tener buen nivel de inglés me iba a venir de perlas.

—Te apañas de maravilla—me comentó David, uno de mis compañeros.

—Se hace lo que se puede—le dije.

—¿Lo que se puede? Lástima que aquí no haya propinas, porque de haberlas ibas a hacer que nos llenaran el bote en un santiamén, mujer. Caes muy bien a la gente, se nota.

Yo no sé si se notaría o si el muchacho me lo dijo por decir, pero a quien yo parecía caerle bien fue a él o eso me parecía a mí.

David debía tener dos o tres años más que yo y, sin ser mi prototipo de hombre, me pareció de lo más agradable y entrañable. Pelirrojo de ojos verdes, era muy mono y, pese a no tener un cuerpazo, sí estaba bastante definido.

No pude evitar hacer una comparación rápida, maldita enfermedad esa del enamoramiento, porque cada vez estaba más convencida de que era amor lo que sentía por Hugo.

Hiciera lo que hiciera a lo largo del día, raro el momento en el que el segurata no estuviera en mis pensamientos. Y lo peor de todo es que se había colado también en mis sueños. Sí, sí, en mis sueños, porque era frecuente que soñara con él en las situaciones más variadas.

En esa línea, unas veces nos enfrentábamos, tirándonos los platos a la cabeza (no literalmente, pero sí con la lengua) y esa misma lengua era la que él sacaba a pasear en esos otros sueños húmedos en los que yo terminaba despertándome, empapada en sudor y arañando las sábanas.

En principio yo trabajaría de turno de mañana, por lo que a las tres de la tarde estuve lista. Gertrudis pasó a por mí para que pudiera recoger mis pocas pertenencias de su casa y trasladarme al que sería mi nuevo hogar.

De risa no, lo siguiente, eso me pareció vivir con Jesús y Miguel, dos estudiantes de Medicina ¡de

dieciocho y diecinueve años!

Sí, sí, y la otra decía que yo no iba de niñera, no quería pensar lo que iba a ser eso, pues los dos pimpollos, recién salidos del cascarón, me recibieron a golpe de reguetón y es que más gracia no podían tener.

—¿Tú eres la pureta que va a vivir con nosotros? —me preguntó Jesús, que a todas luces parecía el más atrevido de los dos.

—¿Qué dices de pureta, niño? Si yo lo que tengo son veintisiete años. Abrase visto...

Una buena azotaina fue lo que me pareció a mí que le faltaba al muchachito, porque las tablas, esa sí que las traía de serie.

—No, no, si yo encantado, ¿eh? A mí las puretas me chiflan, que conste, pero eso, que pureta sí que eres, por mucho que me gustes, ¿vale?

Y sí, sus ojos puestos en mi escote me indicaban que le gustaba al enano aquel, y no poco...

—Oye, tú, ¿qué miras? —Corrí a taparme porque allí el que no corría volaba, que el tal Miguel, aunque más callado, parecía haberse quedado también hipnotizado con mi delantera.

—Nada, mujer, lo que pasa es que tienes unas domingas que vaya tela—me espetó el mico de Jesús y me dejó con las patas colgando.

Con las patas colgando y con la desgracia del recuerdo de Hugo que, aunque no era muy dado a alabar nada, sentía predilección por mis senos, eso no hacía falta que me lo jurara.

En esas estábamos cuando llegó la dueña de la casa y me enseñó la habitación, de lo más apañada y con su cuarto de baño en el interior. Una especie de suite que me permitiría mantenerme alejada de aquellos dos bichos cada vez que lo necesitara.

Cuando me acomodé, me dispuse a llamar a mi tío Adriá, de quien estaba deseando saber.

—Tito, ¿cómo está lo más bonito de toda Barcelona? —le pregunté.

—Muy bien, hija. Ya hoy me han hecho las primeras pruebas. Ahora a esperar. ¿Y qué tal por Mallorca? Diles que te traten bien o van a ver lo que es un catalán cabreado y en acción.

Para no variar, lo dijo en un tono que arrancó mis risas.

—Todo bien, pero te echo de menos, tito, eso que lo sepas, ¿eh?

—Y yo también a ti, Marita, si pronto estoy bien me planto allí para verte.

—Pues entonces ya puedes ir sacando el billete tito, porque todo va a estar genial, y yo sé dónde venden unas empanadas que están de vicio. ¿Les voy diciendo que nos guarden un par de ellas? —le animé.

Tras unos minutos hablando con él, le colgué. Reventada, estaba reventada, pues quisiera o no eran muchos los cambios a los que me había visto sometida en los últimos días.

Pensé que una siestecita me iba a venir de escándalo, aunque el reloj me decía que ya eran más de las cuatro y media de la tarde, pero, qué diantres, yo cansancio tenía acumulado para dormir tres días seguidos.

Y eso estaba intentando, conciliar el sueño, cuando aquel WhatsApp me lo quitó definitivamente.

“Mara, te echo de menos. Sé que debes estar furiosa conmigo, pero igual habría alguna posibilidad de que yo me acercara por Madrid y charláramos. Me encantaría tenerte frente a frente. Un beso”.

¿De verdad eso lo había escrito Hugo y sin nadie apuntándolo con una pistola? Este último extremo ya lo dudaba más.

Que si me echaba de menos, que si le encantaría tenerme frente a frente y para rematar ya un beso...

Uff, no parecía aquel que comenzaba sus mensajes con un “MMMM...”, ¿Qué estaba pasando?

De momento lo que sucedió es que a mis piernas les entró el baile de San Vito. Y no solo a ellas, pues pronto comprobé que era mi cuerpo entero el que temblaba.

Por Dios que aquello era el cuento de nunca acabar, cuanto más lejos me parecía tenerlo, más cerca se situaba él.

Claro que Hugo me hacía en Madrid, ¿cómo iba a imaginarse que había dado un salto de aquella magnitud solo para librarme de su recuerdo?

Y encima en vano, porque con uno solo de aquellos mensajes, el que había sido mi amante volvía a poner patas arriba mi mundo en cuestión de segundos, daba igual cuánto hubiera avanzado por el camino.

Si el resto de mi cuerpo temblaba, no digamos ya mis manos, de modo que me costó gran esfuerzo escribirle aquel breve mensaje.

“Ya me puedes buscar en Madrid todo lo que quieras, que ahora vivo en Mallorca. Será mejor que me olvides”.

Un segundo esfuerzo casi heroico fue el que tuve que hacer para no darle a “eliminar” según lo envié, pero no hubo tiempo para la contemplación. Hugo lo leyó de manera instantánea y lo dejó en visto dando la callada por respuesta.

Cómo había cambiado el cuento, por mucho que me doliera actuar de aquel modo, ahora parecía ser yo quien tuviera la sartén por el mango. Antes sufría como una condenada cuando era él quien se permitía el lujo de ignorarme y ahora, aunque igualmente sufriendo, al menos era capaz de ser

yo quien le dejara mudo.

Capítulo 25



No sabía lo que había pasado por su cabeza, pero sí que Hugo enmudeció a partir de ese día.

¿Lo olvidé? Ni un ápice, es más, cada vez en más ocasiones me torturaba la posibilidad de romper aquel mutismo mutuo. Y pensar que le había pedido que me olvidara...

Por mi parte, el cuerpo no me pedía salsa como en la canción, mi cuerpo lo que me pedía era coger el teléfono y recordarle a aquel hombre por el que había llegado a suspirar como nunca lo hice que diera un paso adelante...

No es que fuera una ilusa que imaginara a Hugo viniendo hacia mí a lomos de un corcel blanco, pero sí de las que pensaba que todo es posible si uno lo quiere... Y yo lo quería.

Pero, como por arte de magia, la vida te lleva a veces por caminos inesperados, y eso fue lo que me ocurrió a mí un par de semanas después de estar viviendo en Mallorca.

—Esta noche es el cumpleaños de mi hermana, ¿sabes? —me comentó David cuando salíamos al mediodía.

—Anda, qué bien, ¿y cuántos cumple?

—Pues treinta, somos mellizos. —Me guiñó el ojo.

—¿Mellizos? Entonces, ¿eso quiere decir que también es tu cumple, villano?

David y yo habíamos hecho unas excelentes migas desde que yo estaba allí y nos habíamos convertido en una especie de confidentes. Incluso algunas noches nos enredábamos por el WhatsApp y entre memes, vídeos y tonterías varias, pasábamos las horas muertas.

La compañía de otras personas, fueran físicas o virtuales, me servía de enorme ayuda. No era que en momentos así me olvidara de Hugo ni muchísimo menos, pero las horas pasaban más deprisa y veía descender el nivel de agonía que en determinados momentos me embargaba.

—Ah, ¿sí? Pues no había caído, entonces es mi cumple también. —Su sonrisa de oreja a oreja no faltó.

—Pero bueno, enhorabuena, eso se dice antes, hombre... Te hubiera traído un regalito o algo, e incluso hubiera podido hacer un bollo casero y acercarlo esta mañana para festejarlo todos. Los de limón con nueces me salen de rechupete.

—A tiempo estás de todo, si quieres. —Me dejó caer.

—Bien, el lunes te lo traigo, si te parece.

—Ok, pero esta noche me das mi regalo—me espetó sin esperármelo.

—¿Cómo esta noche? —Le miré como diciendo que era un pillín.

—Pues esta noche, que mi regalo es que salgas conmigo, mi hermana y mis amigos de marcha, ¿te mola?

—Huy, de marcha, no sé—resoplé.

—Pero bueno, chica, ¿cuándo vas a dejar el halo de nostalgia ese ya a un lado? Hay que vivir, Mara, nunca haces nada. Vas de casa al trabajo, del trabajo a casa y todo lo más, das un paseíto a media tarde. Doña Rogelia es mucho más marchosa que tú.

—Eh, no te pases... Que tampoco es para tanto.

—Qué va, solo es que te falta el canto de un duro para comprarte un perrito faldero y hacer calceta viendo la novela.

David hizo como que tejía y yo no simulé nada, sino que le di un cate directamente, por listo que era.

Sí, si lo pensaba bien me apetecía bastante salir y respirar una bocanada de aire fresco. Además, ya me había llegado por mensajería buena parte de mi ropa, que mi madre me había enviado.

—Venga, tú ganas, pero solo un ratito—le dije haciéndome la interesante.

—Va, tontuela, si lo mismo luego el ratito se estira como el chicle, ya lo veremos, ¿no?

Su picaruelo guiño de ojo me sacó una sonrisa y nos despedimos, quedando en vernos en un bar de tapas del centro a las nueve y media, para picar algo.

Me estaba desperezando cuando la llamada de teléfono de mi madre me alertó.

—Hola, cariño, tengo que contarte una cosa.

—Dime, mamá, ya sabía yo que si me llamas a deshoras es porque pasa algo...

Mi madre era muy cuadrículada y no solía telefonarme hasta la noche.

—Es tu tío Adriá, las últimas pruebas que le han hecho no apuntan demasiado bien, Mara.

—Mamá, ¿qué me estás queriendo decir? ¿No será que el tito se va a...? —Solo de pensarlo las lágrimas afloraron a mis ojos irremediablemente.

—No, hija, no tiene por qué pasarle nada, pero tenemos que estar preparados para una operación inminente, eso sí que es bastante posible.

—Ok, ok, pero recuerda que él es muy fuerte. Si al final le tienen que operar va a salir genial, no te preocupes.

—Lo sé, lo sé, cariño.

Me quedé como un mojón despeinado, esa es la realidad. Pensar que a mi tío le pudiera llegar a pasar algo me horrorizaba, estaba demasiado unida a ese bonachón como para eso, pero a mi madre no se lo iba a dejar ver.

Sin perder tiempo, lo llamé.

—Hola, tito, ¿cómo estás? —le pregunté en el mejor de los tonos para tratar de animarle.

—De escándalo hija, de escándalo—. Y el muy jodido comenzó a tararear la canción de “Escándalo” de Raphael.

No se podía tener más arte, ya que hasta en los momentos más complicados, mi tío sacaba fuerzas de no sé dónde y me hacía reír.

—Pues nada, si estás de escándalo, en cuanto pueda me voy para allá a verte unos díitas y salimos tú y yo de marcha. Que ese “escándalo” lo tenemos que aprovechar.

—Sí, hija, para mucha marcha estoy yo y no, Marita, tú ahora no puedes venir. Por fin estás encauzando tu vida y no vas a tirarlo ahora por la borda para venirte unos días.

—Pero ¿qué dices? Si con todo lo que llevo ya trabajado me deben ya unos cuantos meses de vacaciones. Al Caribe estoy pensando irme, tito, que para eso me sobra el dinerico también. ¿Te vienes conmigo?

—Claro hija, ¿te imaginas a tu tío con la barriga como un sapo con el mojito en la mano?

—Che, cuidadito con meterte con mi tío—bromeé—, ¿quién te has creído que eres tú para eso?

—Pues nada, Marita, ve sacando los billetes para cuando te plazca, que ya estamos tú y yo bailando merengue en una playa de esas paradisíacas.

Lo que era la imaginación. Por unos instantes nos pude ver a los dos, muertos de la risa, en una de esas playas...

Aunque para muertos de la risa fue como estuvimos David y yo esa noche.

—Toma, te he comprado una cosita—le dije cuando lo vi aparecer, por cierto solo.

—No tenías por qué hacerlo, ni que fuera mi cumple o algo.

Puse cara de póker y le exigí que se explicara.

—Vale, vale, no es mi cumple, pero como si lo fuera, solo faltan dos meses y pensé que no le hacíamos daño a nadie adelantándolo un poco.

—Yo a ti te mato, eres un caso perdido ¿eh? ¿Y tu hermana? ¿No me irás a decir que tampoco tienes una hermana? —Enarqué una ceja esperando su respuesta.

—Bueno, puede que tampoco la tenga, pero nunca se sabe... Mis padres están divorciados y él se acaba de casar con una chica de mi edad, ¿quién sabe si en breve tendré una hermanita?

—Oye, tú no dices una verdad ni cuando te equivocas, ¿no?

—Sí, mujer, cuando me equivoco sí. Y, además, ¿qué es la verdad? Ese es un concepto tan

relativo...

—Relativo va a ser el cosqui que te voy a dar, anda que no te has quedado conmigo ni nada. Ni amigos has traído.

—Jeje, por cierto, estás guapísima, aunque seguro que ya lo sabes. Te habrán echado piropos desde que saliste de casa...

—Y antes, chaval, y antes.

No le mentí. Qué revolución con Jesús y Miguel cuando me vieron arreglarme para salir aquella noche. La convivencia con aquel par de enanos era cada vez más divertida.

—Eso, y con nosotros no quieres salir, no tienes tú guasa ni nada—me comentó Jesús cuando le dije que me habían invitado a salir esa noche.

—Pero vamos a ver niño, ¿dónde quieres tú que vaya con vosotros? Mira que el Chiquipark lo cierran por las noches.

—Muy graciosa, pues tú te lo pierdes. Te lo pasarías de muerte con este y conmigo. —Señaló a Miguel que, guardando un silencio sepulcral, no paraba de mirarme el escote.

—Y mira el otro, que se ha quedado empanado. Dejadme que me arregle.

Cuando salí una hora después el “Ohhh” de los dos debió escucharse en todo el edificio.

—Sois más bobos...—Volteé los ojos.

—Vaya suerte que tienen algunos. Nos debes una a este y a mí—Jesús no daba puntada sin hilo.

—Sí, hombre, no sé lo que os debo yo. Después de que os hago macarrones con tomate todas las

semanas... —A ellos les encantaban los míos y ya comenzaba a ser una costumbre, aunque a esos para parecía encantarles todo lo mío, no solo los macarrones.

—Guapa, si necesitas algo esta noche, ya sabes que no tienes más que avisarnos, ¿eh? Y estaremos allí en un plis.

Me despedí de ellos a carcajadas porque pensé que agüita si yo había perdido tantas facultades como para necesitar a aquel par... Ya sería la monda.

Sus gestos haciendo como que el corazón les latía a mil y lanzándome besos desde la barandilla de la escalera no tenían precio. Comprendí entonces que no podía haber ido a parar a mejor lugar. Aquellos dos eran como un bálsamo para todos mis males.

Y David, aunque yo todavía no lo sabía, iba a actuar como otro aquella noche...

Risas, complicidad, tapas, bailes... Nunca sabré cómo llegué a perder tanto la cabeza. O sí, simplemente lo necesitaba, necesitaba desconectar de la urgente y necesitada pasión que me unía a Hugo, el hombre que no lograba sacar de mi cabeza ni a martillazos...

Juro que, cuando nuestros cuerpos terminaron fundiéndose en las sábanas de su cama, fue Hugo el nombre que mencioné, si bien lo hice para mí, pues no deseaba herir los sentimientos de David.

Aquella fusión carnal no logró saciar ni en parte la sed que tenía de volver a sentir fuera del cuerpo de quien era para mí el sumun, Hugo no solo se había apoderado de mi carne sino también de mi alma... Y esa última apropiación era más complicada de obviar.

Cuando, tras la resaca de la noche anterior, amanecí en la cama de David, comprendí que más que nunca, era presa de mi amante catalán. Haciendo el paralelismo, Hugo se había convertido para mí en un pesado yugo que portar sobre mis hombros. ¿Hasta cuándo lo iba a sentir así?



Hugo

Desde el día que Mara me dijo que ahora estaba en Mallorca no había podido dejar de pensar en la idea de ir a verla. ¿Hasta cuándo aquel pesar que me oprimía? ¿En qué momento iba a ser capaz de quitarme definitivamente aquella máscara y coger el toro por los cuernos?

Frase desafortunada, por cierto, porque pensar en Mara y en cuernos me hería hasta desangrarme. Y siendo sinceros, ¿qué puñetas le unía a mí? ¿Acaso le había dado yo una pista de que la quería? ¿Le habían dicho mis labios que se morían por besar los suyos cada noche al acostarme y cada mañana al despertarme? ¿Le habían dicho mis ojos que solo en los suyos querían perderse? ¿Le habían dicho mis manos que era su suave tacto el que erizaba mi piel al roce? ¿Le había dicho mi nariz que era únicamente su aroma el que me embriagaba? ¿Le había dicho mi boca que era su lengua en exclusiva la que me fascinaba paladear? ¿Le habían dicho mis oídos que era la suave melodía de su voz la que activaba el resto de sus sentidos?

No, nada le habían dicho... Y a mí me consumía la pena de pensar que ella no lo supiera. Mara estaría ya a punto de hacer su vida y quién sabía si no tendría ya otros brazos que le dieran el calor que los míos no habían sido capaces de darle... Si no tomaba una decisión, y lo hacía pronto, mis sentidos se nublarían y mi cabeza enloquecería.

Capítulo 26



—¿Nos volveremos a ver? —me preguntó David entre arrumacos cuando observó que yo tenía prisa por salir despedida de allí.

—Pues claro, nos veremos el lunes, ¿o es que ya no te acuerdas de que trabajamos juntos? —Salí por la tangente como pude, yo sabía muy bien lo que quería decir y él más.

—Ya me entiendes, si nos volveremos a ver así, como hemos estado esta noche...

—No lo sé, David, creo que esto ha sido el fruto de...

—De que te has precipitado y al final has caído en mis redes para quitarte a Hugo de la cabeza, ya. —Mi compañero estaba al tanto por mí de todas mis fechorías.

—No es eso, pero sí que siento que todavía no estoy preparada...

¿No estaba preparada o no quería estarlo? Por Dios que mi cabeza iba a echar humo. En buena hora había entrado en el face aquella noche... Si Hugo no se hubiera cruzado en mi vida... pero ¿qué podía reprocharle en ese sentido? Fui yo quien me crucé en la suya, colándome en ella como una autoestopista deseosa de que me subiera en su coche y pusiera el destino que le diera la gana.

Llegué a mi casa y, lejos de echarme a dormir, traté de activarme... La idea era hacer un poco de deporte, que lo tenía muy olvidado... No voy a decir que no tuviera un físico privilegiado, porque era menearme un poco y estar en mi peso, podía comer lo que quisiera. Pero de un tiempo a esa

parte las galletas danesas y las ensaimadas me estaban haciendo más compañía de la recomendable.

Me calcé las deportivas, me bajé algunas de mis canciones preferidas y me dispuse a salir corriendo. Mientras lo hacía vislumbraba algunos flashes de la noche anterior, en los que el recuerdo de Hugo se mezclaba con un abnegado David que había hecho todo lo posible y un poco más porque yo me sintiera bien.



Hugo

Me calcé las deportivas y me dispuse a salir corriendo... Necesitaba airearme, hacer deporte, chillar a los cuatro vientos que ya no podía más.

Sí, lo había decidido, después de aquella carrera le escribiría a Mara, incluso cabía la posibilidad de que la llamara, ¿por qué no?

Era terrible, otro cambio inesperado por parte de Mariluz en relación con las peques me había dejado fuera de juego, privándome de su compañía en un finde en el que había organizado una bonita actividad al aire libre para ellas. Y, como era de esperar, Mariluz había mandado a la mierda el aire libre y a la mierda mis planes...

¿Qué podía perder? Ya contaba con el “no” de Mara... Ya había tocado fondo, ya había conseguido cargarme lo único bueno que la vida me había puesto por delante en mucho tiempo, aparte de mis niñas, claro.

Al fin y al cabo, era normal que fueran en el mismo saco. Mara también era mi niña, pero una niña hecha mujer que había sabido despertar todos y cada uno de mis instintos y pasiones, incluso los más bajos.

Yo siempre había sido morbosos, pero ella había logrado que aullara hasta unos límites para mí desconocidos. Mara aunaba en su precioso ser una mezcla absolutamente irresistible, salvaje como una gacela en la cama y dulce como la miel fuera de ella.

La idea de no volver a verla se me hacía absolutamente insoportable y más cuando ahora tenía unos días de vacaciones por delante. ¿Cómo habría ido a parar a la isla? ¿Tendría yo algo que ver en su decisión? ¿Habría sido una huida hacia adelante?

Cualquier cosa era posible con una mujer como ella. Mara podía parecer frágil, pero no lo era ni un ápice. Es más, comparado con ella, yo salía perdiendo y no poco. La que me había enamorado fue capaz de poner las cartas encima del tapete hablándome de sus sentimientos, mientras que yo que la cagaba una y otra vez, mirando hacia otro lado.

—¡¡Cuidado!! —le dije a aquella rubia cuando, sin saber de dónde había salido, se cruzó en mi camino mientras corría.

Normal, la pobre iba hablando con una mano por el móvil, mientras empujaba el carrito de su bebé con la otra y su hijo mayor le tiraba del jersey.

Estresante pero bonita estampa familiar. Eso era lo que yo siempre había ansiado, tener una familia, ¿por qué era tan difícil? Probablemente por ser yo un cabezón, porque Mara era una de esas mujeres con las que un hombre se ve para toda la vida...

Seguí corriendo mientras los miraba y aquella imagen me reforzó en mi idea de que debía llamar a Mara. Es más, no esperarí a llegar a casa, me senté en un banco y saqué el móvil.

¿Demasiado impetuoso? Quizás... pero es que desde la noche anterior no podía evitarlo, entre sueños tuve la sensación de que algo malo estaba pasando, de que Mara se distanciaba más y más de mí y...por mucho que quisiera agarrarla eran otros brazos los que se habían apoderado de ella.

¿Una paranoia? Pues seguramente, que no me tenía yo por Rappel ni mucho menos, pero una de esas paranoias que hacen que te levantes absolutamente empapado en sudor y pidiendo al cielo que eso que has presentado no fuera verdad.

Uno, dos, tres, tonos y por fin su voz.

—¿Hugo? —La esperaba de otra forma, probablemente más dubitativa, pero fue fuerza lo que detecté en ella cuando descolgó.

—Mara, sé que no merezco que me escuches, que llevo demasiado tiempo callado, pero necesitaba escuchar tu voz.

—Tú eres dueño de tus palabras, pero también de tus silencios... Otra cosa será lo que los demás podamos interpretar a partir de ellos, tú ya me entiendes.

La china me la había tirado sin vacilar, y me había dado en plena frente...

—Lo entiendo, ¿cómo estás?

—Bien, aquí en Palma, trabajando, ya sabes...

—No, no sé, ¿cómo has llegado hasta allí? —Jamás había tenido tanta necesidad de saber de la vida de nadie.

—Pues en avión, ¿cómo iba a llegar? —Su tono burlón no hizo sino hablarme de una inteligencia que yo ya sabía que era propia de ella.

—Ya, imagino que no habrás ido nadando, pero ¿por alguna razón en concreto?

—Sí, porque me flipa poner copas y que se me pongan los pies como botas después de taitantas horas sin poder poner el culo en una silla...

—No te veo demasiado comunicativa, Mara. —El miedo me dejó inmóvil.

—¿Y qué esperabas? No te has portado conmigo como para que toque las castañuelas en cuanto

aparezcas, ¿no crees?

—Ya, ya, pero mujer, es que se me pasan muchas cosas por la cabeza. Sé perfectamente que no soy nadie para querer saber de tu vida, que no tengo ningún derecho...

No pude evitar que mi mente volara a buscar a aquella Mara cañera que en más de una ocasión me había ordenado callar en la cama, a golpe de látigo. Ahora podía volver a hacerlo fuera de ese lugar. A una palabra suya, yo debería esfumarme, claudicar y olvidarme de ella, de modo que tenía la oportunidad perfecta para elegir muy bien las mías antes de que me enviara a hacer gárgaras.

—No, no lo tienes. ¿Crees que porque levantes el teléfono después de tanto tiempo yo voy a hacer como si nada de esto hubiera ocurrido? Si es así, estás pero que muy equivocado, Hugo.

—Lo sé, lo sé, y te pido perdón, no quiero meter el dedo en la llaga, sino saber de ti, de tus cosas, de si estás bien, de si te hace falta algo...

—Ahora ya nada, Hugo, y te recuerdo que cuando me hizo falta tu apoyo, me diste la espalda.

—Lo sé, no tengo perdón de Dios, pero créeme... si pudiera dar marcha atrás, no lo dudaría ni un segundo.

—Eso es lo malo Hugo, que los actos no tienen efecto boomerang, el daño hecho ya está hecho y no hay vuelta de hoja...

“No hay vuelta de hoja”, la vuelta al libro completa le daría yo si ella me lo permitiera, pero no parecía estar muy por la labor.

No pude arrancarle muchas más palabras. El punto negativo era que no parecía demasiado proclive a seguir dándome explicaciones de su vida, aunque el positivo era que, al menos, había atendido mi llamada.

Me la jugué, soy impulsivo, qué le voy a hacer. Si a partir de ese momento quería colgar el

teléfono, que lo hiciera, pero yo no podía vivir con aquella duda dentro.

—Mara, ¿puedo preguntarte algo?

—Puedes, otra cosa será que yo te conteste.

Suspiré, había frialdad en sus palabras, ¿real o fingida? No podía saberlo, cuando hablas con alguien por teléfono, sin hacerle un rastreo directo a sus ojos, las cosas se complican...

—¿Estás con alguien? —respiré hondo antes de que me contestara.

—Pues ahora mismo, no, estoy corriendo. O, mejor dicho, lo estaba hasta que me has llamado.

¡Vaya coincidencia! Aquello tenía que significar algo, primera noticia que tenía de que ella corría.

—Vale, vale, no te lo vas a creer, pero yo también. De todas maneras, sabes muy bien lo que he querido preguntarte.

—Y tú sabes muy bien que yo no quiero responderte.

—¿Y si te dijera que he soñado contigo esta noche y te veía en brazos de otro?

Fue su silencio el que me escamó.

—Bueno, es mejor que dejemos esta conversación...

—Mara, ¿has estado esta noche con alguien?

Y ya no fue su silencio sino el hecho de que colgara la llamada el que me dijo que la respuesta a mi pregunta era afirmativa.

Capítulo 27



No me lo podía creer, Hugo y yo parecíamos jugar al ratón y al gato.

Me moría porque me llamara, me quedé absolutamente helada cuando vi que por fin era él quien había marcado mi número y sin embargo... no le había demostrado la más mínima cercanía al hablar con él.

¿Por qué actuaba así? Muy sencillo. Mi relación con aquel hombre había resultado destructiva desde el minuto cero. Y yo, que de tonta no tenía un pelo, falsa modestia aparte, le temía más que a un vendaval.

Ello no era óbice para que me pasara el día deseando entrar en contacto con él, que para eso yo lo comparaba con cualquier tipo de adicción. Pero mi instinto de supervivencia me decía que, cuando Hugo diera un paso adelante, yo tenía que retroceder...

Del que hablo se trataba de ese mismo instinto que me decía que dejara las manitas quietas cuando me moría por enviarle un mensaje en el que decirle que, por más que tratara de evitarlo, yo también lo echaba de menos.

Terminé de correr y debí hacerlo al galope, tratando de echar fuera una ira que me consumía. Llegué a casa y los chicos dormían. Los enanos salidos y vacilones aquellos se habían ido de fiesta la noche anterior y debían estar en coma.

Haciendo poco ruido, me aseeé. Yo sí tenía turno de tarde aquel sábado, por más que mi compi David librara hasta el lunes, el muy suertudo de él.

Y lo que no sabía yo era que el trabajo me iba a dar esa tarde más de sí de lo que pensaba.

He de decir que la pajarraca se escuchaba desde fuera de la cafetería, otra cosa era que se entendiera lo que estaban diciendo aquella mujer alemana y la que debía ser su hija, una chica con la que discutía acaloradamente.

—No veas la que tienen liada—me comentó mi compañera Nani, que llevaba ya rato escuchándolas.

—Joder, pues sí que te tienen distraída, vaya dos. Cualquiera se mete por medio...

—Sí, yo no sé qué le habrá hecho la madre, pero la hija echa fuego por la boca.

—Igual tampoco le ha hecho nada del otro mundo, que ya sabes tú lo subditos que tienen los humos los jóvenes hoy en día.

—Ya, ya... Pero que me da a mí que detrás de esta pelotera no hay un “anoche llegaste una hora tarde”, ahí se nota inquina, fijate.

Yo ya me había percatado de que Nani tenía mucha psicología a la hora de tratar con los clientes, por lo que me fijé, tal como me dijo.

A la chica solo le faltaba echar espuma por la boca y la madre... La madre parecía una soberbia de tres pares de narices.

En un momento dado, y cuando todas las miradas de los clientes estaban puestas en ellas, se levantó, dando un golpe en la mesa que a punto estuvo de tirarla.

Lo que ambas se dijeron no lo sé, pero no eran flores precisamente las que debían estar echándose.

El gesto furioso de la chica, al ver el proceder de la madre, se transformó en llanto en cuanto esta se quitó de en medio. Borrando sus lágrimas con los puños, la pobre parecía estar pasándolo fatal.

—Vaya plan, ¿y si me acerco y hablo con ella? —le pregunté a Nani.

—Bueno, a ver si la puedes calmar un poco, que me tienen el gallinero revolucionado, solo les ha faltado cacarear—me respondió mientras con la bayeta recogía una copa que se le había derramado a un cliente justo cuando la mujer dio el mencionado golpe.

Me acerqué a la chica y, en inglés, le pregunté qué tal se encontraba. Mi sorpresa fue mayúscula cuando, pese a sus reticencias iniciales, pronto parecía encantada de que yo le hubiera dado palique.

Un tanto cortada, pues lo último que deseaba en el mundo era dar una imagen de escaqueada, miré a Nani y ella me indicó que lo tenía todo controlado, que hablara con la muchacha.

—Mujer, tu madre se ve que tiene carácter, pero seguro que lo que te haya dicho ha sido por tu bien—le comenté para calmarla cuando me contó que no paraba de increparla.

—No, tú no la conoces, lleva toda la vida pinchándome, así...

Sonreí al ver el modo en el que escenificaba cómo la mujer le clavaba un pincho por todos lados.

—Ya será menos, mira, yo a veces también he tenido mis más y mis menos con mi madre, pero ¿sabes lo que te digo? Que ahora daría lo que no tengo porque estuviera aquí conmigo. Chica, una madre siempre es una madre.

—Sí, pero lo malo es cuando tu madre es una bruja. —Nueva escenificación de su madre subida a una escoba que me sacaba la risa.

—Eres muy salada, ¿tú estás segura de ser alemana? —le pregunté burlona.

—Sí, alemana por parte de la bruja, mi padre es español...

—Acabáramos, eso lo explica todo—bromeé.

—Ya...

—¿Y él también tiene caldero? ¿Es brujo como tu madre? —Quise sacarle algo de punta al lápiz por ver si se animaba e hice yo como que tenía un caldero por delante.

—Pues no lo sé, mi madre siempre me lo ha pintado como el demonio y hace mucho que no lo veo, pero que me da a mí que igual, aunque él tenga rabo, la diablesa es ella—ironizó la muchacha.

Anda, otra como la ex de mi amigo Aurelio, pues anda que les había salido a cuenta a aquellos hombres casarse con las alemanas aquellas.

—¿Y no te has planteado ir a buscarlo? ¿De dónde es?

—Es de aquí de Mallorca, pero vive en un pueblo de Madrid.

—¿En un pueblo de Madrid? Fijé mi mirada en la suya porque el paralelismo entre ambas historias iba en aumento.

—Sí, en Torrejón de Ardoz.

Ya no pude más, tenía que saberlo.

—¿Tu padre no se llamará Aurelio por casualidad? —le pregunté y en ese instante fue cuando los celestes ojos de aquella chica se abrieron como platos.

—¿Tú cómo lo sabes? ¿También eres bruja?

—No, claro que no, pero creo que aquí los astros han entrado en conjunción para que se obre un milagro.

Todo cuadraba, claro. Le pregunté por su nombre y me dijo que se llamaba Ada, ¡cuántas veces había escuchado a mi amigo repetir ese nombre!

Y ahora iba a resultar que el hada madrina de Aurelio sería yo, porque me tomé mi tiempo en explicarle lo buen hombre que era su padre y lo muchísimo que la echaba de menos.

Aunque en principio la chica, que era aquella que ya tenía muchos pelos en el sobaco, como conté al principio de esta historia, se mostró reticente, no tardó en escuchar con atención lo que le conté sobre su padre.

Tanto fue así que, aprovechando que la cafetería no estaba demasiado concurrida y en connivencia con Nani, me extendí contándole las muchas historias que escuché de la boca de Aurelio sobre su infancia.

Especialmente emotivo se le hizo el capítulo en el que, de mi mano, Ada recordó aquella serie de cuentos que su padre escribía para ella y que luego le contaba a la hora de acostarse.

Me emocionó cantidad comprobar que incluso seguía atesorando en su memoria algunos de los fragmentos de aquellos cuentos, que me recitó entre lágrimas.

—Mira Ada, aquí en España tenemos un dicho “la ocasión la pintan calva”, dicen, ¿sabes?

—¿Y qué quieres decir con eso? —Su cara me indicaba que se estaba perdiendo.

—Pues esto quiere decir que debes llamar a tu padre y que debes hacerlo ahora, no dejes pasar la oportunidad, por favor...

—Yo, es que...—titubeó.

—Te dará mucho palo al principio, pero ya te adelanto que tu padre es un sol y que no te guarda ningún rencor por tu distanciamiento, todo lo contrario.

—Pero es que, hay muchas palabras en español que casi no las recuerdo, hace años que no practico—se excusó.

—Pero, serás, claro... ¡Si tú hablas español! Y yo haciendo un soberano esfuerzo por hablarte en inglés. Me debes una, ahora mismo llamamos a tu padre y te pones, es una orden...

Diez segundos más tarde, yo ya estaba marcando su número. Ada hizo ademán de levantarse cuando constató que su padre descolgó el teléfono, pero yo, veloz, la atrapé por la mano.

—Buenas, Mara. Qué sorpresa saber de ti, ¿cómo te va por tu tierra?

—Pues genial, amigo, te tengo una sorpresa, espera...

Le pasé a Ada el teléfono y no puedo decir cuál de los tres lloró más. El llanto de Aurelio era audible, aunque le colgáramos y los nuestros... las dos estábamos hiposas perdidas, para qué lo vamos a negar.

Capítulo 28



La sorpresa del sábado fue increíble. La recordaba en casa el domingo por la noche, mientras escuchaba la algarabía proveniente del salón, fruto de la quedada de Jesús y Miguel con sus amigos para tomar pizza.

Aurelio me había llamado sopotocientas veces ese día para contarme que Ada y él habían intercambiado mogollón de mensajes desde su llamada. ¡Si incluso habían hablado de la posibilidad de que se quedara a vivir con él!

Por lo que se veía, la situación entre la chica y su madre ya era totalmente insostenible y Aurelio estaba encantado de poder tomar cartas en el asunto, ahorrándole sufrimiento a Ada.

—Chicos, ¿podéis ir vosotros a abrir la puerta? —les pregunté desde mi dormitorio cuando escuché que el timbre sonaba por segunda vez—, ¿es que no os cansáis de pedir comida?

Vaya saque que tenían los dos. Eso sí, de oído iban más cortitos porque no obtuve respuesta y fui yo la que tuvo que menear el culete hasta la puerta.

—Muy bonito, ¿eh? —les dije sacándoles la lengua al pasar por el salón.

—Pero si es que nosotros no hemos pedido nada más...

—Pues entonces será el repartidor, que se le habrá olvidado algo.

Pero no... No era el repartidor, al menos no el de las pizzas, aunque quizá sí el de los estacazos.

Y lo digo con fundamento, que Hugo a mí, sin pretenderlo, me había dado estacazos hasta en el cielo de la boca.

—Mara...—fue lo único que acertó a decir cuando le abrí la puerta.

Y suerte que tuvo, porque a mí no me dio tiempo ni a decir “por ahí te pudras...”

Lo siguiente que recuerdo es a una servidora tumbada en el suelo, mientras los chicos y el mismo Hugo me abanicaban con la tapa de la caja de la pizza.

Tan exquisito olorcito debió penetrar por mi nariz, diciéndole a mi cerebro que era hora de volver al mundo de los vivos.

—¿Hugo? —fue lo primero que murmuré al abrir los ojos y comprobar que seguía en este barrio, en el de los mortales.

—Mara, por Dios, no sabes el susto que me has dado—me respondió como si fuera lo más normal del mundo que él hubiera aparecido en mi salón.

—¿A ti? ¿Te he asustado a ti? Mira, no me hagas hablar, ¿se puede saber qué haces en mi casa? ¿Cómo me has localizado, es que acaso me has puesto a un detective?

—Sí, para pagar muchos detectives estoy yo, va a ser que no...

—¿Y entonces?

—Entonces ya va siendo hora de que te levantes del suelo y de que te calles un poquito, que ahora debes descansar.

—Y un jamón, no hubieras venido si era eso lo que querías.

Enfurrñada, conmocionada, asombrada y encantada a la vez... así estaba, pero lo del encanto lo guardaría de momento para mí.

—Anda, venga, que te llevo a la cama. Chicos, muchos gracias a todos...

Jesús y Miguel nos miraban alucinados mientras Hugo me llevaba para el catre, aunque en esta ocasión de una forma mucho menos libidinosa que el resto y mucho más cariñosa...

—Hugo, yo no sé lo que...

No me dejó terminar de hablar.

—Mara, por favor, escucha lo que he venido a decirte y si después de eso sigues pensando lo mismo de mí, me iré con el rabo entre las piernas.

La expresión sacó mi sonrisa porque pensé en que no se me ocurría ningún otro sitio en el que pudiera tener el rabo a buen recaudo.

—Mara yo me he portado contigo como un cobarde desde el día en que te conocí. De antemano te digo que no sospechaba ni de lejos que una mujer me pudiera hacer tanto tilín, así como así...

—Pues lo disimulaste estupendamente, Hugo, de premio cinematográfico es lo tuyo.

—Ya, es verdad Mara... Yo tenía una coraza muy grande puesta y no era capaz de quitármela. Tengo muchas, muchas que contarte sobre cómo llegué a ponérmela, pero también te adelanto que es posible que nada de lo que te diga me sirva de justificación. Te he hecho daño y lo lamento profundamente, no sabes cuánto, cariño...

—¿Cariño? Quítate la careta, so farsante, que Hugo nunca hablaría así...

Su ojeada fue de ternura. Por primera vez, aquel hombre de mirada desafiante que me había hecho pasar las de Caín, se mostraba ante mí como un animalito dócil que esperaba ser amonestado por su dueño.

Reconozco que un pelín me puso lo de ser su dueña, igual que él fuera el mío... Estereotipos aparte, en la cama a nosotros nos iba lo de dominar, a los dos y por turnos... La química existente con él sacaba un lado de mí que ni siquiera sabía que tuviera con anterioridad. Y quién sabía si a él le ocurriría igual.

—Sí, Mara, el Hugo huidizo y cobarde que te he mostrado hasta ahora, no... Pero este Hugo que tienes delante, este te va a decir tantas cosas de esas que al final me vas a considerar un, un...

—¿Un pasteloso? Oye que tampoco es eso, ¿eh?

—¿Ves? Si es que no hay forma de tenerte contenta...

—Espera un momento le dije cuando escuché cierto ruidito sospechoso y, yendo hacia la puerta, di un fuerte tirón de ella.

Como si lo estuviera viendo, allí estaban los dos renacuajos aquellos con la oreja pegada.

—Pero ¿tendréis poca vergüenza? No se escuchan las conversaciones ajenas...

Y, pese a que todavía andaba un poco dolorida por la caída, los eché de allí a patadas.

—Y ahora tú puedes seguir—le comenté sin vacilar.

—¿De dónde sacas esa fuerza? —me preguntó como obnubilado.

—¿Cómo? No te entiendo muy bien...

—Esa fuerza, Mara, tú siempre la has tenido, pero ahora es como si...

—Como si me hubieran dado el padre de todos los palos y por fin hubiera reaccionado, sí', puede ser...

—Yo no lo hubiera dicho mejor...

Estuvimos hablando toda la noche y, aunque en ciertos momentos me dieron ganas de cogerlo por el cuello, al final entendí que Hugo no había sido más que una víctima de las circunstancias.

La vida, a veces, nos lleva y nos trae... Y una experiencia amorosa traumática puede hacernos llegar a extremos que ni nosotros mismos sospechamos, cuanto y más dos, como le había ocurrido al bandido de mi amante.

Las luces del día fueron las que nos recordaron que era hora de tomar una decisión y, aunque mi mirada ya había hablado por mí, Hugo me preguntó directamente.

—Sin paños calientes, ¿quieres que lo intentemos? Yo te amo, Mara, te garantizo que te amo mucho más de lo que yo mismo pensé que volvería a amar en la vida, pero sé que ahora la pelota está en tu tejado.

—Hugo, creí que ya no habría ocasión de decir esto, pero tampoco quiero dejar pasar este tren. Lo que ha habido entre tú y yo es muy fuerte y quiero revivirlo, pero en condiciones, ¿eh? Un solo gesto que me dé que pensar y te digo “súbete aquí y verás Canterbury” como diría Carmina Calduch en Merlí.

A mí la serie catalana me había conquistado desde el primer momento y ese personaje de la actriz haciendo una peineta y diciendo esa frase hacía que me tirara al mismito suelo.

—Un solo gesto y me voy de vuelta, vale...

—No, si tú de vuelta te vas a tener que ir de todas maneras, que yo ahora el curro lo tengo aquí en Mallorca, por listo.

—¿Y dejarte sola con esos dos niños salidos por los pasillos? No me hagas esto, por favor no me lo hagas.

Hugo parecía el emoticono de las manitas rogando, pero y tanto que se lo iba a hacer. Ahora él tenía mucho que demostrar y en la isla era donde yo había encontrado un sustento.

Por delante teníamos una semana en la que comenzar a conocernos mejor, aunque yo tuviera que trabajar. Genial así me esperaba expectante cada día, al volver del curro, que ahora él tendría que tomar de su propia medicina.



Hugo

No lo pensé más y el universo me había compensado al triunfar como la Coca-Cola. Y eso que mi entrada en la casa de Mara había sido totalmente apoteósica...

Y en esa entrada tenía mucho que agradecer a su amiga Nani, a la que convencí para que me diera su dirección. Como un sabueso fui de hotel en hotel hasta que alguien me diera norte de ella.

Pobre Marra, menudo chichón se había hecho en la cabeza a consecuencia de la caída y ni siquiera se había quejado. Si algo podía yo decir a boca llena a aquellas alturas, era que la mujer de la que me había enamorado se había convertido en toda una jabata.

Darme la oportunidad de explicarme como lo hizo aquella noche fue buena muestra de ello. Lejos de juzgarme, o de dejarse llevar por la ira en aquellos momentos en los que toqué temas que debían escocerle, Mara se mostró súper comprensiva.

En ella detecté no solo a la mujer sexy y fuerte que ya conocía, sino a otra que me iba a conquistar todavía más si ello era posible... Una Mara sensible y con capacidad de escuchar cuyas palabras resonaban en mí como música para mis oídos.

Yo ya sabía que me había perdonado cuando terminé de hablar. Diría más, sabía que me había perdonado incluso antes de que yo abriera los ojos, cuando ella resucitó tras el telele que le dio y me vio a su lado. Por mucho que quisiera colocarse la coraza, yo de esas tenía hecho un máster y constaté que ella estaba más cerca de mí de lo que iba a reconocer.

No olvidaré jamás el momento en el que la tomé en brazos. No tenía claro dónde nos llevaría el destino, pero sí que deseaba que fuera juntos... Yo con Mara me hubiera metido hasta en adobo si fuera necesario, pues aquella mujer estaba dentro, muy dentro de mí.

Y eso que aquella primera noche fueran nuestras palabras las que se entrelazaron y no nuestras lenguas, que para eso ya habría tiempo...

Interpreté aquel amanecer como una maravillosa oportunidad de partir de cero en la vida. Ahora todo mi esfuerzo se centraría en tener a mi vera a la mujer a la que amaba, así como a aquellas otras dos mujercitas, mis hijas... Intuía que Mara se las ganaría en un tris, qué duda cabía... Ya ardía en deseos de tener a mi chica en Barcelona, pero ¿cuándo podría ser?

Por la parte que a mí me tocaba estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para ganar más dinero; noches, turnos extra o lo que fuera menester. Todo por poder alquilar en breve un piso en el que Mara estuviera a gusto cuando viniera a visitarme, y que se convirtiera en nuestro nidito de amor permanente cuando se estableciera en Barcelona.

Porque sí, porque yo sabía que la iba a enamorar lo suficiente como para plantearse establecerse allí. Mara era una mujer de esas que actúan con el corazón y los nuestros iban a acompañarse para que todo fuera en sintonía.

Y no, no me iba a equivocar. Esta vez había demasiado en juego y yo ya había hecho el canelo lo suficiente. Que todo saliera bien y que Mara se muriera por venirse a vivir conmigo a Barcelona era mi objetivo. Y en ese objetivo jugaría un papel primordial el hecho de que allí viviera una de

las personas más importantes de su vida; su tío Adriá.

Capítulo 29



Mi tío Adriá, el hombre que tantas y tantas veces me había apoyado. Y ahora su vida pendía de un hilo...

Los acontecimientos se precipitaron en una semana que se había presentado ante mí como de lo más feliz. Claro está que la vida es así de caprichosa y, a veces, pasan cosas inesperadas que truncan la felicidad de golpe.

El viernes siguiente con Hugo todavía en la isla, una de las pruebas que le practicaron a mi tío determinaron su urgente paso por el quirófano.

Ya, de por sí, ese hecho era lo bastante alarmante, tanto que hablé con el hotel y me concedieron la posibilidad de ir unos días a verle, con tal de que en las siguientes semanas los recuperara. Para ello, fue providencial la intervención de Gertrudis, ese ángel de la guarda mallorquín que me echaba una manita cada vez que me hacía falta.

—No sé cómo te lo voy a agradecer—le comenté cuando vi que tenía carta de libertad para volar con Hugo, quien cambió su billete para que pudiéramos ir juntos.

—No es nada, mi niña, y menos ahora que gracias a ti mi hermano ha recuperado a su hija y yo a mi sobrina, si es que eres un sol...

Pero un sol era ella que había intercedido para que yo pudiera estar con mi querido señor Adriá en unas horas tan delicadas.

Lo primero que he de decir es que Hugo se portó fenomenal conmigo durante toda la semana, cosa que ya esperaba... Aunque lo que superó todas mis expectativas fue su actuación a partir de ahí.

La llegada a Barcelona fue muy distinta a otras... Y aunque tener a mi chico de la mano me ayudó cantidad, la procesión iba por dentro.

Llegamos al hospital el lunes, a tiempo de verle antes de entrar en el quirófano. Mis padres y mi hermano Andreu también se encontraban allí, procedentes de Madrid.

La operación era de cierta complejidad, aunque yo les decía que mi tío, que era más duro que un roble, estaría en un periquete de pie, gastando bromas a diestro y siniestro.

—Todo te pasa por tener un corazón que no te cabe en el pecho, señor Adriá—le comenté cuando entré a verlo, mientras me lo comía a besos.

—Marita, hija, tú no tenías por qué haber venido, con lo liada que estás en Mallorca. Mira que si ahora te echan del trabajo...

—Pues si me echan me das tú asilo político, tito. —En esta ocasión sí que me atreví a sacar el tema porque estaba bromeando y porque sabía que mi ida a Barcelona no comprometía en absoluto mi trabajo, por lo que volvería sí o sí.

—Ains, Marita, con la de copichuelas de años que nos hemos tomado tú y yo, sobrina—suspiró.

—Hombre, claro, y con las que nos tomaremos tito, que lo mejor está por venir...

Y sí, así lo deseaba yo, aunque no podía evitar tener un nudo en el estómago.

Ni pío le dije a mi tío de que Hugo y yo estábamos juntos. Ya tendría ocasión cuando se pusiera mejor, no fuera a ser que tal noticia le soliviantara.

A mis padres y a mi hermano sí aproveché para presentárselo a la entrada del hospital y, aunque

inicialmente la noticia de que estuviéramos juntos le chocó un poco, nada dijeron al respecto. Ya tendrían tiempo de comprobar por ellos mismos si Hugo valía la pena.

—¿Cómo estás, mi vida? —me preguntó mi chico cuando metieron a mi tío en el quirófano.

—Un poco asustada, ¿sabes eso de cuando tienes un mal presentimiento? Pues me está pasando, tengo la sensación de que no lo voy a volver a ver con vida.

—No te preocupes, es muy normal, se llama miedo. Ya verás como todo va a ir bien. —La mano de Hugo no se separaba de la mía.

Bueno, a decir verdad, solo se separaba en ciertos momentos para ir a alguna máquina de las que dispensaban café o té, trayéndome uno con el que calentarme, pues estaba helada de frío.

—Tengo miedo, cariño—le dije cuando vi aparecer a aquel cirujano con gesto lastimoso.

Obvio que a todos los profesionales no les afectaban igual este tipo de noticias, y el que había operado a mi tío se notaba que tenía una catadura moral muy alta.

—Lo siento muchísimo, ha surgido una grave complicación durante la intervención y el señor Adriá no ha podido superarla. Hemos hecho todo lo posible, pero en vano.

Mientras escuchaba llorar a mi madre, en brazos de mi padre, busqué el pecho de Hugo para ahuecarme en él.

—Lo siento mucho, cariño, lo siento mucho—me susurró al oído mientras sus brazos me acogían, igual que su pecho.

—Te lo dije, Hugo, te lo dije, algo me decía que no lo volvería a ver...

—Pero él siempre va a estar contigo, pequeña, siempre, tú lo sabes. Tu tío no te va a dejar nunca, no mientras siga vivo en ti, que va a ser toda la vida. Él te adoraba...

—Y yo a él, no sabes cuánto me ha ayudado todos estos años y ahora se ha marchado...

El día se tiñó de gris, y no digamos ya el siguiente, en el que tuvimos que enterrarle. El cielo se abrió y, como no podía ser de otra manera, lloró con nosotros y lo hizo en forma de lluvia. Chuzos de punta fueron los que cayeron antes de que le dijéramos el último adiós.

—Tendremos que ir a su casa—le dije a Hugo, sabedora de que habría cosas que recoger allí.

A mí solo me quedaba un día para volver a Mallorca y me aferré a su brazo. Hugo no se separaba de mí ni a sol ni a sombra y se había convertido en mi aliado incondicional. De ese mismo brazo llegué a casa de mi tío Adriá y abrirla supuso para mí el episodio más triste de mi vida.

Uno a uno, fui pasando mi mano por cada uno de sus más preciados objetos, como la mecedora en la que le gustaba echar su siestecita o el mando de esa televisión nueva que tanto le entusiasmaba. Las fotos de su boda con mi tía Lola pendían de las paredes y parecía mentira que el hombre que parecía salirse de ellas, de lo viva que resultaba su sonrisa, nos hubiera dejado para siempre.

Mientras las miraba, no pude reprimir el llanto. Y un solícito Hugo me tendió su hombro para que llorara sobre él.

—Siento que tengas que ver esta escena—murmuré entre sollozos.

—¿Y quién va a verla si no?

Compungida, lo besé. Hugo me estaba demostrando con creces que nada tenía que ver con aquel que yo conocí meses atrás. Incluso, en días anteriores, yo había admirado el hecho de que no volviera a preguntarme por el supuesto episodio de aquella noche con otro, del que yo no le había hablado.

Si él no quería profundizar en el tema, yo sí que no tenía el más mínimo interés, toda vez que mi compañero David no había supuesto para mí más que una tabla de salvación en un momento en el

que me sentí tremendamente sola.

En ese instante, ya no era soledad la que sentía, pero sí desolación. La desolación de saber que un ser tan amado como mi querido tío nos hubiese dejado.

Entré en su cuarto y ahí sí que se me cayó ya el alma a los pies. Sus zapatillas, perfectamente colocadas al lado de su cama, me inspiraron tal ternura que no pude evitar que el hipo y el llanto se fusionaran en mí, emitiendo una extraña melodía que no tardó en resonar en toda la casa.

—Ya, mi vida, ya... —Hugo no sabía cómo calmarme si bien no podía adivinar lo mucho que me ayudaba el simple hecho de que estuviese allí conmigo.

—¿Qué es eso? —le pregunté cuando, en una de las esquinas de su cama, vi un sobre en el que se leía “Para Mara”.

—Es una carta dirigida a ti, mi vida. ¿Quieres que la abra? —me preguntó Hugo.

—Sí, por favor, quiero saber lo que dice.

Hugo la abrió y la puso en mis temblorosas manos. Tuve que hacer un considerable esfuerzo para contener las lágrimas, pues de otro modo no me hubieran dejado escudriñar unas letras que estaban escritas del puño de mi tío.

De entrada, me emocionó el simple hecho de ver una vez más su preciosa caligrafía. Metódico como era, su letra no podía ser más bonita...

“Querida Marita, si estás leyendo esta carta, es porque yo ya no estoy por aquí. Y por aquí no me refiero solo a este viejo dormitorio que tantos y tan buenos recuerdos me trae, sino a este mundo.

Lo primero que quiero que sepas es que son muchos los motivos que me empujan a escribirte, porque no hace falta que te lo diga, tú siempre has sido mi ojito derecho.

A partir de ahí, también me interesa que tengas claro que, por encima de cualquier error que hayas podido cometer, y por mucho que en ocasiones te haya regañado, yo te admiro. Y te admiro porque no eres de las personas que se conforman con lo que tienen, tú has nacido para ser feliz... y en la búsqueda de esa felicidad vas a encontrar muchas satisfacciones.

En cuanto a lo que este viejo tío tuyo pueda influir en que así sea, me gustaría que sepas que Andreu y tú vais a heredar esta casa. Sí, ya sé que ahora mismo estarás pensando que no es necesario y que mejor estaríamos disfrutando de un culinchín de anís juntos, pero es lo que toca.

Pon una sonrisa, hija mía, y cuando escribo lo de “hija” lo hago con el corazón. Sí, Marita, porque yo no he tenido hijos, pero contigo he saboreado las mieles de ser padre en más de una ocasión. Y es que era mirarte y pensar que te quería como a una hija. No es que no quisiera a tu hermano Andreu, entiéndeme, pero, ya sabes que donde te ponías tú, no se ponía nadie.

Este viejo sabe bien que tú eres una tumba y que, lo que hablemos entre nosotros, entre nosotros se queda. Por eso, por una vez, me estoy permitiendo decirte aquello que quizás no llegué a expresar con palabras, pero sí que te dijeron mis actos.

Y ahora, volviendo al tema del vil metal, quiero que sepas que Andreu y tú, aparte del piso, vais a recibir un dinerillo que tengo en la cartilla del banco. Ya me conoces, siempre he sido muy reservado para mis cosas, y un poco austero en gastos. Por esa razón, ir reuniendo unos ahorrillos que os pudieran servir a tu hermano y a ti el día de mañana para tapar agujeros constituía para mí la mayor de las ilusiones. Tampoco te crees grandes expectativas, que no vais a ser ricos, pero sí os ayudará a vivir mejor.

Me toca despedirme ya, cariño, aunque esta, más que una despedida, es una carta de “hasta luego”. Me voy donde ya lleva Peret unos añitos cantando la rumba catalana, al cielo...

Oye, y una cosa, no llores más, anda, que te estoy viendo. ¿Tú no sabes eso de “no estaba muerto, que estaba de parranda” que cantaba él? Pues eso, que yo no estoy muerto, que estoy de parranda. Y de parranda permaneceré hasta que algún día volvamos a vernos, pero dentro

de mucho, mucho tiempo, ¿eh?

Y ahora venga, a la calle a dar una vueltecita, a ver si te encuentras con algún muchacho que te quiera como te mereces, aunque yo sé que tú solo tienes ojos para uno. No desesperes, si él ha de ser para ti, será. Y si no, es que no estaba de Dios, hija mía...

¿Sabes? Me prometí a mí mismo que no me enrollaría con esta carta, que iría al grano, pero al final veo que no hay manera... Como tú bien me decías, “genio y figura...”

Te quiere mucho tu tío, el señor Adriá. “

Epílogo



Un año después

—Normal que quisieras venir a Las Vegas, si esto te sienta de muerte. Aunque, pensándolo bien, ¿qué no te sienta a ti así? —me preguntó.

Hugo y yo íbamos recorriendo Las Vegas, esa ciudad que por algo está considerada la capital del ocio y del entretenimiento, ¡cómo para no!

¿Qué hacíamos allí y cómo habíamos llegado hasta tan increíble lugar? Pues muy sencillo, visitar Las Vegas era un sueño que yo tenía desde niña y quise cumplirlo un año después de que falleciera mi tío...

Sí, no podía negar que su herencia me cambió la vida, por mucho que yo hubiera deseado que permaneciera con nosotros por los siglos de los siglos. Pero, dado que eso no era posible, quise invertir lo mejor posible aquello que él tuvo a bien dejarnos.

¿Cómo lo hice? Pues utilizando mi parte del dinero que el tito había ahorrado para nosotros en comprarle su mitad del piso a mi hermano Andreu.

No lo dudé ni un segundo... Después del entierro de mi tío yo comprobé que no podía separarme de mi chico. O sí que podía, pero no quería. En los peores momentos es en los que se sabe la pasta de la que está hecha la gente que nos rodea y Hugo me demostró que la suya era de lo mejorcito que se despacha en botica.

Volé hasta Mallorca sí, pero para pedir la cuenta en el hotel y despedirme como Dios mandaba de Gertrudis, que no se pudo portar mejor conmigo. También recogí mis pertenencias del piso y les dije adiós a Jesús y a Miguel, que me ponían ojitos.

—Que sepas que ninguna otra pureta nos va a gustar como tú—me soltó Jesús quien se acercó peligrosamente a mis labios a la hora de darme un beso de despedida, por lo que se ganó un capón.

—Eso, yo digo lo mismo—replicó Miguel, quien fue más prudente y me despidió con dos besos y un abrazo.

En el hotel, también me despedí de mis compañeros y en particular de Nani, y, sobre todo de David.

—Al final el catalán se llevó el gato al agua, me cachis, pero que me quiten lo bailado—me dijo deseándome toda la suerte del mundo.

Mientras realizaba las gestiones pertinentes para poner el piso a mi nombre, me quedé en él, de modo que lo fui poniendo paulatinamente a mi gusto... A mi gusto y también “un poquito” al de Hugo, que se quedó conmigo desde la primera noche.

El hecho de que fuera así no hizo ni mucho menos que él se relajara en su trabajo, sino más bien todo lo contrario, por lo que pronto me sorprendió con la noticia de un ascenso a jefe de grupo que suponía un sustancial aumento de sueldo.

—Con esto ya tiraremos mientras no te salga nada—me comentó la noche que traía el ascenso en la mano.

—Tranquilo, que el día trae buenas nuevas para todos, me han cogido para trabajar en el bar de Rufino.

—¿En el de la esquina? Mira que ese chico lo está petando, no hay hora en el día en la que se

pueda coger ahí una mesa, ¿eh?

Razón no le faltaba a mi chico y un par de días más tarde yo ya me había hecho con parte de la clientela, meneándome entre las mesas con gracia y haciendo del llevar la bandeja todo un arte.

Seis meses estuve allí hasta que Clara y Masé vinieron una tarde con aquella propuesta para abrir una perfumería.

—Tú sabes del asunto, ¿no? —me preguntaron.

—Sí, yo ya trabajé en una perfumería un tiempo, pero no sé...

—Tienes que tirarte a la piscina con nosotras, estamos todas hasta el gorro de trabajar para que sean otros los que ganen, ¿o no?

Y sí, así había sido, de modo que no tardé en tomar la decisión y, con un pequeño empujón que me dio Hugo (y por una vez no me refiero a nada sexual) me lancé con ellas a la aventura empresarial. Desde entonces, aunque nos lo currábamos mucho, estábamos encantadas porque euro que entraba en la caja, euro que iba para nuestros bolsillos y no para los de otros.

Si en lo profesional la vida nos sonreía, no digamos ya en lo personal... En Hugo encontré al hombre cariñoso y atento por el que suspira toda mujer, pero sin perder la esencia de aquel lobo que me encandiló en la cama desde el día que lo conocí.

Por esa razón, era frecuente que disfrutáramos de unos maratones sexuales los fines de semana que no se los saltaba un galgo. Y es que, una vez quitadas las caretas, ambos pudimos recuperar esa chispa de los inicios, pero sin un ápice de los malos rollos.

Así, tan pronto nos estábamos comiendo a besos en el portón de casa, como entrábamos en un universo de cuero y látex al traspasar la barrera de nuestro dormitorio. Los domingos solíamos levantarnos con una paliza tal que, entre risas, jurábamos y perjurábamos que para la próxima seríamos más moderados.

Claro que luego llegaba otro finde y “donde dije digo, digo Diego” por lo que volvíamos a las andadas hasta el amanecer.

Y todo esto que estoy contando, claro está, ocurría en aquellos fines de semana que no teníamos a Bárbara y a Sara, las dos preciosidades de Hugo, con las que me llevé de maravilla desde el minuto cero, pese a las reticencias de su madre, que seguía siendo más mala que un dolor de muelas.

Plena, me sentía plena con un chico que cada día me demostraba que estaba más por mí y con el que me veía toda la vida... porque yo ya no concebía mi existencia sin él.

Cada vez que le contaba a alguien nuestra historia, yo teatralizaba y terminaba diciendo que, aquel amante misterioso y distante que venía con una coraza puesta se terminó convirtiendo en el hombre especial con el que ahora compartía mi vida. Es Hugo, un corazón para conquistar, indicaba, señalándolo.



HUGO

Aquel viaje no podía hacerme más ilusión, porque representaba la culminación de un sueño para Mara. Desde que cogió la herencia de su tío me lo comentó:

—Y este pizquito, este es para que nos vayamos tú y yo a Las Vegas en cuanto podamos.

—MMMM, chica mala, ¿qué se te ha perdido a ti en Las Vegas?

—No sé, lo mismo es que soy un poco viciosa, pero ese sitio me puede—me contestó, dejando al aire algunas de sus maravillas, que esas me podían a mí.

Enamorado no, lo siguiente, así me confesaba de una mujer que había logrado que yo dejara atrás todas mis reservas hacia el amor y me hubiera entregado a ella en cuerpo y alma.

En cuerpo, porque las faenas que rematábamos juntos, después de que ella rescatara ese látigo que tanto me excitaba y lo volviera a meter en nuestra cama, eran únicas...

Y en alma porque yo la quería con todo mi ser, así era y así seguiría siendo, que para eso Mara me había enseñado lo que era una compañera en toda la extensión de la palabra.

Recorriendo la meca del juego de la mano, ambos tocamos la cima de la felicidad. Según nos habían contado en la agencia de viajes, aquella luminosa ciudad no paraba nunca de reinventarse, ofreciendo siempre al visitante una experiencia digna de recordar.

—Aquí no vamos a aburrirnos—me decía ella aquella primera noche mientras tiraba de mi mano.

—Sería la primera vez que yo me aburriera contigo, muñeca, aquí o en Pekín.

Viajamos a lo grande, que por suerte ya las cosas nos iban mucho mejor y nos lo pudimos permitir, por lo que habíamos elegido un romántico hotel en el que incluso nos dimos un paseo en góndola a través de sus canales, que simulaban a los de Venecia.

Creo recordar que hasta olas formaron las risas de Mara en aquellos canales mientras cantábamos a dúo el *“Oh sole mio...”*

Venecia, Las Vegas... todo miraba en la misma y romántica dirección y yo en mente lo tenía desde que supe de su inclinación a viajar a aquella ciudad. Otra cosa era que, cada vez que iba a sacarlo, algo me decía que esperara un poquito más, que la sorpresa sería más grande.

Y la caída de la noche supuso para mí el pistoletazo de salida para darle a la lengua (para hablar digo, no seáis mal pensados) y pedirle a mi chica aquello que tanto ansiaba.

No me veía en una pedida formal, hincando rodilla... y no porque ella no se lo mereciera, que yo

por Mara bajaba la luna si ella la solicitaba. Era solo que mi naturaleza me pedía más bien un...

—Oye, Mara, ¿y si nos casamos esta noche aquí en Las Vegas?

—¿Cómo has dicho? —Se paró en seco, pues se lo dije en plena calle, mientras deambulábamos de un sitio para otro con los ojos abiertos como búhos.

—Que me gustaría que nos casáramos esta noche, tú y yo, preciosa—levanté un poco la voz por si es que no lo había escuchado bien, pero en vano.

—¿Cómo dices? —De nuevo ese gesto de no escuchar y yo aclarándome la garganta, porque al final lo iba a tener que chillar a través de un megáfono.

—Preciosa, ¡que te estoy proponiendo que tú y yo nos casemos esta noche! Pero no te enteras—me eché a reír mientras le enseñaba el anillo.

—Sí, sí que me he enterado desde la primera, pero te estoy haciendo rabiar—Mara saltó sobre mí y me abrazó con sus piernas la cintura al tiempo que me comía a besos.

—Eres un trasto, eres un trasto...

—Pues claro, que donde las dan las toman, ¿no me hiciste rabiar tú en su día? Pues ahí tienes...

—Y entonces, ¿qué me contestas, rencorosilla mía? —le pregunté en el colmo de la expectación.

—Que si estás seguro de lo que dices, porque yo enterarme ya me he enterado, pero si te casas conmigo, el que se va a enterar eres tú—bromeó y, loca de felicidad, me lanzó el primer “sí, quiero” de la noche.

El primero, que el segundo vino ya cuando ataviados con look rockero y con Elvis por testigo, Mara y yo nos juramos amor eterno...

Un amor que más tarde celebraríamos con otra ceremonia cuando llegáramos a España, rodeados de los nuestros, pero que para nosotros fue definitivo.

Coger a Mara en brazos y gritar a los cuatro vientos que ya era mi mujer en plenas Vegas fue un lujo que me permití en aquellas inolvidables horas.

Un lujo que terminó en susto cuando, al amanecer, y borrachos como piojos después de haber apostado, reído, perdido y ganado, nos dirigimos de la mano al hotel.

—Mira, la góndola ahora está vacía, ¿nos montamos tú y yo? —Mara me sacó la lengua y ya sabía ella que esa era una declaración formal de guerra.

—No hay narices—le dije yo corriendo hacia ella.

—¿Cómo dices? —Allá que se lanzó Mara sin calibrar que uno de sus finos tacones podría meterse entre las maderas que llevaban hasta el canal y... Suerte que fue llegando ya a la góndola, porque mi recién estrenada mujer aterrizó encima de mí.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó con preocupación cuando volví en mí.

Sí, cuando volví en mí, porque hasta el sentido perdí del golpe que me dio, aunque, pensándolo bien, el sentido lo perdí el día que la conocí. Y hasta el de la orientación, que yo no sabía dónde estaba el norte ni el resto de los puntos cardinales cuanto la tenía conmigo.

Para mí no había mejor indicación que la que me señalaba a Mara, la mujer por la que bebía los vientos y que, tras aquella última trastada, me dejó demasiado a la vista lo que escondía bajo la falda y que tan cardíaco me ponía.

No hace falta que diga nada más, ¿no? Lo que pasó en la góndola de Las Vegas, se quedó en la góndola de Las Vegas.

Fin